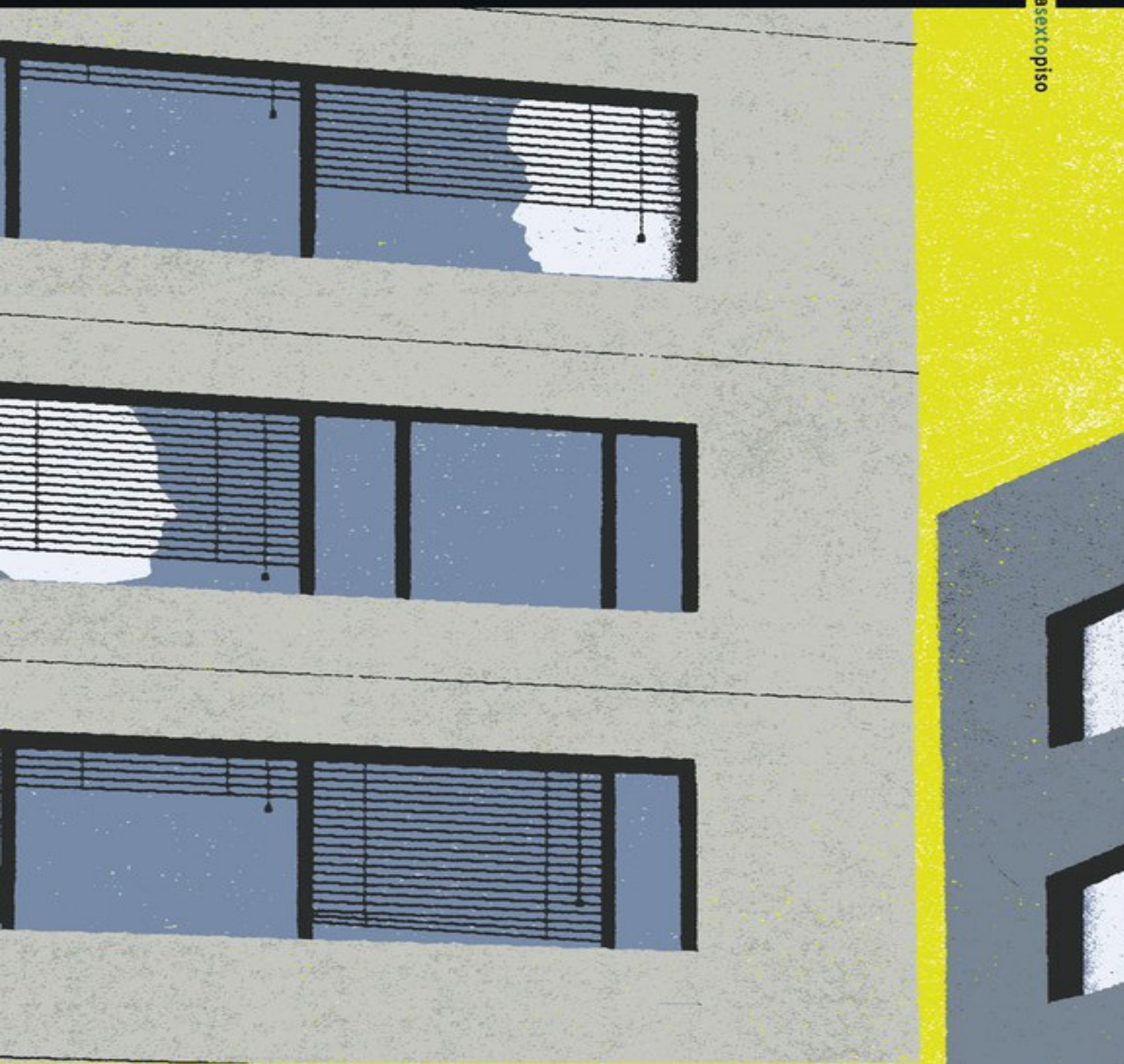


VIVIAN GORNICK

La mujer singular y la ciudad

TRADUCCIÓN DE RAQUEL VICEDO

narrativasextopiso



La mujer singular y la ciudad

La mujer singular y la ciudad

VIVIAN GORNICK

TRADUCCIÓN DE RAQUEL VICEDO



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
The Odd Woman and the City: A Memoir

Copyright © 1987 by Vivian Gornick
Introduction copyright © 2005 by Jonathan Lethem
Published by arrangement with
Farrar, Straus and Giroux, LLC, New York

Primera edición: 2018

Traducción
© Raquel Vicedo

Ilustración de portada
© Münster Studio
www.munsterstudio.com

Copyright © Editorial Sexto Piso, S. A. de C. V., 2017
París 35–A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, Ciudad de México, México

Sexto Piso España, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
Estudio Joaquín Gallego

Conversión a libro electrónico
Newcomlab S.L.L.

ISBN: 978-84-16358-70-0

Índice

Portada
Nota de la autora
La mujer singular y la ciudad
Agradecimientos
Notas

NOTA DE LA AUTORA

Aviso al lector: todos los nombres y rasgos identificativos han sido modificados. Determinados eventos se han reordenado y algunos personajes y escenas son una amalgama de otros.

Leonard y yo estamos tomando café en un restaurante del Midtown.

–Bueno –empiezo–, ¿cómo va la vida últimamente?

–Como si tuviera un hueso de pollo atascado en la garganta –dice–. Ni me lo puedo tragar ni lo puedo expulsar. Ahora mismo, me conformo con no ahogarme con él.

Mi amigo Leonard es un gay inteligente e ingenioso, sofisticado en lo que respecta a su infelicidad. La sofisticación da energía. Una vez, un grupo de personas leímos las memorias de George Kennan y nos reunimos para hablar del libro.

–Un hombre civilizado y poético –dijo uno.

–Un defensor de la Guerra Fría lleno de nostalgia –dijo otro.

–Pasiones frágiles, ambiciones fuertes y una incesante percepción de sí mismo en el mundo –dijo un tercero.

–Éste es el hombre que lleva toda la vida humillándome –apuntó Leonard.

La visión que Leonard tenía de Kennan renovó en mí el interés por el revisionismo histórico –el drama casero de ver el mundo cada día de otra forma a través de los ojos de los agraviados– y me recordó por qué somos amigos.

Leonard y yo compartimos la política del daño. La sensación, en nuestro interior, de haber nacido en una injusticia social preestablecida. Nuestro tema es la vida no vivida. La pregunta que ambos nos hacemos es: ¿habríamos inventado la injusticia si no hubiera estado ahí ya –él es gay, yo soy la Mujer Singular– para regodearnos en el agravio? Nuestra amistad se centra en esta pregunta. La pregunta, de hecho, define la amistad –le otorga su carácter y su lenguaje– y me ha ayudado a comprender la misteriosa naturaleza de las relaciones humanas corrientes más que ninguna otra relación íntima que yo haya tenido.

Leonard y yo quedamos una vez a la semana desde hace más de veinte años para pasear, cenar e ir al cine; en su barrio o en el mío. Salvo por las dos horas de la película, raramente hacemos otra cosa que hablar. Uno de los dos siempre dice: «¿Por qué no compramos entradas para una obra de teatro, un concierto, un recital?», pero parece que ninguno de los dos es capaz nunca de

organizar la velada por anticipado. Lo cierto es que ni él ni yo tenemos con nadie conversaciones tan gratas como las que tenemos entre nosotros, y no queremos renunciar a ellas siquiera por una semana. Lo que nos atrae con tanta fuerza el uno al otro es cómo nos sentimos cuando estamos hablando. En una ocasión, dos fotógrafos distintos me retrataron el mismo día. La de las dos fotografías era yo, sin duda, pero, a mis ojos, el rostro en una de las fotografías parecía fracturado y fragmentado, y en la otra, de una sola pieza. Lo mismo nos ocurre a Leonard y a mí. La imagen de sí mismo que cada uno proyecta en el otro es la que tenemos en la cabeza: la que hace que nos sintamos coherentes.

¿Por qué, entonces, podría preguntar alguien, no nos vemos más que una vez por semana, no disfrutamos más de la vida juntos, no extendemos el bálsamo de la charla cotidiana? El problema es que los dos somos propensos a la negatividad. Sea cual sea la situación, siempre vemos el vaso medio vacío. O es él quien está asimilando la pérdida, el fracaso o la derrota, o soy yo. No podemos evitarlo. Nos gustaría que fuera de otra forma, pero así es como vemos la vida: y tal y como vemos la vida es, indefectiblemente, como la vivimos.

Una noche, en una fiesta, tuve un desacuerdo con un amigo que es famoso por su habilidad para debatir. Al principio, respondí con nerviosismo a cada uno de sus argumentos, pero pronto me acostumbré al vaivén de la conversación, encontré mi equilibrio y defendí mi postura mejor que él la suya. La gente se agolpó a mi alrededor.

–Ha sido maravilloso –me decían–, maravilloso.

Me volví hacia Leonard entusiasmada.

–Estabas nerviosa –me dijo.

En otra ocasión, fui a Florencia con mi sobrina.

–¿Cómo ha ido? –me preguntó Leonard.

–La ciudad es preciosa –le dije–; mi sobrina es genial. No es fácil estar con alguien veinticuatro horas al día durante ocho días, pero lo hemos pasado muy bien juntas y hemos caminado muchísimo por la orilla del Arno; es un río muy hermoso.

–Qué triste –dijo Leonard– que se te haya hecho pesado estar tanto tiempo con tu sobrina.

En otra ocasión fui a pasar el fin de semana a la playa. Un día llovió; el otro, hizo sol. De nuevo, Leonard me preguntó cómo había ido todo.

–Me ha sentado fenomenal –dije.

–¿La lluvia no te ha desmoralizado? –preguntó él.

Pienso en cómo debe sonar *mi* voz. Mi voz, eternamente crítica y haciendo siempre hincapié en los defectos, en lo que falta, en lo que no es como debería. Mi voz, que tan a menudo incita a Leonard a parpadear y a apretar los labios.

Al final de cada velada que pasamos juntos, uno de los dos, llevado por el entusiasmo, sugiere que nos veamos durante la semana, pero ese impulso raramente dura lo bastante como para materializarse. Lo decimos de corazón, por supuesto, al despedirnos –no hay nada que deseemos más que volver a vernos inmediatamente–, pero mientras subo en el ascensor a mi apartamento, empiezo a sentir en mi piel los efectos de una noche cargada de ironía y juicios negativos. No es grave, son sólo heridas leves –miles de punzadas diminutas me acribillan los brazos, el cuello, el pecho–, pero en algún lugar de mi interior, en algún sitio que ni siquiera soy capaz de identificar, empiezo a encogerme ante la perspectiva de volver a sentirme así demasiado pronto.

Pasa un día. Después otro. «Tengo que llamar a Leonard», me digo, pero una y otra vez la mano se queda inmóvil cuando está a punto de levantar el teléfono. Él, claro está, debe de sentir lo mismo, porque tampoco llama. El impulso que no se materializa se convierte en falta de coraje. La falta de coraje fragua y se convierte en tedio. Cuando el ciclo de sentimientos encontrados, falta de coraje y voluntad paralizada llega a su fin, el deseo de volver a vernos apremia y la mano que está a punto de levantar el teléfono por fin completa la acción. Leonard y yo nos consideramos amigos íntimos porque nuestro ciclo sólo tarda una semana en completarse.

Ayer salí del supermercado que hay al final de mi manzana y, por el rabillo del ojo, vi al mendigo que normalmente hay frente a la tienda: un tipo blanco y pequeño que siempre tiene la mano extendida y la cara atravesada de capilares rotos.

–Denme algo de comer –gimoteaba como de costumbre–, es lo único que quiero, algo de comer, lo que les sobre, algo de comer.

Mientras pasaba a su lado, oí una voz justo detrás de mí que decía:

–Oye, hermano. ¿Quieres algo de comer? Aquí tienes.

Me di la vuelta y vi a un hombre negro, bajo y de ojos fríos que, de pie frente al mendigo, le ofrecía una porción de pizza.

–Eh, tío –se excusó el mendigo–, ya sabes lo que...

La voz del hombre se volvió tan fría como sus ojos:

–Has dicho que querías algo de comer. Aquí tienes algo de comer –repitió–. He comprado esto para ti. ¡Cómetelo!

El mendigo retrocedió visiblemente. El hombre se dio la vuelta y, con un gesto de profundo disgusto, tiró la pizza a una papelera.

Cuando llegué a mi edificio, no pude evitar contarle a Jose, el portero – tenía que contárselo a *alguien*–, lo que había ocurrido. Jose abrió los ojos de par de par. Cuando terminé, dijo:

–Oh, señorita Gornick, sé muy bien de lo que habla. Mi padre una vez me cruzó la cara justo por eso. –Entonces fui yo la que abrió los ojos de par en par–. Habíamos ido a ver un partido y un vagabundo me pidió algo de comer. Así que compré un perrito caliente y se lo di. Mi padre me dio un buen bofetón. «Cuando hagas algo, hazlo bien», dijo. «No se le compra a alguien un perrito sin comprarle también un refresco».

En 1938, cuando le quedaban pocos meses de vida, Thomas Wolfe le escribió a Maxwell Perkins: «He tenido una “intuición” y he decidido escribirte para contártela [...]. Siempre que pienso en ti, recuerdo cómo me sentí el Cuatro de Julio de hace tres años, cuando viniste a buscarme al barco y fuimos a la cafetería que hay en el río a tomar una copa, y después subimos a lo alto de aquel rascacielos y a nuestros pies vimos desplegados la rareza, la gloria y el poder de la vida y de la ciudad».

La ciudad, por supuesto, era Nueva York –la ciudad de Whitman y Crane–, ese legendario contexto para el mito de la creación del joven con talento que llega a la capital del mundo como si fuera un retablo laico de la anunciación, a una ciudad que ya lo espera; cruza el puente, camina con decisión por el bulevar y sube a la cima del rascacielos más alto, donde por fin será reconocido como la figura heroica que sabe que es.

Ésa no es mi ciudad. Mi ciudad es la ciudad de los británicos melancólicos –Dickens, Gissing, Johnson, especialmente Johnson–, aquella en la que no vamos a ningún sitio, sino que ya estamos allí; nosotros, la gente normal y

corriente que vaga por estas miserables y maravillosas calles en busca de un yo reflejado en los ojos de un desconocido.

En la década de 1740, Samuel Johnson paseaba por las calles de Londres para curarse de una depresión crónica. El Londres por el que Johnson caminaba era una ciudad pestilente de cloacas abiertas, enfermedades, pobreza y miseria, iluminada por antorchas y llena de hombres que se degollaban los unos a los otros en mitad de la noche en callejones desiertos. De aquella ciudad, Johnson dijo: «Cuando un hombre se cansa de Londres, es que se ha cansado de la vida».

Para Johnson, la ciudad siempre fue lo que lo ayudaba a levantarse cuando estaba deprimido, el lugar donde abocaba su profundo malestar, su monumental desasosiego. La calle lo sacaba de su lúgubre aislamiento, lo reunía con la humanidad, resucitaba su generosidad innata, le devolvía el fervor de su intelecto. En la calle, Johnson hacía observaciones que han perdurado hasta nuestros días; allí se revelaba su sabiduría. Cuando, bien entrada la noche, merodeaba por las tabernas buscando conversación, se sentía aliviado al ver sus necesidades reflejadas en la compañía que encontraba, en aquellos que bebían y hablaban del Hombre y de Dios hasta que amanecía, porque ninguno de ellos quería volver a casa.

Johnson odiaba y temía la vida en un pueblo. Las calles cerradas y silenciosas lo sumían en la desesperación. En un pueblo, su presencia no encontraba reflejo. La soledad se volvía insostenible. La ciudad tenía sentido porque hacía soportable la soledad.

Siempre he vivido en Nueva York, pero durante buena parte de mi vida suspiré por ella igual que alguien de una ciudad de provincias anhela vivir en la capital. Crecer en el Bronx fue como crecer en un pueblo. Desde mi primera adolescencia, sabía que había un centro-del-mundo y que yo estaba muy lejos de él. Al mismo tiempo, sabía también que se encontraba a la distancia de un simple viaje en metro en dirección sur, en Manhattan. Manhattan era Araby.*

A los catorce años, empecé a hacer ese viaje en metro y a recorrer la isla de arriba abajo a finales del invierno y en pleno verano. La única diferencia entre yo y alguien igual que yo pero de Kansas era que uno de Kansas daba el salto solitario del inmigrante una vez y para siempre, mientras que yo hice

multitud de incursiones en la ciudad, volviendo a casa una y otra vez —a la seguridad y el confort, a la monotonía y la espera—, antes de lanzarme a la piscina definitivamente. Bajaba por Broadway, subía por Lexington, cruzaba la Cincuenta y Siete, iba de un río al otro atravesando el Greenwich Village, Chelsea, el Lower East Side, me adentraba en Wall Street, llegaba hasta Columbia. Caminé por aquellas calles durante años, entusiasmada y expectante, y cada noche volvía a mi casa en el Bronx a esperar que la vida comenzase.

Tal y como yo lo veía, el West Side era un largo rectángulo de bloques de apartamentos llenos de artistas e intelectuales; esta riqueza, cuyo reflejo en el East Side eran el dinero y la posición social, hacían que la ciudad me resultara glamurosa y tremendamente emocionante. Podía saborear el mundo, el mundo auténtico. Sólo tenía que hacerme mayor, y Nueva York sería mía.

Cuando éramos pequeñas, mis amigas y yo correteábamos por las calles del barrio, y conforme nos hicimos mayores fuimos alejándonos más, zona a zona, hasta que nos convertimos en muchachitas que exploraban el Bronx en una especie de misión hacia las tierras del interior. Utilizábamos las calles como los niños que crecen en el campo utilizan los prados y los ríos, las montañas y las cuevas: para ubicarnos en el mapa de nuestro mundo. Caminábamos sin parar. Cuando teníamos doce años, ya nos dábamos cuenta inmediatamente de si el aspecto o la forma de hablar de alguien que se nos acercaba eran extraños. Si un hombre venía y nos decía: «¿Qué tal, niñas? ¿Vivís por aquí?», nos dábamos cuenta. Si una mujer no caminaba con decisión hacia la calle de las tiendas, nos dábamos cuenta. También sabíamos que nos encantaba darnos cuenta. Cuando ocurría algo extraño —y cualquier cosa nos parecía extraña, porque nuestro sentido de la norma era estricto—, después lo analizábamos durante horas.

Un amigo del instituto me enseñó las calles del Upper Manhattan. En esta parte de la ciudad, se escuchaban muchas lenguas distintas y se veían muchas particularidades que llamaban enormemente nuestra atención: hombres con barba, mujeres vestidas de negro y plata. Veía claramente que aquellas personas no eran de clase obrera; pero ¿de *qué* clase eran? ¡Y luego estaban los puestos de la calle! En el Bronx un vendedor solitario de fruta y verdura te gritaba: «¡Señorita! ¡Hoy tengo tomates frescos!». Pero allí, la gente vendía en las aceras relojes, radios, libros, joyas, y gritaba con insistencia. No sólo eso, sino que los hombres y las mujeres que pasaban por allí se

enzarzaban en discusiones con ellos: «¿Cuánto tiempo me durará este reloj? ¿Hasta que llegue al final de la calle?». «Conozco al tipo que escribió ese libro. No vale ni un dólar». «¿De dónde has sacado esa radio? Mañana por la mañana tendré a la policía en la puerta de mi casa, ¿verdad?». ¡Había tanto revuelo y animación! Personas que no se conocían y que hablaban entre sí, que reían, gritaban o sonreían, que se enfadaban. Lo que nos cautivaba era la fuerza de los gestos y las expresiones: el flirteo elegante, el diálogo ingenioso, las personas que despertaban reacciones entusiastas e imaginativas en los demás y en sí mismas.

Cuando estaba en la universidad, otro amigo me llevó a la avenida West End. Nunca había visto una calle tan ancha y majestuosa como aquella, con porteros plantados en la entrada de edificios de apartamentos de una altura imponente, y que se erigían a ambos lados de la avenida y a lo largo de más de dos kilómetros. Mi amigo me contó que en aquellos enormes edificios de piedra vivían músicos y escritores, científicos y exiliados, bailarines y filósofos. Muy pronto, ningún viaje al centro era redondo si no incluía un paseo por la avenida West End, desde la calle Ciento Siete hasta la Setenta y Dos. Para mí, la avenida se convirtió en algo emblemático. Si conseguía vivir allí significaría que lo había logrado. No tenía claro si yo sería la artista/intelectual o si sólo estaría casada con él –en realidad, no me veía firmando el contrato de arrendamiento–, pero no importaba; de un modo u otro, viviría en uno de aquellos apartamentos.

En verano, íbamos a los conciertos que programaban en el estadio Lewisohn, el enorme anfiteatro del campus del City College. Allí fue donde escuché a Mozart, Beethoven y Brahms por primera vez. Estos conciertos dejaron de organizarse a mediados de los sesenta, pero a finales de los cincuenta, sentada en aquellas gradas de piedra durante los meses de julio y agosto, sabía, lo *sabía* sin más, que los hombres y mujeres que había a mi alrededor vivían en la avenida West End. Mientras la orquesta afinaba y las luces iban bajando hasta fundirse con la suave noche estrellada, notaba cómo aquel público inteligente se inclinaba hacia delante en bloque, ávido de música, de ellos *en* la música: como si el concierto fuera una extensión al aire libre del contexto de sus vidas. Y yo, con la esperanza de parecer tan inteligente como ellos, también me echaba hacia delante, aunque sabía que sólo estaba imitando el movimiento. Todavía no me había ganado el derecho

de amar la música como ellos. Unos pocos años después, empecé a darme cuenta de que era muy posible que nunca llegara a hacerlo.

Cuando sentía que cada vez estaba más fuera de lugar, no había nada que aliviara mejor el dolor y el resquemor que un paseo por la ciudad. Al ver cómo la gente se esforzaba de mil maneras distintas por seguir siendo humana –la variedad y la inventiva de las técnicas de supervivencia que ponían en práctica– sentía cómo bajaba la presión, cómo se drenaba el exceso de líquido. Notaba en las terminaciones nerviosas la resistencia de todos a hundirse. Esa resistencia se convirtió en mi compañera. Nunca me sentía menos sola que cuando estaba sola en una calle abarrotada. Allí descubrí que *podía* imaginarme a mí misma. Allí sentía que ganaba tiempo. Qué idea: ganar tiempo. Una idea que compartí con Leonard durante años.

Crecí y me mudé al centro pero, por supuesto, nada salió como esperaba. Fui a la universidad, pero la licenciatura no me consiguió un trabajo en el Midtown. Me casé con un artista, pero vivíamos en el Lower East Side. Empecé a escribir, pero nadie que viviera más arriba de la calle Catorce me leía. No se me abrieron las puertas de la industria soñada. La preciada empresa seguía estando fuera de mi alcance.

Entre mis amigos, tengo fama de no mostrar interés por adquirir cosas. La gente se ríe de mí porque parece que no quiero nada; ni conozco el nombre de nada, ni soy capaz de diferenciar las imitaciones de lo auténtico, lo elegante de lo mediocre. Mi desinterés no se debe a unos principios morales elevados; es más bien que las cosas siempre me han provocado pánico; mi inquietud es una consecuencia de esa incomodidad un poco cateta ante el color, la textura, la abundancia, el glamur, la diversión, el juego. Toda la vida me he apañado con poco porque las «cosas» me ponen nerviosa.

Leonard tiene un estilo de vida que parece el anverso absoluto del mío, pero, en honor a la verdad, creo que es su reflejo. Su casa, repleta de estampas japonesas, alfombras indias, muebles tapizados en terciopelo del siglo XVIII, parece un conjunto de salas de museo de las que él es el comisario. Llena el espacio físico con la misma desesperación con la que yo no lo lleno. Sin embargo, nunca se ha sentido más a gusto en su apartamento que yo en el mío; también necesita sentir el asfalto bajo los pies.

Cuando me licencié en la universidad, para mí Nueva York era Manhattan, pero para Leonard, que también había crecido en el Bronx, continuó siendo los barrios. Desde que lo conozco –hace ahora más de treinta años– ha recorrido las calles como yo no lo he hecho nunca, adentrándose en Brooklyn, Queens, Staten Island. Conocía Sunnyside, Greenpoint, Red Hook; Washington Heights, East Harlem, el South Bronx. Sabía qué significaba que en una calle de tiendas de Queens la mitad de los negocios estuvieran cerrados y tapados con paneles de madera, que hubiera obras en una parte del paseo que discurre junto al río en Brooklyn, que las flores de un pedazo de jardín en Harlem estuvieran marchitas, que un almacén del East River fuera ahora un centro comercial del tercer mundo. Sabía qué viviendas de protección oficial habían sido un éxito y cuáles eran una auténtica ruina. Y no sólo conocía las calles. Conocía los muelles, los patios de maniobras, las líneas de metro. Conocía al dedillo Central Park y Prospect Park. Conocía las pasarelas del East River; los ferris, los túneles, las circunvalaciones. Conocía Snug Harbor, City Island y Jamaica Bay.

A menudo me recordaba a los niños de la calle que protagonizan las películas italianas de posguerra: esos chicos guapos y andrajosos del cine de Rossellini que se identifican con Roma porque la conocen como la palma de su mano. Cuando hacíamos alguna de nuestras largas excursiones por los distritos, yo siempre veía así a Leonard: hambriento de información como sólo puede estarlo un niño de clase obrera; del tipo de información que hace tuya la tierra que pisas. Con él de guía, los barrios se extendían kilómetros y kilómetros en todas direcciones, y a menudo mis ojos desinformados los veían como terrenos baldíos hasta que empezaba a verlos con los ojos de Leonard: como un mar incomparable de guetos que constantemente derramaban vida nueva en un rectángulo de glamur y prosperidad.

En estas caminatas nuestras, la figura espacio-tiempo con frecuencia cambiaba conforme andábamos. El concepto de «horas» se evaporaba. Las calles se convertían en una larga carretera que se extendía ante nosotros, sin que nada obstaculizara nuestro avance. El tiempo se expandía para asemejarse al tiempo de la infancia, que parecía no acabar nunca, en contraste con el tiempo de ahora: siempre escaso, siempre apremiante, siempre un indicador efímero de nuestro bienestar emocional.

En una fiesta de Nochevieja, Jim se acerca corriendo hacia mí. Sara me saluda con la cabeza y se da la vuelta. Hace un año, yo era íntima de él; hace dos años, de ella. Esta noche me doy cuenta de que a él no lo he visto en tres meses; a ella, en seis. Aparece una mujer que vive a tres manzanas de mi casa, los ojos le brillan. «¡Te he echado de menos!», susurra melancólicamente, como si fuéramos amantes en tiempos de guerra separados por fuerzas que escapan a nuestro control. Sí, asiento, y sigo mi camino. Todas estas personas y yo nos abrazaremos felices; no habrá ni una mirada de recriminación ni una sílaba de reproche entre nosotros. Y, efectivamente, no hay nada que reprochar. Como piezas de un caleidoscopio que alguien ha agitado, sencillamente todos hemos cambiado de lugar en el patrón de intercambio de intimidades. Muchos que hasta hace nada nos veíamos con regularidad, ahora nos encontramos más por casualidad que por deseo: en un restaurante, en el autobús, en una boda en un *loft*. Ah, pero si ahí hay alguien a quien hace años que no veía. De repente, se enciende una intensa llama y nos vemos una vez a la semana durante los siguientes seis meses.

A menudo recuerdo las amistades del barrio de mi infancia: todas y cada una de ellas eran circunstanciales. Mujeres orondas y de ojos negros que comprendían las necesidades del momento sin necesidad de hablar. ¿Qué más daba que tu vecina de al lado se llamara Ida o Goldie cuando lo que necesitabas era que te prestara diez pavos, te recomendara un médico abortista o asintiera con la cabeza mientras despotricabas contra tu marido? Sólo importaba que hubiera una vecina de al lado. Esos apegos, como habría dicho Sartre, más que esenciales, eran contingentes.

Y en cuanto a nosotros: nunca antes en la historia se había invertido tanta inteligencia y tanto tiempo en la idea del yo irremplazable –esencial–; y nunca antes se había tratado a tantos como el otro contingente por aversión al más mínimo malestar psicológico.

El escritor romano del siglo III Cayo comprendió que el origen de sus numerosas dificultades en el ámbito de la amistad radicaba en su incapacidad de sentirse en paz consigo mismo. «Ningún hombre tiene derecho a esperar la amistad de los demás», escribió, «si no es amigo de sí mismo. Éste es el primer y principal deber de los hombres, ser amigos de sí mismos. Hay miles de personas que no sólo son hostiles consigo mismas, sino que frustran las

mejores intenciones de los demás de servirles; y, aun así, éstos son los que más suelen quejarse de que “en este mundo no existe tal cosa como la amistad”».

Samuel Taylor Coleridge veneraba una definición de la amistad que encarnaba un ideal que puede rastrearse hasta Aristóteles. Habitante de una época en la que las personas de sensibilidad anhelaban la comunión del espíritu, Coleridge padecía porque con frecuencia ésta no se materializara en amistad; pero el dolor no amenazaba su fe, ni siquiera cuando perdió la amistad por antonomasia.

Coleridge y William Wordsworth se conocieron en 1795, cuando tenían, respectivamente, veintitrés y veinticinco años. Wordsworth –serio, susceptible, y siempre a la defensiva tenía, incluso entonces, la firme convicción de que sería un gran poeta; Coleridge, por otra parte –brillante, temperamental, inseguro hasta el punto de volverse inestable–, ya consumía opio. Cualquiera salvo ellos podía ver que estaban destinados a darse un buen batacazo. En 1795, sin embargo, un nuevo mundo, una nueva poesía, un nuevo modo de ser estaban tomando forma y, en ese momento, tanto Wordsworth como Coleridge, que sentían que la novedad estaba operando en sí mismos, también comprobaron que existía al verla reflejada en el otro.

El entusiasmo duró poco menos de año y medio. Hacia el final de ese período, el caos interno de Coleridge se había intensificado considerablemente y el orgullo de Wordsworth se había fortalecido hasta casi paralizarlo. La persona que cada uno de ellos había sido durante casi dos años –la que se había deleitado en el placer ininterrumpido del otro– ya no existía. No era exactamente que hubieran vuelto a ser las personas que habían sido antes; era que ninguno de ellos se sentiría jamás la mejor versión posible de sí mismo en presencia del otro.

La mejor versión de sí mismo. Durante siglos, éste fue el concepto clave detrás de cualquier definición esencial de amistad: que un amigo es un ser virtuoso que le habla a la virtud que albergamos en nuestro interior. ¡Qué ajeno les resulta ese concepto a los hijos de la cultura terapéutica! Hoy no miramos para ver, y mucho menos para corroborar, la mejor versión de nosotros mismos en los demás. Al contrario, la franqueza con la que admitimos nuestras incapacidades emocionales –el miedo, la ira, la

humillación— es lo que nos lleva a crear los vínculos de amistad hoy día. No hay nada que nos acerque más a los otros que el grado en que afrontamos abiertamente nuestra vergüenza más profunda cuando estamos con ellos. Coleridge y Wordsworth temían exponerse de esa forma; nosotros lo adoramos. Lo que queremos es sentirnos *conocidos*, con nuestras virtudes y nuestros defectos; cuantos más defectos, mejor. La gran ilusión de nuestra cultura es que somos lo que confesamos ser.

Cada noche, antes de irme a dormir, cuando apago las luces de mi salón, que se encuentra en un decimosexto piso, experimento una sacudida de placer al ver las hileras de ventanas iluminadas que se elevan hacia el cielo agolpándose a mi alrededor, y siento que el cúmulo anónimo de habitantes de la ciudad me abraza. Este enjambre de colmenas humanas, suspendidas en el espacio, es el diseño de Nueva York, que ofrece una conexión genérica. El placer que me proporciona me reconforta de un modo que no soy capaz de explicar.

Suena el teléfono. Es Leonard.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Leo a Krista K. —respondo.

—¿Quién es? —pregunta.

—¿Cómo que quién es? —digo—. Es una de las escritoras más famosas de Europa del Este.

—Oh —dice asépticamente—. ¿Y cómo es el libro?

—Un poco claustrofóbico —suspiro—. La mayor parte del tiempo no sabes dónde estás ni quién habla. Después, cada veinte páginas más o menos, dice: «Esta mañana me he encontrado con G. Le he preguntado durante cuánto tiempo más cree que podemos seguir así. Él se ha encogido de hombros. Sí, le he dicho».

—Ah —dice Leonard—. Es de ésos. *A-bu-rrri-do*.

—Dime —le pregunto—, ¿no te preocupa parecer un filisteo?

–Los filisteos han sido un pueblo muy difamado –dice–. ¿Has visto a Lorenzo últimamente?

–No, ¿por qué?

–Ha vuelto a beber.

–¡Por Dios! ¿Qué le pasa ahora?

–¿Cómo que qué le pasa *ahora*? ¿Qué no le pasa? ¿Cuándo no le pasa algo a Lorenzo?

–¿Por qué no hablas con él? Sois muy amigos.

–*Ya* he hablado con él. Dice que sí con la cabeza mientras le hablo. Lo sé, lo sé, me dice, tienes razón, tengo que sobreponerme, muchas gracias por decirme esto, te lo agradezco mucho, no sé por qué la cago siempre, no lo sé.

–¿Y *por qué* la caga siempre?

–Porque si no la caga no sabe quién es.

La voz de Leonard se vuelve enérgica.

–Parece mentira –sigue despotricando– lo perdido que está. Le digo: «¿Qué quieres, *qué es* lo que quieres?».

–Dime –le interrumpo–: Y tú, ¿*qué es* lo que quieres?

–*Touché*.

Leonard se ríe con ironía.

Transcurren unos largos segundos de silencio vital.

–En mi vida –dice–, sólo he sabido lo que *no* quiero. Siempre he tenido una espina clavada y siempre he pensado: «Cuando me saque esta espina, pensaré en lo que quiero». Pero entonces me sacaba esa espina y me sentía vacío. Poco después, se me clavaba otra espina. Entonces, otra vez, lo único que tenía que hacer era pensar en cómo librarme de ella. Nunca he tenido tiempo de pensar en lo que *quiero*.

–Puede que ahí haya alguna pista de por qué bebe Lorenzo.

–Es un asco –dice Leonard en voz baja–. Ser tan viejo y tener tan poca información. Si Krista K. escribiera sobre eso, tal vez me interesara. El único problema es que para ella información es lo que buscaba el KGB.

En la farmacia me encuentro con Vera, una trotskista nonagenaria de las de antes que vive en mi barrio en un cuarto sin ascensor y que siempre habla con voz aguda, como si estuviera dando un discurso. Está esperando que le hagan una receta y, como no la he visto en mucho tiempo, me ofrezco a esperar con

ella. Nos sentamos en dos de las tres sillas que hay alineadas cerca del mostrador; yo estoy en la del centro; Vera, en la de mi izquierda; y en la de mi derecha hay un hombre de aspecto simpático que está leyendo un libro.

–¿Sigue viviendo en el mismo sitio? –le pregunto.

–¿Y adónde voy a ir? –dice, tan alto que un hombre que está en la cola se vuelve hacia nosotras–. Pero, ¿sabes qué, querida? Que gracias a las escaleras me mantengo en forma.

–¿Y su marido? ¿Cómo lleva él las escaleras?

–¿Mi marido? –dice–. Murió.

–Lo siento mucho –digo casi en un susurro.

Mueve la mano en el aire como restándole importancia al asunto.

–No fue un buen matrimonio –anuncia. Tres personas de la cola se vuelven–. Pero, ¿sabes? Al final eso tampoco es tan importante.

Digo que sí con la cabeza. Lo entiendo. El apartamento está vacío.

–Es justo que diga –continúa– que, aunque nunca fue un buen marido, sí fue un gran amante.

Noto que el hombre que está sentado a mi lado da un pequeño respingo.

–Bueno, sin duda eso sí es importante –digo.

–¡Y tanto! Lo conocí en Detroit durante la Segunda Guerra Mundial. Por entonces nos estábamos organizando. En aquella época, todos se acostaban con todos, y yo también. Pero aunque parezca increíble... –y en este punto baja la voz drásticamente, como si fuera a contarme un secreto de gran importancia–, la mayoría de los hombres con los que me acosté no eran buenos en la cama. En realidad, eran malos, *muy* malos.

En ese momento, siento que el hombre de mi derecha está tratando de reprimir una carcajada.

–Así que cuando encontrabas uno bueno –Vera se encoge de hombros–, no lo dejabas escapar.

–Sé muy bien a qué se refiere –digo.

–¿Sí, querida?

–Claro que sí.

–¿Quieres decir que siguen siendo malos?

–Cualquiera que nos oiga... –digo–. Dos viejas hablando de amantes terribles.

Esta vez el hombre que hay a mi lado suelta una carcajada. Me vuelvo y me quedo mirándolo un buen rato.

–Nos estamos acostando con los mismos hombres, ¿no? –le digo.

–Sí –asiente él–.Y con el mismo grado de satisfacción.

Durante un instante, los tres nos miramos y, entonces, a la vez, empezamos a reírnos a carcajada limpia. Cuando terminamos, todos estamos sonriendo de oreja a oreja. Hemos actuado juntos, y hemos conectado.

A nadie le sorprende más que a mí que haya resultado ser quien soy. Por ejemplo, en el amor. Siempre había dado por sentado que, en este aspecto, era como cualquier otra joven de mi generación. Si bien la maternidad y el matrimonio nunca me habían interesado, y entre mis compañeras de clase no era común fantasear con formar parte de una barricada revolucionaria, siempre pensé que algún día vendría a buscarme el Príncipe Apasionado y, cuando lo hiciera, la vida adoptaría su forma definitiva: *definitiva* era la palabra clave. En efecto, aparecieron unos cuantos que parecían ser el PA, pero de definitivo, nada. Antes de los treinta y cinco me había acostado con tantos hombres como cualquiera de mis amigas, y también me había casado, y divorciado, dos veces. Cada matrimonio había durado dos años y medio y en los dos una mujer que no conocía (yo) se había casado con un hombre que tampoco conocía (el muñequito de la tarta de bodas).

Sólo maduré sexualmente –es decir, adquirí conciencia de que era una de esas personas a las que les preocupa más desear que ser deseadas– cuando aquellos matrimonios se terminaron, y en *aquel* proceso aprendí algo. Aprendí que era sensual, pero que no buscaba la sensualidad; que gozaba con los orgasmos, pero que la tierra no temblaba bajo mi cuerpo; que podía prolongar la obsesión erótica durante más o menos seis meses, pero que sabía que la emoción se apagaría. En una palabra: hacer el amor era sublime, pero no lo era todo para mí. Y entonces aprendí algo más.

Cuando estaba cerca de los cuarenta, tuve una aventura con un hombre que me importaba y al que yo le importaba. Este hombre y yo nos sentíamos atraídos por la energía mental y espiritual que cada uno sentía que el otro emanaba. Pero para este hombre –inteligente, cultivado, apasionado por la política– era primordial imponer su voluntad sexual en cualquier relación que estableciera con una mujer. No había ningún momento que pasáramos juntos en que no me estuviera tocando. Bastaba con que cruzara el umbral de mi casa y ya me estaba agarrando los pechos; cada vez que me abrazaba,

intentaba meterme mano; y si se tumbaba a mi lado, hacía lo posible por que me corriera. Cuando ya llevábamos juntos unos meses, empecé a protestar por lo que había empezado a sentir como una dinámica demasiado automática; él, invariablemente, me rodeaba con sus brazos, me acariciaba el cuello con la nariz y me susurraba al oído:

–Vamos, sabes que te gusta.

Como lo amaba, y él a mí –pasamos instantes memorables juntos–, en aquellos momentos me quedaba mirándolo fijamente, exasperada decía que no con la cabeza y lo dejaba correr.

Un día sugirió que lo dejara sodomizarme, algo que nunca habíamos hecho. Puse objeciones. Al día siguiente, volvió a sugerirlo. De nuevo, puse objeciones.

–¿Cómo sabes que no va a gustarte –perseveró–, si nunca lo has hecho?

Cansada de su insistencia, acepté probarlo una vez. No, no, no, dije, tenía que aceptar probarlo tres veces y *entonces*, si seguía diciendo que no, sería que no. Así que lo hicimos tres veces y, la verdad sea dicha, no odié la sensación física tanto como había pensado –casi contra mi voluntad, mi cuerpo respondió–, pero definitivamente no me gustó.

–Muy bien –dije–. Lo he hecho tres veces y no quiero hacerlo más.

Estábamos en la cama. Me acarició el cuello con la nariz y me susurró al oído:

–Vamos, sólo una vez más. Sabes que te gusta.

Entonces me aparté y lo miré a los ojos.

–No –dije, y la rotundidad de mi propia voz me sorprendió.

–¡Eres una mujer muy poco natural! –me soltó–. Tú sabes que quieres hacerlo. Yo sé que quieres hacerlo. Y aun así, te rebelas. ¿O es que te rebelas contra mí?

De nuevo, lo miré directamente: pero esta mirada fue diferente de aquellas otras miradas. Un hombre me estaba presionando para que hiciera algo que no quería hacer, y presionándome de un modo que nunca habría empleado con otro hombre: me estaba diciendo que no sabía lo que quería. Sentí que se me achicaban los ojos y se me enfriaba el corazón. Por primera –aunque no por última– vez sentí de manera consciente que los hombres eran de una especie distinta a la mía. Distinta y extraña. Era como si una membrana invisible hubiera caído entre mi amante y yo, una lo suficientemente fina para ser penetrada por el deseo, pero lo suficientemente opaca para ocultar la

hermandad entre seres humanos. La persona que había al otro lado de la membrana me parecía tan irreal como yo, suponía, debía de parecerle a él. En ese momento, no me importó si jamás volvía a meterme en la cama con un hombre.

Por supuesto que volví a meterme en la cama con otros –amé, discutí y gocé muchas veces después de que este hombre y yo nos separáramos–, pero la evocación de ese velo sutil e invisible me atormentaba; y con más frecuencia de lo que me hubiera gustado, aparecía cada vez que miraba la cara de un hombre que me amaba, pero que no estaba convencido de que yo necesitara lo mismo que él para sentirme como un ser humano.

Con el tiempo, llegué a conocer a otras mujeres que habrían analizado la experiencia de otra forma, pero que inmediatamente comprendían de lo que hablaba cuando les describía la membrana invisible. «Viene de serie», dijeron la mayoría de ellas, encogiéndose de hombros. Habían asumido una situación que siempre había sido así. Comprendí que yo no era capaz de hacerlo. Para mí, era como el guisante debajo de los veinte colchones: no podía acostumbrarme a ese escozor en el alma.

«Trabaja», me decía a mí misma. «Trabaja. Si trabajo», pensaba al tiempo que estrechaba mi nuevo corazón endurecido, «seré alguien en el mundo». ¿Qué importancia tendría entonces renunciar al «amor»?

Pero descubrí que me importaba más de lo que nunca habría imaginado. Conforme fueron pasando los años, comprobé que el amor romántico estaba inyectado como un tinte en el sistema nervioso de mis emociones, entrelazado a conciencia en el tejido del deseo, la fantasía y el sentimiento. Atormentaba a la psique, era un dolor de huesos; se incrustaba con tal profundidad en la naturaleza del espíritu que hacía daño a la vista contemplar sus enormes consecuencias. Sería un motivo de sufrimiento y conflicto durante el resto de mi vida. Atesoro mi corazón endurecido –durante todos estos años siempre lo he atesorado–, pero la pérdida del amor romántico todavía puede desgarrarlo.

En mi calle han colocado una barrera para cercar una zona del pavimento sobre la que han echado hormigón fresco. Al lado de la barrera hay una única plancha de madera con una barandilla muy endeble para los peatones. Una mañana helada en pleno invierno estoy a punto de agarrarme a la barandilla

para cruzar la plancha cuando, en el otro extremo, aparece un hombre, dispuesto a salvar el mismo obstáculo. Este hombre es alto, tremendamente delgado y terriblemente viejo. De modo instintivo, me inclino hacia delante lo suficiente para ofrecerle la mano. Ninguno de los dos dice una palabra hasta que el hombre logra cruzar sano y salvo la plancha y se encuentra a mi lado.

–Gracias –dice–. Muchas gracias.

Un escalofrío de emoción me recorre todo el cuerpo.

–De nada –digo en un tono que espero sea tan franco como el suyo.

Entonces, cada uno sigue su camino, pero siento ese «gracias» corriendo por mis venas durante todo el día.

La diferencia la había marcado su voz. ¡Esa voz! Fuerte, viva, serena: no consciente de pertenecer a un anciano. En ella no había ni rastro de ese deje lastimero que con frecuencia se detecta en la voz de los ancianos cuando se les prodiga alguna modesta atención –«Qué amable es usted, qué amable, amabilísima», cuando lo único que una está haciendo es parar un taxi o ayudar a vaciar un carrito de la compra–, como si se estuvieran disculpando por el espacio que ocupan en el mundo. Este hombre se había dado cuenta de que yo no había hecho nada especial; y no necesitaba mostrarse especialmente agradecido. Nos estaba recordando a ambos que cualquier persona que necesite ayuda tiene derecho a esperarla; y que quien es testigo de ello tiene la obligación de brindarla. Yo le había ofrecido mi mano y él la había tomado. Habíamos compartido treinta segundos –él no me había suplicado y yo no lo había tratado con condescendencia–, en los que a él se le había caído la máscara de la vejez y a mí, la del vigor. En medio de la disfunción nacional, de la brutalidad global y de la actitud defensiva del individuo, los dos, sencillamente, nos habíamos mostrado ante el otro tal y como éramos.

Leonard tiene un amigo, Tom, que es un gran coleccionista de parábolas. Para Tom, el mero acto de despertarse por la mañana es fuente de aprensión; las parábolas le brindan consuelo y energía. El otro día, Leonard me contó dos de las nuevas parábolas de Tom. En la primera, «una mujer se cae de un transatlántico. Horas más tarde, la echan de menos. La tripulación da media vuelta. Retroceden y la encuentran porque todavía está nadando». En la

segunda, «un hombre decide acabar con su vida, salta de un puente muy alto, cambia de opinión mientras está en el aire, adopta una posición de zambullida y sobrevive». La vida es un infierno, la especie está condenada, pero tienes que seguir nadando.

–¿Por qué crees que en la primera historia la protagonista es una mujer y en la segunda, un hombre? –le pregunté a Leonard.

–Pero el hombre es gay, ¡tonta! –respondió–. La mujer se ha caído del barco, no ha saltado, y sería una faena que muriera por culpa de un accidente; así que se pone a nadar *inmediatamente*. El hombre, por otra parte, es todo indecisión suicida. A mitad de camino, decide que es mejor vivir que morir. Es gay, sin duda.

Hay dos tipos de amistades: aquellas en las que las personas se animan mutuamente y aquellas en las que las personas deben estar animadas para estar juntas. En la primera categoría, uno hace hueco para verse; en la segunda, uno busca un hueco en la agenda.

Antes tendía a pensar que esta distinción tenía que ver con cada relación específica. Ahora creo que tiene más que ver con el temperamento. Es decir, hay personas que son, por temperamento, más propensas a estar animadas, y otras a las que les supone un esfuerzo. Aquellos que son propensos están deseando expresarse; aquellos que tienen que hacer un esfuerzo son más receptivos a la melancolía.

Las amistades en Nueva York entretienen en esta lucha entre la devoción a la melancolía y la atracción por la expresividad. Las aceras están repletas de aquellos que anhelan escapar de la sentencia a cadena perpetua de una para participar de la promesa de la otra. Hay momentos en que la ciudad parece tambalearse bajo su impacto.

Hace unas semanas, una mujer que vive en la misma planta que yo me invitó a un *brunch* que organizaba en su casa el domingo. Esta mujer ha sido maestra de primaria durante años, pero considera la enseñanza como un trabajo alimenticio. En la vida *real*, dice, es actriz. Ninguno de los que estaban en el *brunch* –todos cuarentones y cincuentones– se conocían mucho, y algunos no se conocían en absoluto, pero enseguida se hizo evidente que

todos los invitados también consideraban su trabajo como una labor alimenticia; todos consideraban que tenían una vocación artística, aunque no habían conseguido nada tangible. La charla de aquella mañana de domingo se convirtió en una letanía sobre esta o aquella audición, publicación o exposición de arte que no había llegado a buen término, y todos acababan con un «No me preparé lo suficiente», «Sabía que tenía que haber reescrito el principio» o «El problema es que no envió suficientes diapositivas». Lo que era chocante era la empatía que cada reproche que cada uno se hacía despertaba en los demás. «Oh, eres demasiado duro contigo mismo», se escuchó más de una vez. Después, abruptamente, mientras miraba a los ojos a la última persona que había dicho «Eres demasiado duro contigo mismo», una mujer que hasta entonces había permanecido en silencio empezó a hablar.

—Cuando me divorcié —dijo—, tuve que vender la casa de Westchester. Una pareja que se dedicaba a la importación de muebles y objetos de arte chinos compró la casa y empezó a trasladar cosas una semana antes de que yo me mudara. Una noche bajé al sótano y empecé a curiosear entre sus cajas. Encontré un par de jarrones de porcelana muy bonitos. Dejándome llevar por un impulso, cogí uno. Pensé: «Ellos lo tienen todo, yo no tengo nada. ¿Por qué no puedo quedármelo?». Cuando me fui de la casa, me llevé el jarrón. Una semana después, el marido me llamó y me dijo que había ocurrido algo muy raro: uno de los jarrones había desaparecido. ¿Sabía yo algo? No, dije, aparentando estar tan sorprendida como él, no sabía nada de los jarrones, ni siquiera los había visto nunca. Me sentí muy mal, pero no sabía qué hacer. Así que metí el jarrón en un armario y nunca volví a mirarlo. Pasaron diez años. Entonces empecé a pensar en el jarrón. Muy pronto empezó a obsesionarme. Por fin, el año pasado ya no pude soportarlo más. Empaqueté el jarrón lo mejor que pude y se lo envié por correo. Después les escribí una carta aparte diciéndoles que no sabía lo que me había pasado, ni por qué había cogido aquel objeto que les pertenecía, y que no les estaba pidiendo que me perdonaran, pero que se lo devolvía. Unas semanas más tarde, la mujer me llamó. Me dijo que había recibido una carta mía muy extraña, que no sabía de lo que le estaba hablando, y que luego le había llegado un paquete, y que dentro había como mil fragmentos de algo. ¿Qué demonios era lo que me había llevado y ahora les devolvía?

Leonard y yo estamos en su salón; yo, sentada en la silla alta de terciopelo gris; él, en el sofá marrón de lona.

–El otro día –le digo– me acusaron de ser crítica. «No me hagas reír», pensé. «Tendrías que haberme conocido hace diez años». Pero ¿sabes qué? Estoy *harta* de disculparme por ser crítica. ¿Por qué no debería serlo? Me *gusta* ser crítica. Ser crítica es reconfortante. Absolutos. Certezas. ¡Cómo he llegado a amarlos! Quiero recuperarlos. ¿Acaso no puedo?

Leonard se ríe y tamborilea con los dedos sin cesar sobre el reposabrazos de madera de su precioso sofá.

–Antes todo el mundo parecía muy maduro –digo–. Ya no. Míranos. Hace cuarenta, cincuenta años habríamos sido como nuestros padres. ¿Quiénes somos ahora?

Leonard se levanta y cruza la habitación en dirección a un armario, lo abre y saca un paquete de tabaco que está hecho polvo. Lo sigo con la mirada, sorprendida.

–¿Qué haces? –digo–. Pero si ya no fumas.

Se encoge de hombros mientras saca un cigarrillo del paquete.

–Ellos aprobaron –dice Leonard–. Eso es todo. Hace cincuenta años, entrabas en un armario llamado «matrimonio». En el armario había dos conjuntos de ropa, tan rígidos que se sostenían de pie. La mujer se ponía el vestido llamado «esposa» y el hombre, el traje llamado «marido». Y eso era todo. Desaparecían dentro de la ropa. Nosotros, hoy, suspendemos. Nos quedamos aquí de pie, desnudos. Eso es todo.

Enciende una cerilla y la acerca al cigarrillo.

–No estoy hecha para esta vida –digo.

–¿Y quién lo está? –dice, expulsando el humo en mi dirección.

A las diez de la mañana, dos viejecitas caminan delante de mí por la Veintitrés Oeste; una lleva un jersey de nailon rosa; la otra, uno de nailon azul.

–¿Has oído lo que han dicho? –dice la de rosa–. El papa ha hecho un llamamiento al capitalismo para que sea amable con los pobres del mundo.

La de azul responde:

–¿Y qué ha contestado el capitalismo?

Mientras cruzamos la Séptima Avenida, la mujer de rosa se encoge de

hombros y dice:

–Por ahora, nada.

A las doce del mediodía, un hombre está frente al mostrador de la tienda de comestibles mirando el cambio que tiene en la mano.

–Me ha dado usted ocho dólares y seis centavos –le dice a la joven que está detrás de la caja registradora–. Creo que no es correcto.

Ella mira las monedas y dice:

–Tiene razón. Debería haberle dado ocho dólares y sesenta centavos. –Y le da al hombre el cambio correcto. Él sigue mirando fijamente la palma abierta.

–Ha puesto el cero en el sitio del seis –dice–. Es al revés.

Ahora es la mujer quien lo mira fijamente. Cuando el hombre por fin se da la vuelta y se marcha, hago un gesto de negación con la cabeza, congraciándome con la dependienta.

–Lo que tengo que aguantar cada día –dice suspirando mientras coloco mi compra sobre el mostrador–.¿Puede creerlo? Un tipo se acerca al mostrador con un artículo. El precio que viene marcado no es correcto. Enseguida me doy cuenta, el precio está mal. Le digo: «Escuche, ese precio no es correcto. Créame, me sé los precios. Llevo trabajando aquí dos años». Él me contesta: «Eso no es nada de lo que sentirse orgulloso», y se va.

A las tres de la tarde, una pareja de aspecto distinguido espera bajo el toldo del elegantísimo Hotel Regency de Park Avenue. El hombre tiene el pelo gris oscuro y unas facciones regulares y lleva un abrigo caro. La mujer está consumida, tiene el pelo rubio y peinado en ondas y lleva un abrigo de visón. Levanta la vista hacia él justo cuando estoy pasando por delante de ellos, y su rostro se ilumina.

–Ha sido una tarde *maravillosa* –le dice.

El hombre la abraza afectuosamente y asiente con la cabeza, mirándola a los ojos. La escena despierta en mí un sentimiento exacerbado de gratitud: ¡qué admirable es ver a personas de la clase adinerada actuar como simples humanos! Más tarde me encuentro a Sarah, una socialista desencantada que conozco, y le hablo de la pareja de Park Avenue. Ella me escucha con su amargura marxista habitual y dice:

–¿Crees que esa mujer sabe lo que es una tarde maravillosa?

A lo largo de la década de los cuarenta del siglo xx, Charles Reznikoff, un

poeta neoyorquino, paseaba por las calles de su ciudad natal. Reznikoff no era un solitario –estaba casado, trabajaba para una agencia estatal, tenía amigos en el mundillo literario–, pero la lucidez de su obra proviene de un silencio interior tan apasionado, tan luminoso, que el lector no puede evitar pensar que paseaba porque necesitaba encontrar algo que le recordase su propia humanidad y que sólo las calles podían proporcionarle:

Caminaba por la calle Cuarenta y Dos al caer la noche.
Al otro lado estaba Bryant Park.
Detrás de mí venían dos hombres
y podía oír a medias su conversación:
«Lo que tienes que hacer» le estaba diciendo uno a su compañero,
«es decidir lo que quieres hacer
y perseguirlo. ¡Perseguirlo!
Y entonces seguro que lo consigues».

Me volví para mirar al que daba un consejo tan bueno
y no me sorprendió ver que era un hombre viejo.
Pero su compañero,
que había recibido un consejo tan sincero,
era igual de viejo;
y justo entonces el enorme reloj que hay en lo alto de un
edificio frente al parque empezó a brillar.

Una y otra vez, el drama de los seres humanos que se avistan los unos a los otros a través del aislamiento se despliega ante Reznikoff en las calles:

Durante la Segunda Guerra Mundial, volvía a casa una noche
por una calle que casi nunca tomaba. Todas las tiendas estaban
cerradas
excepto una: una pequeña frutería.
Dentro, un viejo italiano esperaba a los clientes.
Mientras le pagaba, vi que estaba triste.
«Está usted triste», le dije. «¿Qué le preocupa?».
«Sí», dijo, «estoy triste». Entonces añadió, en el mismo

tono, sin mirarme:

«Mi hijo se ha ido al frente hoy y nunca volveré a verlo».

«¡No diga eso!», dije. «¡Claro que volverá a verlo!».

«No», respondió. «Nunca volveré a verlo».

Tiempo después, cuando la guerra había terminado,

me encontré otra vez en aquella calle

y otra vez era tarde, todo estaba oscuro y desierto:

y otra vez vi al viejo solo en la tienda.

Compré unas manzanas y lo observé detenidamente:

su rostro delgado y lleno de arrugas era adusto,

pero no especialmente triste. «¿Qué pasó con su hijo?»,

pregunté.

«¿Volvió de la guerra?». «Sí», respondió.

«¿Lo hirieron?». «No. Está bien».

«¡Maravilloso!», dije. «¡Es maravilloso!».

Me quitó la bolsa de manzanas de las manos, metió la mano,

sacó una que había empezado a pudrirse

y la cambió por otra en buen estado.

«Volvió por Navidad», añadió.

«¡Fantástico! ¡Es fantástico!».

«Sí», dijo amablemente, «fue fantástico».

Volvió a quitarme la bolsa de manzanas de las manos,

sacó una de las más pequeñas y la cambió por una grande.

A menudo me pregunto cómo sonarían los poemas de Reznikoff si paseara por las calles hoy día.

«Todos los hombres en soledad son sinceros», decía Ralph Waldo Emerson.

«En cuanto entra en escena un segundo, comienza la hipocresía [...]. Un amigo, por lo tanto, es una especie de paradoja de la naturaleza».

Tuve una aventura con un dramaturgo que vivía en el centro. Dos cosas acerca de este hombre: era un exalcohólico y tenía fobia a salir de la ciudad.

Yo era demasiado mayor para considerarlo poético, pero lo hacía. Me prometió que no volvería a beber y cumplió su promesa. Me prometió que sería fiel, pero eso no lo cumplió. Cuando me dejó, sufrí, a partes iguales, tristeza y furia. «¿Me estás dejando?», vociferé. «¡Se supone que soy yo quien tendría que dejarte!».

–Un alcohólico –dijo Leonard encogiéndose de hombros.

–Un exalcohólico –maticé.

–Me da igual qué tipo de alcohólico sea –dijo Leonard.

El caso es que estamos en el Midtown, subiendo por la Sexta Avenida, y de repente –no sé por qué, puede que me esté acordando del dramaturgo– me vienen a la mente unos versos maravillosos de Frank O’Hara que vi ensartados en letras de acero en la balaustrada del puerto deportivo de Battery Park City. «No hace falta salir de los límites de Nueva York para tener todo el verde que uno desee», había escrito O’Hara. «No soy capaz de disfrutar siquiera de una brizna de hierba a menos que sepa que hay una boca de metro a mano, una tienda de discos o cualquier otra señal de que la gente no rechaza la vida». Le repito los versos a Leonard y se le arrugan los ojos de placer.

–Un poeta sobrevalorado –dice–, aunque en ocasiones realmente era bastante extraordinario.

–Sí –digo mientras asiento con la cabeza.

La frase de O’Hara se repite una y otra vez en mi cabeza y empiezo a encariñarme con ella.

–Es una lástima –dice Leonard– que...

–Muriera tan joven –le interrumpo.

Leonard se queda mirándome.

–Que su única *bio-gra-fí-a* fuera tan *super-ficial*...

–¡Oh!

–*Fran-ca-men-te* –dice, mirándome–, ya no se puede tener una conversación seria contigo.

–Vale, vale. –Recobro la compostura–. Sí, se merece una buena biografía.

–No tanto por él –dice Leonard–. Toda su vida fue un chico malo y descerebrado, quién sabe en qué habría acabado su obra, pero su vida fue un símbolo de la época. En los cincuenta la estética reemplazó a la política, y ya sabes que ahí los gays siempre encuentran su lugar. La guerra había terminado, Nueva York estaba en su apogeo, unos cuantos hombres se sintieron lo bastante audaces para ser abiertamente ellos mismos. Si te sentías

un privilegiado, como se sentía O'Hara, podías llevar las cosas hasta límites insospechados. Y él lo hizo. Y gracias a que lo hizo, a que fue tan asombrosamente audaz y *se salió con la suya*, las cosas empezaron a cambiar.

Cuando pasamos por delante del Radio City Music Hall, Leonard levanta la vista hacia el viejo y llamativo cine.

–Había que tener belleza y clase, y una seguridad digna de la Ivy League* –dice–. Y O'Hara lo tenía todo. Habría sido impensable que alguien como yo lo intentara.

Con estas palabras se sume en un ensimismamiento en el que se palpa la pesadumbre.

Le doy un empujoncito.

–Pero si O'Hara no lo hubiera vivido entonces, ahora no estarías paseando por aquí conmigo. –Me río–. Ni siquiera yo estaría paseando por aquí conmigo.

Él también se ríe, aunque de mala gana. Odia renunciar a sus agravios. Los equipara con la ironía que, según dice, le salvó la vida. A ella sí que nunca renunciará.

Por la noche cenamos en casa de un par de psicoanalistas a quienes apenas conocemos. Los invitados son homófobos, rinden culto a los «valores» y están deseosos de hablar de cultura. La cena que sirven es cara, pero la conversación es comida basura. Los psicoanalistas se dirigen exclusivamente a mí. Me siento atrapada. En repetidas ocasiones, me vuelvo hacia Leonard para distraerme, pero estoy sola en la mesa. Él se ha retirado a un lugar remoto e impenetrable. Más tarde, caminamos por las calles oscuras y silenciosas. Después de un rato, Leonard me dice:

–No les intereso. Y la parte de mí que es interesante los asusta.

No nos sentimos más cerca el uno del otro por lo que acaba de decir –ya llevo demasiadas horas sola en su presencia–, pero la lucidez que sus palabras aportan a una velada que por lo demás ha sido fallida hace que la vida sea más fácil de sobrellevar.

Mi amistad con Leonard empezó conmigo invocando las leyes del amor: las que conllevan expectativas. «Somos uno», decidí poco después de

conocernos. «Tú eres yo y yo soy tú; es nuestra obligación salvarnos el uno al otro». Me llevó años darme cuenta de que ese sentimiento no era exacto. Lo que somos, de hecho, es un par de viajeros solitarios que avanzan con esfuerzo por el territorio de sus vidas, y que de vez en cuando se encuentran en el límite más alejado para intercambiar noticias sobre el estado de las fronteras.

La puerta de entrada de mi edificio está a sólo unos pocos pasos de una boca de metro. Entre ambas hay un hombre que pide limosna. Hace más de dos años que está ahí cada día. Se llama Arthur. Es negro, tiene treinta y tantos años, es guapo y va bien vestido. Sostiene un vaso de papel en la mano y con una voz cálida y paciente entona una y otra vez:

–Damas y caballeros, me pregunto si podrían ayudarme. No tengo dónde dormir, y sin duda agradecería poder llevarme algo al estómago. No bebo, no me drogo ni soy un delincuente. Sólo les pido que me apoyen en estos tiempos tan difíciles. Les agradeceré cualquier cosa que puedan darme.

Casi nunca le doy dinero a Arthur –como hija de la Izquierda que soy, estoy absolutamente en contra de la mendicidad–, pero hablo con cualquiera que se dirija a mí. Arthur y yo charlamos todas las mañanas. («¿Cómo va?». «Bien, ¿y usted?». «Ahí sigo, ahí sigo. No te quedes mucho tiempo aquí fuera, hoy va a hacer frío»). A veces, si tengo prisa, me limito a saludarlo con la mano. En esos casos, sin excepción, me toma el pelo: «¡Hoy tiene muy buen aspecto!», me grita, «¡muy bueno!». Yo empiezo a reírme y su voz me sigue, hablándome de esa forma tan tierna y seductora suya.

El otro día un hombre salía del metro justo cuando yo atravesaba la puerta de entrada de mi edificio. Arthur extendió la mano que sostenía el vaso. El hombre evitó con un espasmo la mano de Arthur como si se tratara de unapestado, mientras en su rostro se dibujaba una mirada de repulsa homicida. Arthur continuó su monótona arenga como si nada hubiese ocurrido, pero yo sentí náuseas.

–Pero ¿qué es lo que te pasa? –le grité–. ¿Es que vas a hacer esto el resto de *tu vida*?

Me miró con ojos risueños. Yo era un objetivo como cualquier otro.

–Señora –dijo, y siguió con su numerito–, estoy buscando trabajo, el

Hombre no quiere ayudarme, hace lo posible para que no levante cabeza, le da igual si me muero de hambre en la calle.

Arthur es listo y sabe hablar, pero yo también. Me quedé allí discutiendo con él. Entonces, en mitad de una frase, me dijo bruscamente:

–Seré yo quien decida cuándo se acaban las vacaciones.

Me quedé mirándolo fijamente. No sé qué vio en mi cara, pero la suya se suavizó perceptiblemente. Muy bajito, me dijo:

–Eso ya no quiere decir lo que quería decir cuando usted era joven.

Una vez, a finales de los setenta, cuando andaba con los humos subidos con el feminismo radical, me invitaron a dar el discurso de graduación en una pequeña universidad femenina. Llamé a mi madre para contarle que me habían concedido aquel honor.

–¿Te han pedido que des el discurso de la ceremonia de *graduación*? – exclamó incrédula.

–Sí –dije.

–¿Quieres decir que alguien escribe el discurso y tú lo lees?

–No –dije–. Yo escribo el discurso y lo doy.

–Cuéntame –me dijo al día siguiente– cómo es que te lo han pedido *a ti*. Me refiero a que por qué se lo han pedido a alguien como tú.

–¡*Mamá!* –exclamé.

Y a los dos días:

–¿Tienes que enseñarles el discurso antes de pronunciarlo? –preguntó–. Quiero decir, ¿el decano o alguien va a ver antes lo que has escrito?

–No... –suspiré–. No tengo que enseñárselo a nadie.

Me miró sin decir nada.

–*Nu** –dijo por fin–, si no les gusta lo que dices se limitarán a pedirte que te vayas.

Lo que quiere decir: al fin y al cabo, esto son los Estados Unidos, no pueden matarte.

Muy pronto aprendí que la vida es o bien chejoviana o bien shakespeariana. En nuestro caso, no había duda. Mi madre yacía en un sofá, en una habitación en penumbra, con un brazo colgando sobre la frente y el otro apretado contra

su pecho. «¡Estoy sola!», gritaba, y desde todos los rincones del edificio mujeres, y también hombres, se movían ajetreados de acá para allá tratando de aliviar una angustia del alma que consideraban superior. Pero ella apartaba la cara con los ojos cerrados y una insatisfacción apasionada. Buscaba un consuelo espiritual que ninguno de ellos era capaz de proporcionarle. No eran las personas adecuadas. Sólo había habido una persona adecuada, y ahora estaba muerta.

Mi madre había elevado el amor a la categoría del santo grial. Encontrar el amor no era sólo tener felicidad sexual, era alcanzar un lugar en el universo. Cuando se casó con mi padre, me dijo, la nube de oscuridad que flotaba sobre su alma se disipó. Ésas fueron sus palabras: la nube de oscuridad. Papá era mágico: su mirada, el roce de sus manos, su comprensión. Mi madre se echó hacia delante cuando llegó al final de la frase. *Comprensión* era la palabra mágica. Sin comprensión, dijo, no sabía que estaba viva; con comprensión, se sentía centrada y en el mundo. Cuando mi padre estaba presente, reaccionaba con una profundidad que no era consciente de tener a la poesía, a la política, a la música, al sexo: a todo. Cerró los ojos dramáticamente. *Todo*. Cuando él murió, dijo, «todo» se fue con él. La nube que flotaba sobre su alma regresó, más negra que nunca: y ahora tapaba la tierra.

La depresión fue profunda y, aparentemente, innegociable, y persistió sin remitir ni aplacarse durante muchos años. Mi madre no era capaz de olvidar la absoluta *idoneidad* de lo que una vez había sido suyo. Lo que se le ofrecía ahora no le servía. Nada sería nunca *exactamente* adecuado, nadie sería nunca la persona *exactamente* adecuada. El rechazo a *lo aproximado* adquirió vida propia.

Me convertí en la hija de mi madre. Cuando era muy joven, no era capaz de sentirme interesante si no tenía una respuesta inteligente. Reclamaba la compañía de mentes afines a la mía, pero nadie a mi alrededor me devolvía las palabras que necesitaba oír. Me pasaba la vida contándole a los niños del vecindario anécdotas inspiradas en algo que había ocurrido en el colegio, en la tienda de comestibles, en el edificio donde vivía. Les contaba la historia y luego la resumía en una frase que daba cuenta del significado de lo que les había contado. Después, pretendía que alguien dijera algo que me demostrara que lo habían entendido. En cambio, los semblantes de entusiasmo se evaporaban, volviéndose atónitos u hostiles, e inevitablemente alguien preguntaba: «¿Qué quieres decir con eso?».

Cada vez estaba más nerviosa y agitada, y como siempre me ofendía, insultaba. «¿Cómo puedes decir algo así?», gritaba mucho antes de tener edad para votar. La sensación de privación que mi madre tenía me sobrepasaba. Era como si al nacer me hubieran despojado del Amigo Ideal, y ahora lo único que pudiera hacer fuera tomar nota de las carencias del que tenía a mano.

Nunca sabría lo que Keats ya sabía antes de cumplir los veinticinco, que «ningún grupo de personas es mejor que otro». Ésa sí fue una vida shakespeariana. Keats llenaba su propia experiencia hasta tal punto, que le bastaba el más mínimo intercambio humano para conectar con una claridad interior que él mismo había alcanzado. Para eso, le servía casi cualquiera. Vivía dentro del paraíso de una mente que se nutría de su propia conversación. Yo vagaría durante el resto de mi vida por el purgatorio del autoexilio, sin dejar de buscar a la persona adecuada con quien hablar.

Este callejón sin salida rápidamente me llevó a tener una actitud arrogante y moralista. Me convertí en la única chica de catorce años del vecindario que regularmente se pronunciaba sobre el significado y la naturaleza del Amor con A mayúscula. Amor real, amor verdadero, amor idóneo. Cuando te encontrabas en presencia del amor, declaraba sentando cátedra, lo sabías *instantáneamente*. Si no lo sabías, es que no era amor. Si lo era, independientemente de los obstáculos, te entregabas a él sin dudarlo, porque el amor era la intensidad suprema, la exaltación que daba sentido a todo. Lo que me marcó fue la seguridad con la que repetí esta letanía, una y otra vez.

Al mismo tiempo que pontificaba sobre el Amor con A mayúscula, fantaseaba constantemente con estar en el escenario de un gran auditorio, o en un estrado en una plaza pública, dirigiéndome a miles de personas, incitándolas a la revolución. Lo que me emocionaba en secreto era la convicción de que algún día tendría la elocuencia y la visión para movilizar a la gente para que pasara a la acción. A veces no sabía cómo sería capaz de conciliar una vida como agente de la revolución y devota del Amor. Entonces, indefectiblemente, me visualizaba en el escenario, con el rostro ruborizado por la determinación, mientras un hombre que me adoraba esperaba entre el público a que terminara y me arrojara en sus brazos. Eso parecía abarcarlo todo.

Al acercarme al final de la adolescencia, esta imagen que tenía en la cabeza de mí misma liderando la revolución comenzó a complicarse

misteriosamente. Por supuesto, sabía que una vida notable tenía que incluir un trabajo real –un trabajo que aportara algo al mundo–, pero ahora me parecía que para hacer ese trabajo era necesaria una Pareja Ideal. Daba por sentado que con el hombre adecuado a mi lado podría hacer cualquier cosa. Sin el hombre adecuado... pero no, eso era impensable. Ni hablar de «sin el hombre adecuado». El hincapié empezó a pasar de conseguir hacer el trabajo a encontrar el hombre adecuado para hacer el trabajo. Poco a poco, pero inexorablemente, encontrar al hombre adecuado pareció convertirse en el trabajo.

En la universidad, las chicas que eran mis amigas amaban la literatura. Cada una de nosotras se identificaba o con la Dorothea Brooke de George Eliot, que confunde a un pedante con un hombre de intelecto, o con la Isabel Archer de Henry James, que toma al malvado Osmond por un hombre cultivado. Aquellas que se identificaban con Dorothea se sentían conmovidas por su devoción incondicional por los «principios morales»; las que no, la consideraban una provinciana mojigata. Aquellas que se identificaban con Isabel la admiraban por su enorme ambición emocional; las que no, la consideraban peligrosamente ingenua. En cualquier caso, mis amigas y yo nos veíamos como variaciones potenciales de la una o de la otra. La seriedad de nuestras preocupaciones tenía su origen en nuestra obsesión con estas dos mujeres ficticias.

El problema, tanto en *Middlemarch* como en *Retrato de una dama*, era que la protagonista –hermosa, inteligente, sensible– toma al hombre equivocado por el hombre adecuado. Como problema, la situación nos parecía razonable a todas. Lo veíamos todos los días de la semana. Entre nosotras había mujeres jóvenes elegantes, con talento y atractivas unidas, o a punto de unirse, con hombres de mente o espíritu mediocre que inevitablemente las arrastrarían con ellos. La perspectiva de un destino parecido nos atormentaba. Todas nos estremecíamos al pensar que era posible que nos convirtiéramos en una de aquellas mujeres.

Yo no, estaba decidida. Si no era capaz de encontrar al hombre adecuado, me juré por lo más sagrado, prescindiría de los hombres.

Durante casi diez años después de terminar la universidad, peregriné buscando el santo grial: el Amor con A mayúscula, el Trabajo con T mayúscula. Leía, escribía, me acostaba con hombres. Hacía vida de casada durante diez minutos, fumaba marihuana durante otros cinco. Animada y

decidida, recorrí las calles de Nueva York y Europa. Pero, de algún modo, algo no acababa de encajar. No conseguía dar con la manera de afrontar el trabajo y, huelga decirlo, no me topaba con el hombre adecuado. Con el tiempo, una enorme lasitud se apoderó de mí. Era como si me hubiera quedado dormida de pie y necesitara que me despertasen.

El día antes de cumplir treinta años, me casé con un científico, un hombre de naturaleza taciturna que había tardado dieciocho años en terminar su tesis. Esa dificultad lo había vuelto poético a mis ojos. Él, por supuesto, era increíblemente sensible a mi voluntad dividida. Durante nuestro noviazgo, caminábamos juntos a todas horas mientras yo disertaba con vehemencia sobre por qué no podía ir a Moscú. Sus ojos brillaban de emoción al escucharme. «¡Mi querida niña!», exclamaba. «Mi bella y maravillosa niña. ¡Eres la vida misma!».

Yo me convertí en el personaje interesante que vive en conflicto; él, en la esposa inteligente y atenta. El acuerdo nos hacía felices a ambos. Teníamos una especie de camaradería. Por fin, pensé, tenía un Amigo Ideal. La vida me parecía dulce. Sola, me había contraído; ahora, sentía que podía respirar libremente. Me complacía abrir los ojos por la mañana y ver a mi marido acostado a mi lado. Experimentaba una paz en el alma que hasta ese momento me había resultado desconocida.

Una mañana me desperté desolada. Por qué, no sabía decir. Nada había cambiado. Él era el mismo, yo era la misma. Sólo unas pocas semanas antes, me despertaba feliz. Ahora estaba afligida bajo la ducha, mientras unas manchitas de tristeza bailaban en el aire ante mis ojos y la soledad de antes volvía a filtrarse por mi piel.

«¿Quién es ese hombre?», pensé.

«No es el adecuado», pensé.

«Ojalá tuviera al adecuado», pensé.

Un año después, nos divorciamos.

Seguía siendo la hija de mi madre. Ahora ella era el negativo y yo la fotografía, pero ahí seguíamos las dos: solas por fin sin el hombre adecuado.

Hasta muchos años después de dejar a Gerald, no comprendí que yo había nacido para encontrar al hombre equivocado, como Dorothea e Isabel. Para eso habíamos venido al mundo. Si no hubiera sido ése el caso, todas habríamos encontrado una labor de utilidad y habríamos olvidado mucho antes todo aquello del hombre adecuado. Pero no lo olvidamos. Nunca lo

olvidamos. El escurridizo hombre adecuado se convirtió en algo esencial en nuestras vidas; su ausencia, en una experiencia definitoria.

Fue entonces cuando comprendí el cuento de hadas de la princesa y el guisante. Ella no buscaba al príncipe; buscaba el guisante. Ese momento en que nota el guisante bajo los veinte colchones es su momento definitorio. Es el auténtico sentido de su viaje, por lo que ha llegado tan lejos, lo que ha venido a corroborar: la patológica insatisfacción que le impedirá vivir la vida plenamente.

Así le ocurrió a mi madre, que se pasó los años suspirando por el ausente adecuado. Y así me ocurría a mí.

Todas éramos esclavas del anhelo neurótico: Dorothea e Isabel, mi madre y yo, la princesa del cuento de hadas. El anhelo era lo que nos atraía, lo que más poderosamente llamaba nuestra atención. La esencia, sin duda, de una vida chejoviana. Imaginen a todas esas Natashas suspirando durante tres largos actos por lo que no puede ser, y nunca podrá ser, mientras un hombre (equivocado) tras otro escucha compasivamente el recital de un dilema para el que no hay solución.

Gerald y yo éramos Natasha y el doctor hablando eternamente, hablando, hablando, hablando. Por debajo de la encantadora conversación de Natasha subyace una pasividad de proporciones monumentales para la que el doctor es el contraste perfecto. Inevitablemente, Natasha y el doctor deben separarse. Sólo han estado haciéndose compañía, malgastando juntos la poca determinación que ambos tenían.

Un hombre y una mujer que están sentados uno junto al otro en un autobús inician una conversación. Ella es negra, de mediana edad, va bien vestida; él es blanco, también de mediana edad, y tiene una mirada un poco perturbadora. Sin venir a cuento, él le dice:

–Soy espiritual. Soy una persona muy espiritual. Acepto todas las religiones. Todas las religiones me parecen bien. Sólo tengo una cosa en contra del cristianismo. Que odie a los judíos por haber matado a Cristo.

La mujer lo mira directamente y le dice:

–¿Sabe qué? Siempre he pensado lo mismo. Al fin y al cabo, fueron los romanos quienes lo mataron. ¿Por qué no culpan a los italianos?

Cuando la vida empieza a parecerme la suma de sus incapacidades, me doy un paseo por Times Square –hogar de los marginados más avispados– y enseguida recupero la perspectiva. En Broadway, a la altura de la calle Cuarenta y tres, una noche ventosa de invierno, un hombre negro en una tarima improvisada habla por un micrófono. Alrededor de la tarima hay una docena de hombres y mujeres, todos negros. El hombre del micro suena como los presentadores de la televisión. Por su lado pasa gente que corre encorvada para protegerse del viento, pero él sigue hablando con el tono regular e imperturbable del presentador de las noticias de la noche.

–Últimamente –dice– me he enterado de que las ventas de cremas y protectores solares están subiendo. Y bien, ¿quién creéis que son los clientes de estos productos? Yo os diré quiénes son. Los blancos, ellos son los clientes. Ni vosotros ni yo, hermanos. No, son los blancos. –Su voz se vuelve más grave–. Y bien, ¿qué pensáis de unas personas que constantemente nos dicen que son superiores y... –de repente, hace una pausa, cierra los ojos con fuerza y grita–: ¡ni siquiera son capaces de aguantar el puto sol! –Vuelve al tono de las noticias–: Vosotros –dice señalando pausadamente las cabezas de la multitud apresurada–. Los blancos. Ni siquiera. Formáis parte. De este. Planeta.

Cuando me encontré a Manny Rader en la Tercera Avenida, hacía veinticinco años que no lo veía. Era el hermano mayor de la niña del barrio que había sido mi mejor amiga a los doce años. Cuando cumplí los catorce, él empezó a fijarse en mí. En cuanto lo vi en la Tercera Avenida, supe que tenía que ser mío.

Siento debilidad por los hombres con los que he crecido. Son como cloroformo impregnado en un trapo contra mi rostro: los inhalo, me abro camino en su interior, quiero enterrarme en ellos. Cuando era una niña, quería ser ellos: esos niños espabilados, morenos y delgadísimos, de ojos encendidos y pasiones ignorantes que todos los días se juntaban en lo alto del edificio para reír, decir palabrotas y sentirse importantes chismorreando de todos. Nunca superé no ser uno de ellos. No era que envidiara esa capacidad de imaginación que compartían –esa que parecían haber heredado, de tan natural que resultaba–, era que me asustaba cada vez que me daba cuenta de

que no era uno de ellos, y de que nunca lo sería. En esos momentos me sentía en peligro: sin un mundo y sin un yo.

—¿Quién habría dicho que acabarías siendo escritora? —me dijo Manny en la Tercera Avenida con una expresión de desconcierto en el rostro. Y entonces se rio—. Eras una niña tan pesada, siempre andabas metiendo las narices en todo.

Su risa me hizo revivir, volver a ver aquellos sentimientos como si flotaran en el aire ante mí. Esa risa sonora y profunda que oía cada vez que pasaba por delante de los chicos que estaban parados en la esquina. Sólo sus amigos lo hacían reír así; las chicas, nunca.

Acabamos en la cama y una intensa y dulce felicidad, que ninguno habíamos imaginado que sentiríamos, nos pilló desprevenidos. Una tarde, cuando estábamos haciendo el amor, le hice una mamada. Cuando terminé, le dije:

—El sueño de todos los chicos del Bronx, que una chica de su calle se la chupe.

Manny se recostó en la cama y rio de esa forma suya tan franca y sencilla. Eso me excitó más que nada de lo que nuestros cuerpos estaban haciendo. Me quedé mirando la pared que había detrás de su cabeza y pensé: «Estoy a salvo. Ahora ya no me dejará jamás». Aunque en realidad no pensaba que Manny fuera a dejarme; en todo caso, sería yo la que se iría.

En su vida se había cansado de todo, menos de las mujeres. Había ido a la universidad con una beca, y en tercero había dejado la carrera para alistarse en el Ejército; había montado un negocio con un conocido malversador y en menos de dos años se había declarado en quiebra; había sido ascendido de técnico a investigador en un laboratorio de biología, para acabar peleándose con su jefe y dimitir; había trabajado en una importante revista nacional donde muy pronto le ofrecieron ser reportero, luego editor y al final lo habían despedido porque había desaparecido durante una semana sin dar ninguna explicación. En el vecindario todos lo consideraban un auténtico inútil. «No sabe dónde tiene la cabeza», se lamentaba su madre. «Ésa es una forma delicada de decirlo», decía su padre con desdén.

Pero su madre tenía razón: Manny no sabía dónde tenía la cabeza. Independientemente de la situación en la que se encontrara, Manny nunca sabía dónde estaba. Nunca hacía el mismo tipo de trabajo más de una vez. Los trabajos no eran más que eso, un trabajo. Ninguno de ellos fue nunca más

allá del período de formación. Los acontecimientos de su vida se negaban a amalgamarse en una experiencia, y él actuaba en consecuencia. Esta negativa interior parecía ser su único don. Sin duda, era el talento en el que ponía todo su empeño. Durante la época en que empezamos a acostarnos juntos, estaba empezando a convencerse de que su estado natural y su destino era ser un *refusenik*.^{*} Hasta él era consciente de que no era el caso, y estar conmigo le hizo ver aún con más claridad algo que ya sabía.

Cuando Manny y yo empezamos a salir, yo estaba pasando por una crisis. Así es como lo describí:

–Tengo una crisis.

Manny se quedó mirándome.

–¿Tienes una crisis? –dijo–.¿Qué quiere decir eso? Lo que tú tienes es mucho cuento, porque no quieres trabajar. Eso es lo que quiere decir, ¿no? Quiere decir que eres una escritora que no escribe. Hasta yo puedo verlo. Ya llevamos juntos ¿cuánto, tres meses? Te he estado observando. Ni siquiera te sientas al escritorio. Te pasas el día sin hacer nada. Pierdes el tiempo todos los días, día tras día. Trabajaste un poco, conseguiste algo de reconocimiento y ya, ¿verdad? Estás acabada. Ya no quieres seguir luchando. ¿Verdad? Quiero decir, ¿qué *más* van a querer de ti? ¿Tengo razón? ¿Lo he entendido bien?

Le echó un vistazo a mi vida, y el sexo le proporcionó el enfoque que necesitaba. Vio que había una fuga en la tubería y supo que mi espíritu se estaba saliendo por allí. Sintió empatía –la empatía alimentó la conexión y el deseo entre nosotros–, pero no era un hombre de eufemismos.

A los cuarenta y seis años, Manny estaba tan delgado como lo había estado a los diecisiete. Yo, como siempre, luchaba por quitarme de encima siete kilos de sobrepeso. «Cariño», murmuraba contra mis pechos, enterrándose en mí como lo hacen los hombres, «eres un Renoir». Nunca he entendido qué es lo que echa para atrás a los hombres de la carne de las mujeres, pero cada vez que Manny decía eso yo sonreía aliviada en la oscuridad. Necesitaba que se perdiera en mí. Seguía ganando tiempo. Y seguía sin entender para qué lo estaba ganando.

Un año en que di clases en Arizona, Leonard vino a visitarme e hicimos un viaje al Gran Cañón, parando en varios puntos mientras atravesábamos uno

de los paisajes más impresionantes del planeta. Cuando llevábamos un día y medio viajando, llegamos a un alto y, hasta donde abarcaba la vista, contemplamos a nuestros pies el enorme desierto del oeste, donde no se divisaba ningún rastro de vida humana. La simple extensión de mundo sin límites ni fin me dejó sin aliento.

–¡Qué maravilla! –salió de mis labios antes siquiera de poder pensar.

Leonard estaba en silencio.

–¿No? –pregunté.

Él me dedicó una de aquellas sonrisas suyas, pequeñas y apretadas.

–¿Cómo te sientes? –preguntó con genuina curiosidad; realmente quería saberlo.

Entonces me vi obligada a pensar.

–Eufórica –repliqué–. Llena de vida.

Silencio.

–¿Tú no? –pregunté.

–No –repliqué, estremeciéndose–. Cuando contemplo la naturaleza en estado puro, me siento intimidado –dijo–. En realidad, siento miedo. Sin embargo, cuando observo el mundo civilizado me siento conmovido por el esfuerzo que el ser humano ha hecho para repeler lo que le es ajeno. La naturaleza me inspira terror o gratitud. Pero nunca me hace sentir lleno de vida.

En la parte alta de Broadway, un mendigo se acerca a una mujer de mediana edad.

–No bebo, no me drogo, sólo necesito... –empieza a decir.

Para su asombro, la mujer le chilla en la cara:

–¡Acaban de robarme el monedero!

El mendigo se vuelve en dirección norte y le grita a un colega que está en la siguiente manzana:

–¡Oye, Bobby, déjala en paz, acaban de robarle!

Freud llevó a cabo sus mayores descubrimientos investigando y explorando el inconsciente, y su principal hallazgo fue que desde el nacimiento hasta la tumba estamos, todos, divididos. Queremos crecer y no queremos crecer;

estamos ávidos de placer sexual y tenemos miedo del placer sexual; odiamos nuestras emociones más agresivas –la ira, la crueldad, la necesidad de humillar–, pero estas emociones proceden de agravios que no tenemos intención de olvidar. Nuestro sufrimiento es al mismo tiempo una fuente de dolor y de consuelo. Lo que a Freud le resultaba más difícil de curar en sus pacientes era la resistencia a ser curados.

Una vez tuve una amiga cuya amistad pensé que duraría toda la vida. No habría descrito mi amistad con Emma como Montaigne describió la suya con Étienne de La Boétie –una en la que el alma se refina–, pero ahora que pienso en ello, veo que, en cierto sentido, era análoga. El nuestro era un vínculo que, si bien no refinaba el alma, sí nutría tanto el espíritu que, durante un largo período de tiempo, cada una pareció experimentar plenamente su propia naturaleza inquisitiva en presencia de la otra. En el colegio, ambas habíamos sido ejemplos perfectos de esas niñas muy inteligentes cuyas inseguridades las dotan de voces propensas al desprecio y la crítica. Pasarían años antes de que esas formidables defensas mutaran lo suficiente para que cada una de nosotras pudiera verse reflejada en la otra. Recuerdo una vez, cuando teníamos veintitantos años, en que Emma corrigió la gramática de una persona –«se dice *cuál* y no *cuálo*»– y el desdén de su voz me avergonzó. «Gracias a Dios que yo no sueno así», pensé. Pero sí sonaba así. Teníamos treinta y tantos años la primera vez que noté que sonaba igual que ella cada vez que decíamos algo horrible. Y entonces, el carácter correctivo que va implícito en descubrir quién es uno mismo –un suceso emocionante en aquel punto de nuestras vidas– obró una especie de magia entre nosotras. Enseguida sentimos la necesidad de quedar o hablar al menos tres veces por semana. El camino de la amistad eterna parecía extenderse ante nosotras.

Para el ojo profano, la conexión entre Emma y yo podría resultar desconcertante. Ella era una burguesa de los pies a la cabeza y yo, una feminista radical que no tenía nada. Ella estaba casada, tenía hijos y había elegido una carrera académica; yo me había divorciado dos veces, no tenía hijos y vivía la precaria existencia de los *freelance*. Bajo estas realidades tan dispares, sin embargo, había un influjo único e irresistible que hacía que nos sintiéramos irremediabilmente atraídas la una hacia la otra.

Juntas, siempre tratábamos de averiguar qué partes de la situación general

podían aplicarse a nuestras circunstancias particulares. Emma había optado por la familia, yo la había rechazado; ella había suscrito los valores de la clase media, yo los odiaba; ella tenía miedo de la soledad, yo la sobrellevaba. No obstante, cuanto más nos veíamos y conversábamos, con más claridad percibíamos que descubrir cómo habíamos llegado a ser como éramos se había convertido en un empeño fundamental para las dos. Cuando hablábamos del agotamiento del amor y la angustia del trabajo, del olor de los niños y del sabor de la soledad, en realidad estábamos hablando de la búsqueda del yo y de la confusión que la misma construcción de la frase conllevaba: ¿qué *era* el yo? ¿Dónde estaba? ¿Cómo se perseguía, se abandonaba o se traicionaba? Estas preguntas eran las que aglutinaban nuestras preocupaciones más profundas. Descubrimos que lo que explorábamos juntas era la consciencia como valor principal.

Día tras día, mes tras mes y año tras año, aquel sentimiento nos fue absorbiendo cada vez más, alimentado por el pensamiento abstracto unido a lo concreto de la vida cotidiana. Conversando la una con la otra, ambas sentíamos que la fuerza del contexto se imponía sobre la cotidianidad. Cuanto más explorábamos lo inmediato al servicio de lo teórico —un encuentro casual en el autobús, un libro que acabábamos de empezar o de terminar, una cena que había sido un desastre—, más grande parecía volverse el mundo. El día a día se convertía en materia prima para una perspectiva en desarrollo que estaba adquiriendo impulso narrativo: sentadas en una sala de estar, comiendo en un restaurante, caminando por la calle; era como si hubiéramos experimentado las cosas plenamente sin siquiera haber salido de casa.

Continuamos así durante casi diez años. Y entonces un día el lazo que nos unía empezó a deshacerse. Tuve un roce con el marido de Emma y ella se lo tomó a mal. Emma leyó un libro de una defensora de la liberación de la mujer que yo adoraba, y su menosprecio me molestó. Las dos encontramos una nueva amiga ante cuyas virtudes la otra no pudo competir. Aquel invierno, yo apenas podía pagar el alquiler, y la preocupación de Emma por redecorar su casa me sacó de quicio. De repente, la aventura en la que habíamos convertido nuestras diferencias empezó a torcerse: mi acogedor apartamento parecía un páramo; su simpático marido, un idiota. Recuerdo pensar: ¿*Quiénes* somos? ¿Qué estamos haciendo? Y ¿por qué lo hacemos juntas?

Poco a poco, pero de modo inexorable, el empeño mental y espiritual al que habíamos dedicado nuestra amistad empezó a perder fuerza ante la

creciente intrusión de otras afinidades que realmente daban forma a nuestras vidas. Como matas que crecen sin control invadiendo un claro del bosque, las diferencias se apoderaron de nosotras. En un abrir y cerrar de ojos, la amistad que durante tanto tiempo había ejercido poder y generado emoción, ahora se vivía como una necesidad que se había agotado. Parecía que, de la noche a la mañana, había dado una zancada, desplazándose del centro vital a un margen extenuado. «Como el deseo sexual», recuerdo haber pensado distraídamente una mañana en que estaba tumbada en la cama mirando el techo. Y entonces, un poco aturdida, me di cuenta: «Eso es. Exactamente así. Como el deseo sexual».

Al final, mi amistad con Emma demostró guardar un parecido asombroso con el amor romántico. La pasión que había surgido entre nosotras ahora me parecía el equivalente de esa especie de sentimiento erótico que muere a causa de su propia intensidad en el momento en que uno comienza a darse cuenta de que buena parte de sí mismo ya no se siente estimulado por esta atracción de los sentidos. La ironía en este caso era que el amor sexual habitualmente fracasa por falta de sensibilidad compartida, mientras que de eso Emma y yo habíamos tenido de sobra.

Cuando mi amistad con Emma se estaba desintegrando, recordé que Winston Churchill dijo una vez que no hay amigos eternos, sólo intereses eternos y, aunque entendía que lo que Churchill quería decir era que las ambiciones mundanas siempre ganan a las lealtades personales, recuerdo que incluso entonces pensé: «Se equivoca, tampoco existen los intereses eternos». Lo que había provocado que Emma y yo nos distanciáramos había sido la infidelidad de nuestros propios «intereses» cambiantes.

Nuestras vidas interiores, declaró William James, son fluidas, inquietas, volubles, siempre están en transición. Las transiciones, especuló, son la realidad, y concluyó que nuestra experiencia «vive en las transiciones». Es difícil asimilar y todavía más difícil aceptar esta afirmación, y aun así es convincente por su claridad. ¿Cómo explicar si no el misterioso cambio en las afinidades emocionales que, en cualquier momento, provoca que un matrimonio, una amistad, una relación profesional que repetidamente han amenazado con disolverse, se acaben «de pronto» de una vez por todas?

La desaparición del sentimiento en el amor romántico es un drama que muchos de nosotros conocemos y, por consiguiente, nos creemos capaces de explicarlo. Esclavos de la intensidad generada por la pasión, invertimos el

amor con poderes transformativos; imaginamos que, bajo su influencia, podemos convertirnos en personas nuevas, incluso plenas. Cuando la deseada transformación no se materializa, las esperanzas ligadas al enamoramiento se disuelven con desesperación. La aventura de haberse sentido conocido en presencia del amante se diluye y se convierte ahora en angustia de sentirse expuesto.

Tanto en la amistad como en el amor, la expectativa de que la versión expresiva (cuando no la mejor) de uno mismo florecerá en presencia del ser amado es clave. Todo se plantea en función de ese florecimiento. Pero ¿y si lo inquieto, lo fluido, lo voluble que hay en nuestro interior está minando constantemente lo que, creemos, más deseamos? ¿Y si, de hecho, la asunción de un yo que *necesita* expresarse es una ilusión? ¿Y si el impulso de alcanzar una intimidad estable está permanentemente amenazado por otro impulso igual, si no mayor, de alcanzar la desestabilización? Entonces, ¿qué?

En la calle Catorce, a mediodía, un día de verano –entre el tráfico ruidoso, los clientes de las rebajas y los pasajeros de autobuses urbanos–, me encuentro con Victor, un dentista infeliz que lleva años viviendo en mi barrio. Alto y delgado, con un corte de pelo tipo emperador romano y unos ojos marrones y tristes, es un hombre nervioso que sonrío compulsivamente. Cada vez que me ve, me dice como en un arrullo: «Querida, *tes-oro*, hermosa, ¿*cóoooo* estás?». Entonces, igual que una madre en perpetuo estado de alerta, me escudriña con la mirada y, dulcemente, me pregunta: «¿Sigues escribiendo, *tes-oro*?». Hace unos años, Victor, en busca de paz interior, empezó a viajar a Japón con regularidad para consultar con un curandero zen que le ha proporcionado recursos para ser capaz de levantarse de la cama cada mañana en Nueva York. Ahora debe de rondar los sesenta.

Parados en la calle Catorce, mientras un martillo hidráulico me perfora los tímpanos, Victor me canturrea:

–Querida, *tes-oro*, hermosa, ¿*cóoooo* estás? ¿Sigues viviendo en el mismo edificio?

–Sí –respondo.

–¿Sigues escribiendo artículos?

–No, Victor. Ahora doy clases.

Saca la barbilla hacia fuera, como diciendo: «Cuéntame».

Le cuento. Me escucha con atención mientras las palabras salen a toda velocidad de mi boca, asintiendo rítmicamente con la cabeza mientras le hablo de cuánto padece mi espíritu viviendo durante meses en una u otra ciudad universitaria.

–¡Es como el exilio! –exclamo al fin–. Exilio puro y duro.

Victor asiente sin parar. Sus ojos marrones se están disolviendo en un dolor acuoso. Sabe *exactamente* a qué me refiero, ¡oh!, nadie en el mundo puede comprender mejor que él a qué me refiero. Su expresión se vuelve distraída. La mía, confusa. Se escuchan chirridos de frenos, sirenas que perforan el aire; el martillo hidráulico se para y vuelve a funcionar, se para y vuelve a funcionar. Da lo mismo, Victor y yo estamos en cuarentena en esta isla de ruido, hechizados por los asuntos del alma.

–Pero ¿sabes, qué, *tes-oro*? –dice más dulcemente que nunca–. He descubierto que hay mucho amor en el mundo.

–Sí, sí –respondo rápidamente, súbitamente consciente del dolor que mis comentarios negativos pueden estar causándole.

–Mucho amor –repite reverencialmente.

–Y que lo digas –convengo–. Y que lo digas.

El martillo hidráulico empieza a funcionar otra vez.

–Quiero decir que la gente se preocupa por los demás. –A estas alturas, la expresión de Victor es radiante–. Se preocupa de verdad.

Y ahora soy yo la que asiente sin parar.

Victor me coloca la mano en el brazo, se inclina hacia mí, me mira inquisitivamente a los ojos y me suelta su perla de sabiduría:

–*Tes-oro* –me susurra al oído–, tenemos que desentendernos.

Sí, sí, claro que sí, comprendo exactamente lo que quieres decir.

–Desentendernos de todo.

Después del 11-s, una atmósfera difícil de describir envolvió la ciudad, negándose a remitir. Durante semanas, la ciudad parecía vacía, confusa, descuajada. La gente caminaba ausente, como si algo que no eran capaces de identificar los tuviera desconcertados. El olor era sobrecogedor: nadie podía describirlo con exactitud, pero, cuando inhalabas aire, te sentías ansioso. Y todo el tiempo prevalecía una especie de quietud de otro mundo. En los restaurantes, los teatros, los museos y las tiendas, entre el tráfico y la misma

multitud, todo parecía silenciado, inerte, incluso inmovilizado. Un hombre que adoraba las películas en las que Nueva York era protagonista se descubría apagando el televisor cuando emitían una. Una mujer que disfrutaba viendo fotografías de la ciudad en un escaparate por el que pasaba cada día, ahora apartaba la vista cuando se aproximaba a la tienda. Las fotografías, decía, tenían un regusto a «antes», y nada de «antes» podía consolarla.

Una tarde tibia y clara, unas seis semanas después del día fatídico, estaba cruzando Broadway, a la altura de la calle Setenta y algo. A mitad de camino, el semáforo cambió. Me paré en la isleta que divide el bulevar e hice lo que todo el mundo hace: miré calle abajo para asegurarme de que no venía ningún coche para cruzar en rojo sin correr peligro. Pero no había tráfico: no había ningún coche a la vista. Me quedé allí de pie, hipnotizada por aquel enorme y terrible vacío. No era capaz de recordar ningún momento –salvo, tal vez, a causa de alguna tormenta de nieve– en que en Broadway, ni siquiera por un momento, no hubiera habido tráfico. Parecía una estampa de otra época. «Justo como una fotografía de Berenice Ab...», empecé a pensar, e instantáneamente el pensamiento se interrumpió. De hecho, hice un gran esfuerzo por apartarlo de mi mente. Me di cuenta de que me asustaba incluso considerar «una estampa de otro tiempo». Como si se hubiera producido alguna fractura letal entre mi persona y el derecho a anhelar aquella Nueva York del pasado que estaba viva en las fotografías de Berenice Abbott. Esa noche comprendí qué era lo que la ciudad había ido perdiendo a lo largo de aquellos días de tristeza y aturdimiento.

Cuando la experiencia humana supera cualquier magnitud y el fin de la civilización amenaza con llegar, sólo sirven las verdades irrefutables; y yo las estaba encontrado ocultas en la prosa minimalista de los novelistas franceses e italianos de los años cincuenta y sesenta. En sus obras, una inquietante intimidad atrapada en la prosa resonaba en un silencio que lo impregnaba todo y que anticipaba un grave desorden moral. «Ah, sí», siente el lector. Fuera como fuera entonces, así es como es ahora.

De pie en la isleta en medio de Broadway, me di cuenta de qué era lo que estábamos perdiendo: la nostalgia. Y entonces me percaté de que *eso* era lo que había en el corazón de la narrativa de posguerra. Lo que le faltaba a aquellas novelas no era sentimiento, era nostalgia. Ese silencio frío y puro que hay en el núcleo de la prosa europea moderna es la ausencia de nostalgia:

una ausencia que sólo está al alcance de quienes al final de la historia siguen en pie, observando, sin anhelo ni arrepentimiento, el ser de lo que es. Ahora, en la Nueva York posterior al 11-s, aunque sólo fuera por un instante, nosotros también estábamos en pie, alineados con el resto de un mundo en posguerra permanente, observando aquella pureza fría y silenciosa.

Como llego tarde a una cita en el Midtown, bajo corriendo las escaleras del metro justo cuando el tren está llegando a la estación de la calle Catorce. Las puertas se abren y un joven que está de pie delante de mí (camiseta, vaqueros, corte de pelo militar), y que carga con un coche de bebé plegado sofisticadamente a la espalda y un niño muy pequeño cogido de la mano, se dirige a los asientos que hay justo delante. Yo me dejo caer en el asiento de enfrente, saco mi libro y mis gafas de leer y, mientras me pongo cómoda, soy vagamente consciente de que el hombre se quita el cochecito de la espalda y se vuelve hacia el niño que está sentado. Entonces levanto la vista. El niño tiene unos siete u ocho años y es la criatura más grotescamente deforme que he visto en mi vida. Tiene la cara de una gárgola –la boca torcida hacia un lado, un ojo más arriba que el otro en una cabeza enorme y contrahecha que me recuerda al Hombre Elefante. El niño lleva un estrecho pedazo de tela blanca alrededor del cuello y en el centro, un tubo ancho y corto parece insertarse en su garganta. Un segundo después me doy cuenta de que también es sordo. Lo sé porque el hombre inmediatamente empieza a comunicarse por señas. Al principio, el niño se limita a mirar los dedos en movimiento del hombre, pero enseguida empieza a responder moviendo los suyos. Entonces, al tiempo que los dedos del hombre se mueven cada vez más rápido, los del niño se aceleran, y en pocos minutos los dedos de ambos se menean con la misma rapidez y complejidad.

Al principio me da vergüenza observarlos tan fijamente y desvío la mirada una y otra vez, pero parecen tan ajenos a todos los que les rodeamos, que no puedo evitar levantar los ojos constantemente del libro. Y entonces ocurre algo extraordinario: el rostro del hombre destila tanto placer y ternura a medida que las respuestas del niño son cada vez más animadas –la boquita torcida sonríe, los ojos desnivelados se iluminan–, que el mismo niño empieza a transformarse. Conforme las estaciones se van sucediendo y el intercambio va absorbiendo más al hombre y al niño, los dedos vuelan,

ambos asienten con la cabeza y ríen, me descubro pensando: «Estos dos se están humanizando el uno al otro de un modo asombroso».

Para cuando llegamos a la calle Cincuenta y Nueve, el niño me parece hermoso y el hombre, beatífico.

A mi madre la operaron del corazón. Salió del quirófano en un estado de serenidad que no sabía que pudiera alcanzar. El tono crítico y quejumbroso había desaparecido de su voz, y la expresión de agravio, de su rostro. Todo le interesaba: qué autobús tomar, la luz del sol en las mejillas, el pan que llevarse a la boca. En una cafetería a la que vamos antes de tomar el autobús que nos llevará al otro lado de la ciudad, se bebe un café satisfecha (siempre se queja de que no está lo bastante caliente) y saborea un pastel. Se repantiga en el asiento, sonriéndome. Después se inclina sobre la mesa y declara con vehemencia:

–Éste es el mejor bollo de queso que me he comido nunca.

Salimos de la cafetería y caminamos hasta la parada del autobús.

–Esperemos ahí –dice, indicando un lugar unos pocos metros más allá de la parada–. Antes me enfurecía –explicaque el conductor siempre se pasara la parada y se detuviera aquí. Nunca entendía por qué. Pero ahora me doy cuenta de que en realidad aquí le resulta más fácil sacar el peldaño para la gente como yo que en la parada. –Se ríe y dice–: Últimamente he notado que cuando no me enfado pienso con más claridad que cuando estoy enrabiada. Eso vuelve la vida más interesante.

Casi lloro. Lo único que siempre había querido era que mi madre se sintiera feliz de estar viva en mi presencia. Sigo convencida de que si lo hubiera hecho, yo habría crecido sintiéndome completa.

–Mírala –digo a Leonard–; lo vieja que es, y todavía me provoca estas cosas.

–Lo extraordinario no es lo vieja que es ella –dice–. Es lo vieja que estás tú.

Hace un mes, vi a una pareja de mediana edad en el paseo marítimo de Battery Park City. Ella era negra; él, blanco; los dos tenían el pelo canoso y papada. Iban cogidos de la mano y hablaban con interés, y los ojos de cada

uno buscaban en los del otro respuestas a esas preguntas que sólo se hacen los amantes. Al mirarlos, me di cuenta de que en la ciudad ahora mismo hay un número considerable de parejas interraciales de mediana edad. Los veo desde hace más de un año: hombres negros y mujeres blancas, hombres blancos y mujeres negras, casi todos cuarentones o cincuentones, claramente en las primeras fases de una relación íntima. Me sentí conmovida al recordar una vez más cuánto tiempo nos está llevando a los negros y a los blancos reconocernos los unos a los otros.

A las diez de la mañana, mientras espero en la cola de la biblioteca municipal para sacar un libro, una mujer de aspecto frágil de más o menos mi edad se agarra repentinamente al borde del mostrador y se queda allí parada. Desde mi lugar en la cola, me inclino hacia delante y le pregunto:

–¿Está usted bien?

Mira en mi dirección lánguidamente y entonces me grita:

–¿Por qué *narices* me pregunta si estoy bien?

A mediodía, mientras espero en la esquina a que cambie el semáforo, bajo la vista y me encuentro con un par de zapatos que me parecen bonitos pero complicados de llevar.

–¿Son cómodos esos zapatos? –le pregunto a la joven que los lleva puestos.

Ella retrocede, me mira con suspicacia y, alarmada, me dice:

–¿Por qué me pregunta eso?

A las tres de la tarde, paso por delante de un hombre que grita al aire:

–¡Ayúdenme, ayúdenme! ¡Tengo cuatro enfermedades *incurables*!
¡Ayúdenme!

Le doy un golpecito en el hombro y le digo animadamente:

–Se dice «incurables».

Sin pensárselo ni un segundo, responde:

–¿Y a quién coño le importa?

Por cosas de la vida, unos pocos días más tarde tengo otro día «y a quién coño le importa».

Estoy sentada en un asiento de pasillo en un autobús de los que atraviesan la ciudad de lado a lado. Un hombre –negro, de cuarenta y tantos años,

vestido con vaqueros y una camiseta amarilla extragrande— está de pie a mi lado, hablando muy alto por el móvil.

Llamo su atención y le hago un movimiento con la mano que significa «baje la voz». Me mira atónito.

—¿Que baje la voz? —dice con incredulidad—. No, señora, no *pienso* bajar la voz. He pagado el billete y haré lo que me salga de los cojones.

—Su billete le da derecho a ir en el autobús —respondo—. Pero no le da derecho a secuestrar a los pasajeros.

—¡Será puta! —exclama.

Me levanto de mi asiento y me dirijo al conductor:

—¿Ha oído lo que acaba de decirme ese hombre?

—Sí, señora —dice el conductor, agotado—. Lo he oído.

—¿Y no piensa hacer nada? —le exijo.

—¿Y qué quiere que haga? ¿Llamar a la policía?

—¡Putas, putas blancas! —vocifera el hombre del teléfono.

—Sí —le digo al conductor—. Llame a la policía.

El autobús se detiene rechinando.

—¡Todo el mundo fuera del autobús! —grita el conductor.

Una mujer dice en tono de queja desde la parte de atrás:

—¡Llego tarde al psicólogo!

Cuando los polis aparecen, se ríen de mí.

Me voy a casa, escribo sobre el incidente y lo envío por correo a *The New York Times*.

Dos días después, suena el teléfono y un hombre que trabaja en el periódico me dice:

—¿En serio quiere que publiquemos *esto*?

Nació con el nombre de Mary Britton Miller en New London, Connecticut, en 1883, en el seno de una familia protestante acomodada, y llegó a convertirse en una de las Mujeres Singulares. Quién sabe por qué. Su infancia estuvo marcada por un melodrama no muy distinto a otros melodramas: a los tres años se quedó huérfana; a los catorce, su hermana gemela se ahogó; se especula que a los dieciocho pudo haber dado a luz a un hijo ilegítimo. Pero ¿qué es lo que hace que una sensibilidad se forme a partir de una serie de experiencias y no de otras; o, incluso, qué puede explicar que una serie de

acontecimientos y no otros *se conviertan* en experiencia? Lo que no obstante sí es seguro es que indefectiblemente uno acaba siempre sorprendido –«¡Esto *no* es lo que tenía en mente!»– por cómo ocurren las cosas; y que, indefectiblemente también, esa sorpresa se convierte en materia prima para cada uno de nosotros.

Fueran cuales fuesen sus circunstancias reales, en 1911, a la edad de veintiocho años, Mary Miller se estableció en la ciudad de Nueva York, donde trabajó y vivió, bastante sola, durante el resto de su vida. Y fue en el apartamento del Greenwich Village que había ocupado durante más de cuarenta años donde murió en 1975. Nunca se casó, y al parecer nunca se le conoció ningún amante. Lo que sí tenía era amigos, algunos de los cuales la describen como una mujer ingeniosa y malevolente, activa, divertida y, pese a ser autodidacta, muy culta.

Durante años, Mary B. Miller escribió poemas y cuentos convencionales que se publicaban, aunque pasaban desapercibidos. Entonces, entre 1946 y 1952, cuando tenía entre sesenta y tres y sesenta y nueve años, bajo el pseudónimo de Isabel Bolton, escribió tres novelas cortas modernas que, en el momento de su publicación, la colocaron en un lugar significativo del panorama literario. Edmund Wilson alabó su obra en *The New Yorker*, al igual que lo hizo Diana Trilling en *The Nation*. Ambos críticos pensaron que habían descubierto a un notable nuevo talento.

Estas novelas son todo voz, y en ellas no hay apenas trama. El lector está en la cabeza de una mujer –en esencia, en todos los libros se trata de la misma mujer– durante un día (o unos pocos días) en Nueva York, que reflexiona, medita, recuerda, tratando de comprender su vida en una prosa que es un reflejo de su mundo interior: libre, intermitente, propensa a la ensoñación. La acción siempre queda en un segundo plano; lo importante es la ensoñación. La primera novela transcurre en el año 1939, la mujer tiene cuarenta y tantos años y se llama Millicent. En la segunda, es 1945, tiene cincuenta y tantos y se llama Hilly. En la tercera estamos ya en 1950, tiene ochenta y tantos años y responde al nombre de Margaret. En todas ellas se retrata un estilo de vida en el que abundan los neoyorquinos inteligentes e instruidos, y siempre hay un hombre joven con el que la protagonista tiene una relación singular; pero en realidad está sola, y siempre lo ha estado. En cada historia, sin embargo, la mujer es capaz de salir adelante porque ama la ciudad. Y cómo la ama:

Qué ciudad tan extraña, tan fantástica [...], había algo allí que no se podía experimentar en ningún otro sitio del mundo. Algo que amabas profundamente. ¿Qué era? Al cruzar las calles, parada en las esquinas junto a la multitud: ¿qué era lo que producía aquel estado tan especial de los nervios? [...]. Una sensación peculiar de intimidad, de amistad, mientras estabas con todas estas personas y en aquel lugar desconocido [...]. Te llegaban al corazón con su ternura y te sentías parte de todo aquel revuelo, escudriñando sus rostros, especulando sobre su fortuna y su destino.

Esta relación entre el yo y la ciudad es el auténtico tema de Bolton, la parte modernista de su proyecto:

Ibas de un lado a otro en automóviles, embarcabas en transatlánticos, cruzabas el océano en aviones Chief y Super Chief [...], el momento presente tan terrorífico y tierno, y viviendo cada día de aquella forma tan extrañamente intensa. Preguntándote tan a menudo quién eras y qué eras y quién podrías necesitar ser al momento siguiente [...]. Y el corazón tan ávido de Dios sabe qué, tan insatisfecho, tan vacío [...]. [Pero] en Nueva York podía ocurrirte casi cualquier cosa [...], aquella fabulosa ciudad igual que un enorme árbol de Navidad, tan iluminada, que ofrecía constantemente regalos tan apetecibles [...]. Nunca habrías dicho que aquél era el estado natural de tu alma [...]. Deseosa como estabas de alguna muestra de calidez y simpatía natural [que parecía] haberse disuelto y transformado en cotilleos, análisis, sofisticación [...]. Había hambre, había una curiosidad inmensa, había soledad [...]. Y aun así, había momentos inexplicables en los que el amor te sobrepasaba de repente, en todas partes; a veces subida a un autobús, en auditorios repletos de gente; a veces en las noches de invierno con los rascacielos flotando, titilando sobre tu cabeza [...], te fundías con la multitud, estudiabas los rostros. Aquella sensación de hermandad. Enterrabas tu soledad en ella.

Aquella era la soledad que le decía a Bolton que era «la persona más solitaria [...] que nunca jamás en la desenfrenada sucesión de absurdos acontecimientos de la historia hubiera pisado la faz de la tierra».

Entonces, cae en la cuenta de la paradoja de su situación: «Señor, cómo

hemos amado nuestra soledad [...]. Éramos incapaces de dar porque a nuestro alcance había tanto que tomar, arrebatar y atesorar para nuestras propias almas solitarias».

Bolton tenía casi setenta años cuando escribió estas palabras. Había vivido lo suficiente para saber que la vida moderna, con sus inefables libertades – reflejadas en la espléndida desconexión de la ciudad repleta de gente–, ha hecho más por que nos veamos tal y como somos que la cultura de ninguna otra época. Ve lo que Freud vio: que nuestra soledad es angustiante y que, aun así, inexplicablemente, nos negamos a renunciar a ella. No hay un solo momento en el tiempo psicológico en que podamos librarnos de esta contradicción: es el conflicto por excelencia. Ésta fue la sabiduría de Bolton, su única sabiduría. Cuando la puso por escrito a finales de la década de los cuarenta del siglo xx, a sus lectores más cultos les pareció un pensamiento profundo.

Los dos más grandes escritores de la vida urbana del siglo xix fueron Charles Dickens y Victor Hugo. Cada uno, a su modo, captó plenamente lo trascendente de aquellas masas metropolitanas que estaban proliferando rápidamente en Londres y París. En particular, Dickens comprendió su importancia. Ver a un hombre o a una mujer que se desplazaba velozmente por el rabillo del ojo, sentir su presencia desde un ángulo de visión que permitía registrar sólo media cara, parte de una expresión, de un gesto, y tener que decidir después rápidamente cómo reaccionar ante este torrente de humanidad parcial, suponía un cambio radical en la historia social.

Victor Hugo, al igual que muchos otros escritores del siglo xix, también lo percibió y comprendió –como dijo Walter Benjamin– que no había ningún tema tan merecedor de su atención como la multitud. Victor Hugo fue muy perspicaz, escribió Benjamin, al ver que la multitud «se estaba preparando para adoptar la forma de un público [...] que ya leía con más facilidad» y se estaba convirtiendo en el tipo de comprador de libros que «anhelaba verse reflejado en la novela contemporánea, igual que los mecenas deseaban aparecer en las pinturas durante la Edad Media».

Estos comentarios de Benjamin sobre Victor Hugo aparecen en un célebre ensayo que escribió sobre Baudelaire, el escritor que más influyó en él. Baudelaire desarrolló la idea del *flâneur*: la persona que pasea sin rumbo por

las calles de las grandes ciudades en deliberado contraste con la actividad apresurada y decidida de la multitud. El *flâneur*, pensaba Baudelaire, sería quien se transmutaría en el escritor del futuro. «¿Quién de nosotros», escribió, «no ha soñado, en sus días más ambiciosos, con el milagro de una prosa poética [...] como para adaptarse a los movimientos líricos del alma, a las ondulaciones del ensueño, a los sobresaltos de la conciencia? Este ideal obsesivo nace principalmente cuando se frecuentan ciudades enormes y se entrecruza uno con sus innumerables relaciones».* Esta multitud, escribió Benjamin, de cuya existencia Baudelaire siempre es consciente, «no ha servido de modelo para ninguna de sus obras, pero ha dejado huella en su creatividad como una figura oculta».

Un mediodía estoy subiendo por la Quinta Avenida, y la fría y dura luz del sol de noviembre me da directamente en la cara. Hordas de personas vienen hacia mí. Hubo una época en que el color dominante de la multitud era blanco; ahora es negro y moreno. Hubo una época en que llevaba traje o mono de trabajo; ahora va vestida de calle. Hubo una época en que acataba la ley; ahora ya no lo hace. El idioma ha cambiado, pero el carácter sigue siendo el mismo. De vez en cuando veo una cara y una figura entre los vaqueros y las parkas reglamentarios –una cara delgada de color crema envuelta en pieles brillantes (París, 1938); una morena y peligrosa de aspecto colonial (Cuba, 1952); una atemporal y de ojos oscuros y rasgados (Egipto, 4000 a. C.)– y recuerdo que la naturaleza de la multitud es perdurable. Nueva York me pertenece tanto como a ellos, pero no más. Todos estamos aquí, en la Quinta Avenida, por la misma razón y en virtud de los mismos derechos. Todos hemos recorrido las calles de las capitales del mundo eternamente: actores, oficinistas, disidentes, fugitivos, ilegales; gais de Nebraska, intelectuales polacos, mujeres al límite del tiempo. La mitad de estas personas se perderá en el oropel y el crimen –desaparecerá en Wall Street, se esconderá en Queens–, pero la otra mitad se convertirá en mí: paseará por la ciudad y alimentará el flujo interminable de multitudes interminables que, sin duda, dejarán huella en la creatividad de *alguien*.

Leonard y yo pasamos por delante de una librería. En el escaparate vemos un expositor con un libro sobre cirugía estética escrito por una mujer que conozco.

–Sólo tiene cuarenta y dos años –digo–. ¿Por qué escribe sobre cirugía estética?

–Puede que tenga setenta –dice Leonard–. Vete tú a saber.

Una escritora que conozco (la llamaré Alice) quedó imposibilitada a la edad de ochenta y cinco años por una enfermedad. La artritis se había ensañado con ella de la cabeza a los pies, dejándola tan lisiada que ella misma había aceptado trasladarse a una residencia en el Upper Manhattan. La residencia, que contaba con aproximadamente un centenar de estudios, unas cuantas salas comunes y un comedor luminoso y ventilado, era cómoda y agradable. Provista (como estaba) de unos medios excelentes, a primera vista el lugar parecía un sueño hecho realidad: una mujer admirable en horas bajas estaba siendo atendida a las mil maravillas cuando más lo necesitaba. Pero la residencia la gestionaba una promotora que dependía casi totalmente de fondos federales, lo que significaba que las diferencias de clase, poder adquisitivo y educación se habían reducido para adoptar la cultura del mínimo común denominador. Y ahí es donde el sueño se volvía una pesadilla.

Alice, que tenía unos veinte años más que yo, había sido una escritora famosa unos treinta años antes de que yo la conociera. Cuando estaba en la universidad, mis amigas y yo leíamos sus novelas con interés y admiración. También era glamurosa. Era una mujer esbelta con una cabellera magnífica y un gusto exquisito para vestir; tenía un marido apuesto, una casa en los Hamptons y un apartamento en el lujoso edificio Dakota. No llegué a conocerla hasta que tuvo casi ochenta años, y para entonces su buena suerte había cambiado. Sus libros ya no se publicaban, su marido la había abandonado y vivía en una residencia femenina.

La nuestra era una de esas amistades peculiares que no se basan en una sensibilidad compartida, sino en las complicaciones de las necesidades emocionales. Poco después de que Alice y yo nos conociéramos descubrí que en realidad no me caía bien. Conservaba la mente despierta, su energía mental estaba intacta y sus ganas de conversar, tan vivas como siempre. Lo que me provocaba rechazo eran su actitud (altiva), su ideología política (conservadora) y sus gustos literarios (convencionales). Las dos teníamos mucho temperamento, así que nuestras conversaciones a menudo finalizaban

con una disputa marcada por el desacuerdo y el enfado, y la mayor parte de las veces me iba a casa sintiéndome culpable y avergonzada. Sin embargo, seguimos considerándonos amigas. Ella necesitaba desesperadamente una interlocutora que supiera quién era, y yo necesitaba desesperadamente seguir rindiéndole tributo a una autora que durante una época significó mucho para mí.

Fui a visitar a Alice dos semanas después de que se trasladara a la residencia. En el vestíbulo, pintado de amarillo claro y amueblado con sofás de colores vivos, había unos cuantos hombres y mujeres con la mirada perdida postrados aquí y allá –una mala señal, pensé–, pero el estudio que le habían asignado a Alice era precioso. Bañado de luz y amueblado con un gusto excelente, parecía perfecto: todo estaba a mano y era bonito. Alice tenía todo el buen aspecto que una mujer que padece dolores crónicos puede tener. Le pregunté cómo estaba y me lo contó en diez minutos. Luego dijo: «Ya basta», y lo dijo en serio. Enseguida estábamos hablando igual que siempre de libros, de la gente que conocíamos, de los titulares del día. A las cinco y media, dijo: «Hora de cenar». La ayudé a levantarse de la silla y le alcancé su bastón; mientras salíamos del apartamento, recuerdo que pensé que su aspecto –era alta, distinguida, iba bien vestida– era el de una persona particularmente despierta.

La puerta del comedor se abrió, y casi entro en estado de shock. La sala era un bosque de sillas de ruedas, andadores y bastones, y la mayoría de la gente que se apoyaba en ellos tenía la misma mirada perdida que los que había visto en el vestíbulo. Aunque la sala estaba pintada y amueblada con colores vivos, un aire de abandono –incluso de miseria– impregnaba el lugar. Era la miseria de las personas que habían sido arrojadas allí sencillamente porque eran viejas y estaban físicamente incapacitadas.

Sin decir una palabra, Alice me condujo hasta una mesa de seis en la que había dos sillas vacías. Las otras cuatro estaban ocupadas por dos hombres y dos mujeres que permanecían en silencio. Cuando nos sentamos, sus rostros se iluminaron y uno de los hombres dijo:

–Ah, aquí está Alice. *Ella* nos dirá si *eso* es justo o no.

«Eso» resultó hacer referencia a un entrante que le habían servido por error a Monica, la nonagenaria pelirroja vestida de poliéster violeta estampado, en vez de a Minna, de labios temblorosos y ojos azules llenos de ansiedad. Al parecer, cuando Minna le había pedido a la camarera que le trajera otro

entrante, ésta le había dicho que Monica se estaba comiendo el último. Entonces, Minna se había venido abajo insistiendo en que el plato lo había pedido *ella*, y no Monica, y que no era justo; sencillamente, no era justo. Alice consiguió calmar inmediatamente a Minna diciéndole que sin duda aquello no era justo, pero que la vida no era justa, y que experimentar esa injusticia era la prueba de que seguía estando viva; que sólo por eso debería sentirse agradecida. Minna esbozó una sonrisa encantadora y la crisis se zanjó.

Unas pocas semanas más tarde, estaba de nuevo en el comedor con Alice y otra vez fui testigo de cómo las personas se dirigieron a ella para que arbitrara en una disputa similar a la de Minna y Monica. En esta ocasión, se trataba de una discusión por una película que había revolucionado a toda la mesa.

–Es muy interesante, ¿no crees? –me dijo Alice cuando salimos del comedor. Yo asentí en silencio–. Las cosas tan extraordinarias que aprende una sobre la conducta humana en un sitio como éste –dijo.

Poseída por un estoicismo que nunca había visto en ella, Alice se estaba convirtiendo en una figura querida en la residencia. Había decidido interesarse por su entorno, y su fascinación de novelista por las rarezas de la humanidad había acudido en su ayuda. Por consiguiente, su disposición habitual a no involucrarse ahora parecía salomónica. A ojos de los volubles residentes de aquel lugar, la actitud seria de Alice le confería una sabiduría en la que instintivamente sentían que podían confiar. Además, era una auténtica dama, ¿no? Del tipo de damas que honraban la esencia humana de todos los que se cruzaban en su camino. Cuando Alice entraba en el comedor, personas a las que ni siquiera conocía le sonreían y la saludaban con la cabeza a su paso.

Pero nadie se ocupaba de la esencia humana de Alice. Cada vez que iba a visitarla, la veía mucho más cansada que la vez anterior. Es cierto que ya tenía más de ochenta y cinco años y vivía a base de analgésicos; el cansancio, sin embargo, era sobre todo espiritual, no del cuerpo. Cuando ya llevaba unos meses viviendo en la residencia, siempre que iba a visitarla me la encontraba desplomada en la silla, tan exhausta que daba miedo verla. Aun así, me sentaba frente a ella y, sin siquiera preguntarle cómo se encontraba, me ponía a hablar. A los pocos minutos de escuchar mi voz, su cara, su cuerpo, sus manos empezaban a volver a la vida. Enseguida estábamos conversando de libros, de los titulares del día y de conocidos comunes tan animadamente

como siempre, aunque sin discutir. Creo que nunca olvidaré la visión de aquella milagrosa transformación. Ver cómo la actividad de una mente brillante le devolvía la vida a una persona medio muerta fue presenciar una metamorfosis que siempre se me antojó como ninguna otra.

—¿Es que no hay nadie aquí con quien puedas conversar? —le pregunté una vez.

—No, querida —respondió Alice—. Charlar, sí. Para eso hay muchos. Pero conversar, no. Desde luego no una conversación como la que estamos teniendo ahora.

La charla anodina que saturaba su cabeza a diario, me dijo, era mortalmente aburrida.

—Peor que el silencio —dijo—. Mucho peor.

Una amiga mutua me sorprendió al comentar lo triste que era que la vida de Alice estuviera decayendo de aquel modo, refiriéndose al fracaso de su matrimonio y al fin de su carrera literaria. Pero a mí me parecía que aquellas pérdidas en la última etapa de la vida de Alice a las que aludía mi amiga no eran lo verdaderamente importante. Al fin y al cabo, había tenido una buena vida durante muchos años —dinero, glamur, buena reputación, sexo regularmente—, así que, ¿qué más daba si ya no era así? La vida es una montaña rusa para todos, y no había nada por lo que sentir pena. No, lo verdaderamente importante era que Alice se había pasado la vida luchando para convertirse en un ser humano consciente cuyo mayor gozo era utilizar su cerebro; y ahora estaba atrapada en un ambiente creado para ignorar —mejor dicho, para desechar— ese esfuerzo constante y valeroso, cuando lo único que se le debía a un ser humano —sí, desde el principio hasta el final— era que se honrara ese esfuerzo.

Sentí entonces lo mezquinas que habían sido todas mis quejas sobre nuestra amistad en el pasado. Qué simples y triviales me parecían; innobles, en realidad. Lo único que importaba ahora era que —excepto cuando estaba leyendo— mi amiga había sido relegada a un exilio de la mente que equivalía a un encarcelamiento. Era como si Alice hubiera sido declarada culpable de vivir demasiado tiempo. ¡Qué duro me parecía aquel castigo respecto del crimen cometido!

Alice siguió viviendo en la residencia durante siete años más. En su funeral descubrí que la gente más insospechada también la había visitado con regularidad. Conocía a la mayoría de los asistentes de pasada y ninguno,

creía, había estado tan cerca de ella como yo –una feminista del Village, una *performer* del SoHo, un primo del Bronx, el director de programación de una biblioteca pública–; aun así, parecía que todos habíamos formado parte de una asociación dedicada al rescate de la «Alice en aislamiento».

Entonces me vino a la mente la imagen de un círculo dibujado sobre la superficie de Manhattan, con líneas que iban del centro a la periferia. En un momento determinado, algún miembro de la asociación recorría una de aquellas líneas en dirección al centro, donde Alice aguardaba de pie. Cuando el miembro llegaba hasta ella, la línea se iluminaba.

En verano, en los barrios de bloques de pisos del West Side, los hombres juegan en las aceras al dominó en mesas plegables, las mujeres se sientan a hablar en las escaleras de entrada de los edificios, los niños juegan a la pelota, los adolescentes hacen el amor, y en todas partes la gente bebe, fuma y se droga. Una vez vi asar un cerdo a medianoche en mitad de la calle porque alguien había ganado la lotería. A lo largo de todo el día y durante la mayor parte de la noche los hombres y las mujeres chillan, gimen, ríen, discuten a voces. Aquí las emociones no pasan por ningún filtro y se manifiestan sin matices ni restricciones.

Una noche de julio, mientras bajaba por la Novena Avenida atestada de gente, a la altura de la Cuarenta y algo vi a un hombre y a una mujer completamente inmóviles entre la multitud. Él la miraba fijamente y la sujetaba por el brazo con fuerza. Ella, a su vez, había vuelto la cabeza, tenía los ojos firmemente cerrados y formaba con los labios un *no* silencioso. Cuando estuve a su lado, alcé la mirada y por casualidad vi a una mujer en una escalera de incendios que observaba a la pareja de la calle con ojos encendidos y una expresión de dolor inconfundible en el rostro. Durante un momento, sentí envidia de la vida en el barrio de Hell's Kitchen.

La calle no para de moverse, y es imposible que no te guste el movimiento. Tienes que encontrar la composición del ritmo, escribir la historia a partir del movimiento, comprender y no lamentar que el poder del impulso narrativo sea frágil, aunque infinito. ¿La civilización se está fracturando? ¿La ciudad

está enloquecida? ¿El siglo es surrealista? Muévete más deprisa. Encuentra el hilo argumental más rápido.

En el autobús de la Sexta Avenida, me levanto para dejarle a una anciana mi asiento. Es menuda y rubia, lleva joyas doradas y un abrigo de visón raído; sus manos son un par de zarpas llenas de manchas que acaban en unas uñas largas y rojas.

–Has hecho una buena obra, querida –me dice, sonriendo tímidamente–. Tengo noventa años. Los cumplí ayer.

Le sonrío.

–Está usted fantástica –digo–. No le habría echado más de setenta y cinco.

Sus ojos emiten un destello.

–Tampoco te pases de lista –dice.

En la barra de un café, dos mujeres sentadas en perpendicular a mí charlan. Una le está contando a la otra que una mujer que ambas conocen se acuesta con un hombre mucho más joven.

–Todas le decimos que sólo va detrás de su dinero. –La mujer mueve la cabeza como una muñeca de trapo y pone cara de tonta imitando a la mujer de la que hablan–: «Pues muy bien», nos responde, «puede quedárselo *todo*». Y oye, qué quieres que te diga. Tiene un aspecto fantástico.

En la calle Cuarenta y Dos, un hombre que camina delante de mí –muy flaco, joven, negro– de repente se tiende en medio de la calle con los brazos y las piernas en aspa, justo cuando los coches están empezando a moverse. Me giro bruscamente hacia el hombre que hay a mi lado, que, casualidades de la vida, también está muy flaco, es joven y negro, y le pregunto a gritos:

–¿Por qué hace eso? –Sin aflojar el paso, se encoge de hombros–: No lo sé, señora. Puede que esté deprimido.

Cada día, cuando salgo de casa, me digo: «Voy a subir por el East Side porque es más tranquilo, más limpio y espacioso». Sin embargo, siempre acabo encontrándome en el abarrotado, sucio y errático West Side. En el West Side, la vida parece real. Inteligencia atrapada en dolor. Me recuerda por qué camino. Por qué caminamos todos.

Cuando tenía ocho años, mi madre recortó un pedazo de tela de un vestido que yo me moría por ponerme para ir la fiesta de cumpleaños de una amiga. Cogió unas tijeras y cortó la parte del vestido que habría cubierto mi corazón

si, como dijo, yo hubiera tenido uno. «¡Me vas a matar de un disgusto!», vociferaba con los ojos cerrados y los puños apretados cada vez que la desobedecía, le pedía una explicación que no era capaz de darme o me quejaba por algo. «En cualquier momento, me desplomaré muerta», gritó aquel día. «No tienes corazón». Huelga decir que no fui a la fiesta. En cambio, lloré durante una semana y me lamenté por lo ocurrido durante cincuenta años.

«¿Cómo pudiste hacerle eso a una niña?», le pregunté años más tarde; la primera vez cuando tenía dieciocho años, la segunda cuando tenía treinta y la tercera cuando tenía cuarenta y ocho.

Lo más raro es que siempre que mencionaba el incidente, mi madre decía: «Eso no ocurrió jamás». Entonces yo la miraba, cada vez con más desprecio, y le dejaba bien claro que le estaría recordando aquel crimen contra la infancia hasta que una de las dos muriera.

Los años pasaron y yo seguí sacando periódicamente el tema del vestido, pero ella siguió negando lo ocurrido. Y así seguimos, porque yo no la creía, no la creía y no la creía. Entonces, un día, de repente, la creí. Una fría tarde de primavera, cuando tenía cincuenta y muchos años, mientras me estaba bajando en la Novena Avenida del autobús que cruza la ciudad por la calle Veintitrés, en cuanto mi pie tocó el suelo, me di cuenta de que, fuera lo que fuera que había ocurrido aquel día hacía más de medio siglo, no era en absoluto lo que yo *recordaba* que había ocurrido.

«Dios mío», pensé, golpeándome la frente con la palma de la mano, «es como si hubiera nacido para inventarme mis propios agravios». Pero ¿por qué? Y, además, me aferraba a ellos de por vida. De nuevo, ¿por qué? Cuando me quité la mano de la frente, saludé con un sombrero invisible a Leonard. «Yo también», le dije silenciosamente. «Ser tan vieja y tener tan poca información».

La intensa y dulce felicidad que Manny Rader y yo habíamos experimentado la primera noche que nos acostamos juntos duró mucho tiempo. El sentimiento romántico brotaba en ambos con asombrosa regularidad: en los ascensores, en las paradas de autobús, en las entradas de los restaurantes, en la oscuridad de un cine, bajo la luz deslumbrante de una cafetería abierta toda la noche. De repente, uno o el otro se arrancaba con un: «Te quiero, oh, dios,

te quiero, no te imaginas cuánto te quiero». Era difícil explicar el arrebato irracional de gozo al que llamábamos amor, y sobre todo que me hubiera pillado tan desprevenida. Recuerdo pensar: «¿Es esto lo que significa estar loco por alguien?».

Manny había conseguido sobrevivir a una melancolía desconcertante que hacía mucho tiempo que lo invadía imaginándose que estaba preparado para encarar un futuro que hasta entonces le había sido esquivo. Aquello significaba ganar el dinero necesario para subsistir y gastar lo menos posible en vicios. Mientras esperaba que su vida comenzara, vivía con muy poco dinero. Tomaba café de pie en la barra, iba caminando a todas partes, utilizaba la ropa hasta que se le hacía jirones. El ferri de Staten Island era nuestro barco del placer; los conciertos de estudiantes del conservatorio Juilliard, nuestro Carnegie Hall. Los «dos por uno» en el teatro, las cenas en cafeterías y las excursiones por la ciudad completaban nuestra agenda social.

Yo siempre estaba preocupada por el dinero, pero vivía en un apartamento bonito, comía en restaurantes varias veces por semana y gastaba una suma pequeña pero considerable en música, teatro y cine. Aun así, me dejé contagiar con mucha facilidad por las preferencias de Manny. Las adopté como si entre aquel momento y la época en que ambos vivíamos en el Bronx no hubiera pasado nada; como si simplemente hubiera aprendido a imitar las costumbres de la clase media y ahora volviera a ser la de antes.

Fue entonces cuando empecé a pensar en la falta de interés por adquirir cosas que mencionaba antes. Cuando vi el apartamento de Manny, comprendí inmediatamente lo que aquello significaba para los dos. Manny vivía en una enorme habitación en un edificio de *lofts* en Brooklyn. La habitación era luminosa, y estaba limpia y ordenada. En ella había una cama, una mesa, dos sillas y una lámpara; en la cocina, dos ollas y una sartén, dos platos llanos, dos copas, dos juegos de cubiertos, tres o cuatro vasos. Minimalista, pensé, muy minimalista... y en ese mismo instante me vi a mí misma con claridad.

Era como si de repente me diera cuenta de que las cosas aportaban calidez y color al entorno, le conferían peso, contexto y dimensión. Un mundo desprovisto de cosas deja la atmósfera desnuda: blanca, negra, despoblada. Si uno no deseaba cosas, de esa manera en que Manny y yo no las deseábamos, sólo podía significar que estaba dispuesto a vivir lo bastante al margen para que el yo melancólico permaneciera inalterable hasta el fin de los días.

En aquella habitación ordenada y vacía vislumbré la melancolía que

reinaría en la vida de Manny, y su ineludible impacto en mí. Sentí un afecto extraordinario por el yo que descubrí reflejado en el austero espacio de Manny. Allí de pie, junto a la puerta, noté que mi corazón volaba hasta él. Lo abracé y me fundí con él.

Pero la incapacidad recíproca es un imán poco fiable. Siempre llega el momento en que repele en lugar de atraer.

En menos de un año se hizo patente que el amor no nos traería ni paz ni estabilidad. La nostalgia y la química nos habían unido y nos mantenían unidos, pero las incursiones en el placer que nacen de necesidades que no se originan en los sentidos enseguida empezaron a multiplicarse. Además del sexo, la forma de conexión más vital que existe es la conversación. Tanto para Manny como para mí, era importante hablar y ser escuchado, pero en pocos meses empezamos a disentir prácticamente en todo, y la disensión invariablemente se percibía como rechazo. La diferencia de opinión más simple se convertía en tema de disputa; y una conversación sobre cualquier tema generaba un fallo de conexión que con demasiada frecuencia resultaba ser fatal. Una y otra vez nos sobresaltaban los estallidos de ira que empezaron a caracterizar casi cada conversación. La volubilidad era extraordinaria: avanzaba implacable como un incendio forestal, y en segundos éramos pasto de las llamas.

Por mi parte, pasé muchas horas tratando de repasar mentalmente el curso de aquellos desastres conversacionales, preguntándome cuál había sido la frase que había provocado lo que él había recibido como un desafío, la respuesta que había hecho añicos mis percepciones, el matiz que había arrasado las suyas. ¿Cómo, me preguntaba cuando estaba sentada sola en mitad de la noche, podíamos estar tan cerca y al mismo tiempo tan lejos? Ambos éramos personas decentes, inteligentes, cultas. Ambos votábamos al mismo partido, leíamos las mismas reseñas literarias en *The New York Times*. Ninguno de los dos trabajaba en el sector inmobiliario ni en el gobierno municipal. ¿Qué era lo que fallaba? La respuesta a estas preguntas era siempre la misma.

La buena conversación no es una cuestión de compartir intereses, ideales o determinadas preocupaciones por la lucha de clases, sino una cuestión de temperamento: es lo que hace que alguien responda instintivamente con un apreciativo: «Sé exactamente a qué te refieres» en lugar de con un combativo: «¿Qué quieres decir con eso?». Cuando se comparte el mismo temperamento,

la conversación nunca pierde espontaneidad y frescura; cuando no, uno siempre tiene que andarse con pies de plomo.

En el fragor de nuestras discusiones, indefectiblemente trataba de calmarme diciendo: «Mira, sencillamente estamos en ondas distintas; eso es todo, ondas distintas». Decía estas palabras porque pensaba que eran una evaluación neutra de nuestro problema, pero Manny siempre se las tomaba a mal, aunque le parecieran tan ciertas como a mí. Aunque también era verdad que con aquellas palabras, cuando las pronunciaba, yo quería decir que cuando él estaba presente mi mente se convertía en una carga para mí misma. Me ponía a la defensiva cuando me sentía obligada a explicar lo que debería haber podido explorar; me sentía atrapada y desconectada.

Lo irónico era que, cuanto peores se volvían las peleas entre Manny y yo, más miedo tenía de perderlo. Cuando llevábamos juntos seis meses, mi susceptibilidad había alcanzado su punto álgido, y montaba un numerito tras otro porque no era capaz de controlar la sensación de que ya no acaparaba toda su atención sexual. En la cama sabía que me adoraba, pero pensaba que miraba a todas las mujeres bonitas que se cruzaba por la calle, que ya no le parecía tan atractiva como antes. Medía constantemente cada palabra suya, cada gesto, cada parpadeo con una regla invisible que computaba: «Me quiere más hoy que ayer, menos que hace una hora, no tanto como hace dos semanas».

Lo cierto es que no éramos amigos. Y sin amistad, cada uno estaba solo a la intemperie.

Empecé a darme cuenta de lo que todo el mundo sabe y olvida sistemáticamente: que ser amado sexualmente es ser amado no por el yo real, sino por la capacidad de despertar el deseo en el otro. Era un hecho que el poder conferido al yo que Manny deseaba duraría poco. Sólo los pensamientos de la mente o las intuiciones del espíritu pueden atraer para siempre, y éstos, Manny no los amaba. No los odiaba, pero tampoco los amaba. No le resultaban necesarios. En última instancia, aquella conexión de los sentidos significaba que tendría que encerrarme en mí misma hasta un grado intolerable, que me sentiría tan vulnerable que muy pronto me ahogaría en mi propia inseguridad.

Una vez le pregunté a Manny si le sorprendía en qué había resultado su vida. Me dijo:

–Siempre me sentí arrastrado por fuerzas que escapaban a mi control.

Siempre hacía lo que la gente esperaba de mí y después me sentía ansioso. Durante años, sólo conocí la ansiedad. Un día me di cuenta de que la ansiedad era lo que me conformaba. Después de aquello, ya no hubo más sorpresas.

Un día, tras un intercambio incendiario, me arrojé al cuello de Manny. Durante un buen rato me quedé ahí colgada, como un peso muerto. Entonces sus brazos me rodearon. Alisó mis cabellos hacia atrás con un gesto de ternura tan exquisito, que todavía puedo sentirlo. Sabía que estábamos cerrando caja. Muy pronto no quedaría ninguna moneda con la que ganar tiempo.

Leonard y yo estamos en la cola del supermercado para pagar los ingredientes de la cena que vamos a preparar juntos, cuando una mujer mayor, delgada y temblorosa, ya frente a la caja, se percata de que ha olvidado algo. Los ojos empiezan a girarle dentro de las órbitas –¡Dios mío, perderá su lugar en la cola!–. Un estudiante de instituto que está detrás de ella le coloca la mano en el brazo para tranquilizarla y le pregunta qué ha olvidado.

–Leche –dice.

Leonard deja escapar un sonido inconfundible de exasperación. El estudiante sale disparado por la leche. La mujer mayor le dice:

–¡Ay, qué amable eres, qué amable, extraordinariamente amable!

El estudiante contesta:

–No, sólo moderadamente amable.

Le sonrío –¡un alma gemela!–, pero Leonard le suelta:

–Vaya, ésa es una distinción interesante. Considerando las circunstancias, tu buena obra puede parecer extraordinaria más que ordinaria. En Nueva York, dejar de hacer lo que estás haciendo para ayudar a alguien significa interrumpir las molestias convencionales; retrasar, desviar, entretener; detener; buscar la reflexión. –El estudiante se queda mirándolo–. En resumen –explica Leonard–, exponerse a una agresión.

Lo que nunca siento en la ciudad, él lo siente cada día de su vida.

Se conocieron en Florencia en 1880. Él tenía treinta y siete años; ella,

cuarenta. Ella era Constance Fenimore Woolson, una célebre escritora estadounidense de cuentos y ensayo. ¿Y él? Él era Henry James. Para su sorpresa, James se percató rápidamente de que ella era una mujer de gusto y buen juicio cuyas divisiones internas se asemejaban a las de él. Ella disfrutaba del prestigio, pero se guarecía en la oscuridad; temía la soledad, pero buscaba el aislamiento; deseaba abrir su corazón, pero acababa mostrándose esquiva. En una ocasión en que James estaba considerando alquilar un apartamento en Venecia, Constance le dijo: «No le imagino en el Gran Canal», y él replicó: «No. Mejor en algún lugar escondido. No importa demasiado dónde, siempre y cuando cueste encontrarlo y haya que recorrer muchos callejones sin salida para llegar». Hablaba por ella tanto como por él. Desde su primera juventud, Constance había estado construyendo una coraza de reservas defensivas; para cuando alcanzó la madurez, ya la tenía puesta; para cuando murió, la coraza la estaba asfixiando.

Paseaban y hablaban; tomaban el té y hablaban; iban a museos y hablaban. Hablaban de libros, hablaban de escritura, hablaban de la imaginación moral. El intercambio no era, huelga decirlo, personal en el sentido habitual del término, pero la honestidad intelectual que animaba su charla se traducía en una conversación que hacía que los dos se sintieran menos solos en el mundo.

Sin duda, ella le dio más a él que él a ella. Constance se convirtió en su mejor lectora, en su interlocutora más inteligente, quien mejor que nadie entendía las cosas que no se decían ni se mencionaban. No podía decirse lo mismo de James, que se aprovechó flagrantemente de todo lo que no se habló ni se mencionó entre ellos. Parece que él, casi por voluntad, nunca llegó a comprender la profundidad de la angustia de Constance; o, si lo hizo, escogió taparse los ojos con una mano para no mirarla de frente. Tal vez supiera que si permitía que ese conocimiento penetrara en él, se vería obligado a rendir cuentas ante aquella amistad. Sobre todas las cosas, Henry James temía y odiaba verse obligado a rendir cuentas ante nada ni nadie.

En la primavera de 1893, Constance –sumida en una de sus depresiones más graves– vive en un apartamento en un *palazzo* que da al Gran Canal. Henry está encantado y promete viajar a Venecia en invierno. Ella le escribe inmediatamente para decirle que la perspectiva de su visita la anima mucho. En cuanto recibe esta carta, James empieza a sentirse ansioso. A mediados de verano, le escribe para decirle que está trabajando en un nuevo libro, que sus planes para el invierno son inciertos, y que es muy probable que no viaje a

Venecia. Ella no contesta. Pasa el verano, y después el otoño, sin que apenas haya comunicación entre ellos. Entonces llega una carta de Constance en la que anuncia que ha terminado la novela en la que ha estado trabajando. Él sabe que cuando ella no está escribiendo se viene abajo con facilidad, pero, por algún motivo, no le da más importancia. Deja que las cosas sigan su curso.

En enero de 1894, Constance Woolson saltó por la ventana de su apartamento veneciano, esparciendo su vida increíblemente despojada de todo sobre el pavimento bañado por las aguas del canal más glamuroso del mundo. Tras su muerte, el diplomático estadounidense John Hay dijo de ella: «Era menos feliz que un convicto». James, en su casa en Inglaterra, sintió horror, pánico, culpa. Si sintió o no dolor, es algo que no sabemos. En algún lugar de su interior debió de pensar: «Si hubiera ido a Venecia, ella no habría saltado».

Lo cierto es que ni Woolson ni James estaban preparados para la amistad. Aunque ambos apreciaban su relación, la infelicidad neurótica de la que eran víctimas era mucho más irresistible. Ninguno de los dos podía hacer por el otro lo que siquiera podía hacer por sí mismo.

La noche después de leer la historia de Woolson y James, me convertí en una *groupie* literaria. Soñé que Leonard y yo habíamos dejado nuestros apartamentos para irnos a vivir juntos y, en el sueño, él me llamaba para decirme que había encontrado un apartamento en el Upper East Side en el que, despiertos, ninguno de los dos habría vivido nunca. «Rápido», me dice por teléfono, «ve a verlo». Voy corriendo hasta allí, entro en un edificio de aspecto elegante, empujo la puerta del apartamento y me encuentro en una habitación larga y estrecha que parece un ataúd. En el extremo más alejado de la habitación hay una ventana con una cortina. Me acerco a toda prisa, pensando: «Seguro que la vista lo compensa». Echo la cortina a un lado y veo una pared de ladrillos.

Me subí al autobús número 3 en la Quinta Avenida, a la altura de la calle Sesenta y Seis, justo cuando empezaba la hora punta de la tarde. El asiento junto a la puerta y paralelo al conductor estaba vacío, así que me arrellané en

él. En la calle Cincuenta y Nueve, el autobús empezó a llenarse. Conforme la gente subía, observaba cómo las manos, una tras otra, metían la tarjeta MetroCard en la máquina validadora, la recogían y pasaban de largo ante mi mirada fija. En la calle Cincuenta y Tres, alguien se subió y no hizo el gesto automático en la máquina. Alcé la mirada y comprobé que se trataba de un hombre mayor que se acomodaba con dificultad en el asiento que quedaba en diagonal a mi espalda.

El autobús avanzó hasta la siguiente parada. Entonces, el conductor se volvió y le dijo:

–Señor, no ha pagado usted el billete.

El anciano no respondió; miraba fijamente el suelo y sus manos descansaban sobre la cabeza de un bastón que tenía entre las rodillas.

El conductor repitió sus palabras.

El anciano alzó la mirada.

–Sí lo he pagado –dijo.

El conductor lo miró a los ojos.

–No, señor –dijo con paciencia–. No lo ha pagado.

–Sí lo he pagado –dijo el anciano, y volvió a mirar hacia el suelo.

En el siguiente semáforo, el conductor se levantó de un brinco de su asiento y se plantó frente al anciano.

–Señor –dijo–, no puedo continuar hasta que pague usted su billete.

El anciano alzó la mirada.

–He pagado el billete –dijo sin alterarse–. No puedo hacer nada si usted no me ha visto. No voy a pagarlo dos veces.

El anciano y el conductor se miraron fijamente a los ojos. Poco a poco, las miradas se volvieron fulminantes. El anciano empezó a adoptar el aspecto de un bulldog; el conductor, el de otro tipo de animal. El anciano era blanco, el conductor era negro; por un momento, pensé...

–¡Señor! –gritó el conductor–, este autobús no se va a mover hasta que pague usted su billete.

–¡Dios mío! –exclamó con un suspiro la mujer que había sentada a mi lado.

–¿Qué narices pasa? –preguntó un hombre tres asientos más allá.

–He pagado –repitió el anciano.

–Ha pagado, asunto arreglado –dijo un hombre en voz baja.

El conductor apagó el contacto y empezó a hablar por el teléfono que había

en el salpicadero. La gente empezó a levantarse a lo largo de todo el pasillo con curiosidad y nerviosismo.

Una mujer vestida de negro se inclinó hacia un hombre con gafas de concha y, dándose golpecitos en la sien, susurró:

–Senil.

–¡Eh! –gritó una voz desde el fondo–. ¡A ver si nos movemos ya, que tengo que llegar al centro!

Dos personas empezaron a discutir las ramificaciones legales y sociales del caso.

–El conductor no puede avanzar si el tipo no paga el billete –dijo uno.

–Pero ¿y si el viejo no tiene dinero? –dijo otro.

–Tesoro, si no tienes dinero, no cojas el autobús –respondió rápidamente el primero–. Es la ley, tío, es la ley.

El conductor se plantó en el pasillo y anunció:

–Todo el mundo abajo. Lo siento, pero de aquí no nos movemos. Les daré a todos un billete para que puedan hacer transbordo.

Silencio y asombro. Nadie podía creer que aquello estuviera pasando. Entonces todo el mundo gritó al mismo tiempo:

–Pero ¿qué narices es esto? Tengo cosas que hacer, no puede hacernos esto.

Al fondo del autobús, un joven, que hasta ese momento había estado mirando por la ventana embobado, soltó un aullido quejumbroso. Entonces se levantó; su cuerpo enjuto era un canto al cuero negro y las tachuelas plateadas. Caminó ofendido hasta la parte delantera del autobús, se plantó frente al anciano y le espetó:

–Pero ¿cómo puede ser tan rata? Por un miserable dólar y veinticinco centavos nos está fastidiando a todos, hombre.

El conductor, un hombre alto y fornido, permaneció en silencio mientras todos los pasajeros se dirigían en un reguero hacia las puertas, pero en su rostro me pareció ver una acumulación de los insultos que la vida le lanzaba cada día. Treinta segundos después ya estábamos todos abajo, apiñados en la calle. Curiosamente, nadie se movió de allí, ni nadie se paró a pensar cómo es que a ninguno se le había ocurrido pagar el billete del anciano.

–Qué asco de ciudad –entonó en voz baja un hombre que había a mi lado–. Maldita ciudad asquerosa.

Volví la vista hacia el autobús. El anciano seguía sentado en su asiento,

con las manos apoyadas sobre el bastón y los ojos fijos en el suelo. De repente, mientras la confusión crecía en la calle, se levantó, bajó a duras penas del autobús y, como una figura en un sueño, se perdió entre la multitud de la tarde. Le tiré de la manga al conductor.

–Se ha ido –dije.

La mirada del conductor siguió la mía y sin siquiera pestañear, anunció:

–Venga, todo el mundo arriba.

En silencio, todos volvimos a subir al autobús en fila. Cada pasajero se sentó en el mismo asiento de antes. El conductor ocupó su sitio, cerró las puertas y avanzó con soltura por el tráfico de la Quinta Avenida. Miré mi reloj. Había transcurrido una hora desde que el conductor dijera por primera vez: «Señor, no ha pagado usted el billete». Eché un vistazo a mis compañeros de viaje y vi que todos y cada uno de ellos se habían colocado la obligada máscara de la neutralidad. Era como si, para ellos, nada hubiera ocurrido. Pero incluso yo sabía que no era así.

A principios de la década de los cincuenta del siglo xx, un periodista neoyorquino llamado Seymour Krim pretendía crear literatura disidente y al mismo tiempo soñaba con lograr fama nacional, y en ambos aspectos se sentía un fracasado. A partir de esa sensación de fracaso, Krim encontró una voz y un tema que eran un perfecto reflejo de la época. Parecía un maníacodepresivo, que tan pronto se mostraba ambicioso como neurótico o se burlaba de sí mismo. Derramaba ríos de tinta contando sus constantes depresiones, sus anhelos, la increíble envidia que sentía por aquellos que habían logrado el éxito que tanto despreciaba y a la vez anhelaba. Esa voz también era urbana hasta la médula. Ningún otro lugar en el mundo sino Nueva York podría haber dado un Seymour Krim.

Empleando de modo provocador una estructura sintáctica demencial, ingeniosa y casi de monólogo interior, Krim desarrolló un estilo prosístico *hipster* que le permitió, en espíritu, formar parte de una generación de rebeldes emergentes para los que el pensamiento, el sentimiento y la acción estaban a punto de convertirse en una misma cosa. Para Krim, alcanzar dicha unidad significaría controlar su caos interior y así ser capaz de escribir la gran obra que él *sabía* que tenía en su interior.

Fantasía era su segundo nombre. Siempre estaba fantaseando con un futuro

en el que todo encajaría mágicamente y –de eso estaba seguro– la promesa que se había hecho de alcanzar el éxito se cumpliría. Esta fantasía impregnaba casi todo lo que escribía. Una baladronada nerviosa que subyacía tras su prosa hacía que el narrador sonara como si se creyera el protagonista de un musical de Broadway que le gritara al público: «¡Esperen y verán! Voy a ser más grande, mejor y más importante que TODOS USTEDES JUNTOS».

Pero Krim no fue capaz de combinar el pensamiento y la acción. Sólo pudo documentar la incapacidad que lo desgarraba cada día cuando se despertaba en el apartamento sin agua caliente del Lower East Side en el que vivió hasta su muerte. En el apogeo de sus facultades, el talento de Krim fue dirigirse a todos aquellos que, como él, tampoco fueron capaces de convertir la fantasía en realidad. Empleando el sencillo recurso de este insolente yo soñador como instrumento de iluminación, Krim pretendía hacer una metáfora de la incapacidad de los estadounidenses para crecer y agarrar el toro por los cuernos.

Con demasiada frecuencia, la ansiedad de Krim anegaba la metáfora, y cuando eso ocurría su escritura quedaba reducida a un torrente desordenado, tedioso y patético. En 1973, sin embargo, escribió *For My Brothers and Sisters in the Failure Business* [Para mis hermanos y hermanas en el negocio del fracaso], un ensayo en el que por fin *consiguió* plasmar el tema que había rumiado durante años. Aquí fue capaz de capturar de un modo brillante la obsesión estadounidense con el fracaso –su sabor, el miedo que provoca, la tortura sin descanso que supone– y lo hizo empleando de un modo prodigioso el lenguaje de Nueva York:

A los cincuenta y un años, tanto si lo creéis como si no, o si lo creéis y sentís lástima de mí porque sois jóvenes y despiertos, sigo sin saber realmente «qué quiero ser» [...]. En este profuso *delicatessen* que tengo en la azotea estoy tan abierto a cualquier posibilidad descabellada como cuando tenía trece años [...].

Son miles y miles de personas que creo que son como yo quienes nunca han encontrado la piel profesional que se ajuste a la revuelta de su alma. Muchos no la encontrarán nunca [...]. Esto no es tanto una presunción como una voz de cicatrices y estrellas que habla. Yo lo he vivido y probablemente siga viviéndolo hasta que me quiten el perrito caliente [...].

Pero si somos unos «fracasados» orgullosos que buscan algo en esta

sociedad y nos consolamos irónicamente pensando que hay cientos de miles de personas como nosotros, es inteligente y honorable saber qué fue lo que intentamos y por qué ahora somos tan vulnerables a los golpes de aquellos que una vez nos vieron envueltos en el resplandor de nuestra visión y ahora sólo ven una cama deshecha y unas cuantas tazas sin lavar sobre la mesa de madera desnuda de un día gris.

El placer de este texto reside en el ritmo intenso y firme de un lenguaje idiomático que remeda la obsesión de la nación por la juventud y por el fracaso:

Este profuso *delicatessen* que tengo en la azotea
La revuelta de su alma
Una voz de cicatrices y estrellas
Aquellos que sólo ven una cama deshecha y unas cuantas tazas
sin lavar sobre la mesa de madera desnuda de un día gris

El lenguaje idiomático siempre parece joven –hace subir el nivel de adrenalina en cualquier idioma–, pero nunca tanto como en la versión provocadora y callejera que uno escucha en las aceras de Nueva York, donde los escritores de mediana edad de la prosa estadounidense se sienten libres de gritar con voces eternamente jóvenes: «¡Ya no soy joven!».

Leonard se fue a pasar el fin de semana fuera de la ciudad sin decírmelo, y desconectó el contestador.

–¿A qué ha venido eso? –le pregunté cuando volvió.

–Ah –dijo avergonzado–. Apagué el contestador por error. –Pero después dijo con una risita falsa–: Supongo que no quería saber que nadie me estaba llamando.

–Pero alguien te estaba llamando. Yo.

–Sí –dijo en un tono ominosamente vago–. Eras tú, ¿no?

Durante ocho años, di clases durante un semestre al año en Arizona. A menudo, a mi regreso a la ciudad, se producían situaciones como éstas:

Me encuentro por casualidad con Eli, un escritor que conozco. Su

expresión en reposo es de aprensión, pero cuando le pregunto cómo está, se ilumina y me dice que acaba de firmar un contrato para un libro. Lo felicito, le pregunto por su familia y después por Paul, otro escritor que ambos conocemos. Eli suspira. Su rostro vuelve a mostrar aprensión.

–Siempre tiene que quedar por encima de mí. Si me han invitado a Los Ángeles, a él lo han invitado a Hawái. Si voy a sacar un libro, él va a sacar dos. Si me dan una beca CAPS, a él le dan una Rockefeller.

Unas horas más tarde, me encuentro con Gloria, una vieja conocida que está obsesionada con la ruina económica y la mezquina indiferencia de su familia.

–¿Cómo va todo? –le pregunto.

–¿Sabes mi padre? –responde–. Me dice: «Pide una hipoteca inversa». ¿Mis sobrinos y sobrinas? Nunca los veo. ¿Mi cuñada? Estaría encantada de verme viviendo en la calle. ¿Y mi hermano? ¡Es un mariquita!

Myra, que a menudo me ha dicho que me considera una de sus mejores amigas, siempre me mira inquisitivamente, como si no acabara de ubicarme, y me pregunta:

–¿Dónde has estado? ¿En Oklahoma, dónde?

Y luego está Sylvia, una devota de la cultura terapéutica. Durante dos años seguidos me sonrío y dice:

–He madurado tanto que ya no le pido a mis amigos que me den lo que no pueden darme. Ahora acepto la amistad en los términos en que me la ofrecen.

El tercer año, la sonrisa desaparece de su rostro:

–¡Lo odio! –se queja–. Me hace sentir pequeña. Pequeña y parcial.

Mis amigos también tienen que agitar el caleidoscopio de la experiencia cotidiana para llegar al punto en que la composición de las piezas ayude a mediar entre el dolor de la intimidad, la energía del espacio público y la exquisita intervención de los desconocidos.

Doblo la esquina para continuar por la Séptima Avenida y me topo de lleno con un travesti enorme que tiene los ojos cerrados con fuerza y las manos juntas como para orar, y que grita al aire:

–¡Tengo tantos enemigos!

Cuando abre los ojos, se encuentra con los míos.

–¿Por qué? –articula con los labios en silencio. Me ofrece una sonrisa luminosa y anuncia alegremente: «No lo sé».

Hace unos diez o quince años, una mujer que conozco (la llamaré Jane Brown) tuvo una aventura con un hombre que era el heredero de una célebre fortuna estadounidense (lo llamaré Roger Newman). Cuando se conocieron, ambos eran abogados en un bufete a pie de calle y ejercían en una zona pobre de Brooklyn. Para Jane, el trabajo era la culminación natural de una infancia cuáquera, una buena educación y un profundo sentido de idealismo político. Para Roger, el trabajo era una forma de desafío a un privilegio inmerecido, un matrimonio conveniente más que nacido del deseo y un futuro en el negocio familiar que descartaba la promesa de un empleo con verdadero propósito.

Trabajando hombro con hombro, los dos se habían enamorado y Roger había dejado a su mujer para irse a vivir con Jane. Los amigos enseguida dijeron que convivían felices y en armonía, y algunos se sorprendieron de que Roger empezara a trabajar aún más horas que antes, puesto que su oposición a las leyes que menoscababan a sus clientes desfavorecidos se había vuelto más fuerte. Jane se sentía orgullosa del firme compromiso de Roger, aunque lo instaba a tomárselo con calma. Roger, sin embargo, le dijo que nunca antes en su vida se había sentido tan libre como en aquel momento. Sumirse en una tarea tan dura y trascendente, dijo, era muy grato; y tener a su lado a una mujer que compartía su creencia en el trabajo, un placer que nunca había creído que experimentaría. Estuvieron juntos dos años. Entonces, una tarde, de repente y sin dar ninguna explicación, Roger anunció que dejaba tanto a Jane como la abogacía, y que volvía con su mujer y al negocio familiar. En cuestión de días, se había ido.

En la universidad, mis amigas y yo jugábamos a un juego, el Edith Wharton-Henry James, en el que, tras contar una historia –siempre estaba ambientada en el Nueva York burgués y planteaba un dilema moral relacionado con una cuestión de arrojo emocional–, se hacía la siguiente pregunta: ¿quién habría escrito esta historia, Wharton o James? El regreso de Roger Newman a su antigua vida, que antes había repudiado, me trajo a la mente este juego, y siempre sentí curiosidad por saber cómo había acabado todo. Así que, cuando hace dos semanas un abogado que conozco me llamó para decirme que lo habían invitado a cenar en casa de los Newman, y me propuso acompañarlo, naturalmente dije que sí, y a las siete de la tarde del sábado siguiente, el abogado y yo nos bajamos de un taxi frente a un edificio de Park Avenue en la esquina con la calle Sesenta y Seis, accedimos a un vestíbulo de mármol y ónice del tamaño de una pequeña catedral y nos

subimos a un ascensor revestido de paneles de roble y provisto de bancos de terciopelo rojo. Cuando salimos del ascensor en el piso diecinueve, nos encontramos directamente en el apartamento de los Newman. Nuestro anfitrión era tal y como lo recordaba –de estatura media, delgado como un junco, de cabello castaño y suave, y ojos azules en un rostro discretamente atractivo–, aunque me impresionó lo bien que le sentaba la ropa y la elegancia con que la llevaba.

El salón era enorme: alfombras persas, viejos muebles ingleses, pantallas de lámpara de seda. Siete hombres y mujeres estaban sentados en los sofás. Las mujeres tenían el pelo rubio y las piernas largas, y los hombres guardaban un fuerte parecido con Newman. Una de las mujeres era Cissy, la mujer de Roger. Me estrechó la mano y me dijo que estaba muy contenta de conocerme, que llevaba años leyéndome. Le di las gracias por invitarme y todos nos sentamos con una copa en la mano. Una hora más tarde, nos levantamos y pasamos al comedor, donde se serviría la cena. Los platos eran de porcelana ribeteada en oro; las copas, de cristal fino; los cubiertos, de plata maciza. La comida estaba deliciosa, aunque era escasa. El vino, sin embargo, corría a raudales.

Dado que el tono, la sintaxis y el vocabulario de este grupo me resultaban ajenos, al principio no percibí la banalidad de la conversación. Sacaban temas para hacer alusión a ellos, no para conversar. Dedicaron tres minutos a los titulares del día, siete a viajar por Europa, dos a la exposición que había en ese momento en el MoMA. El sector inmobiliario ocupó unos diez o quince minutos, al igual que la educación de los hijos, los planes para las vacaciones y el escándalo del momento en Wall Street. Claramente, las opiniones rotundas no eran bien recibidas, como tampoco lo eran los diálogos prolongados.

El mismo Roger –un elegante anfitrión que apartaba sillas, pasaba platos y rellenaba copas con discreta cortesía– tenía un papel de lo más interesante. No iniciaba ninguna conversación, pero, por otro lado, tampoco expresaba ninguna idea estúpida o que demostrara falta de sensibilidad. Si existía la amenaza de que se produjera un desacuerdo entre los invitados, hacía el típico comentario juicioso que enseguida tranquilizaba a los contendientes y evitaba un potencial cisma en la mesa. El tono de su voz era alegre, conciliatorio y civilizado.

Cissy Newman era una mujer bonita que jugueteaba nerviosamente con la

comida y llevaba una ligera capa de ansiedad sobre el maquillaje. En un momento determinado, sin venir a cuento, me soltó:

–Pero, al fin y al cabo, ¿no cree usted que un niño necesita a su madre?

Me quedé mirándola atónita.

–¿Que si no creo que un niño necesita a su madre? –repetí como una idiota.

Entonces, Roger soltó una alegre carcajada y me desconcertó diciendo en un tono dulce y amable:

–Cissy, Cissy, eso no es lo que ha querido decir.

Después, con notable ecuanimidad, procedió a hacer un resumen maravillosamente razonado de la postura feminista con la que me identificaba. Cissy y yo estábamos allí sentadas, asintiendo con la cabeza como dos estudiantes agradecidas a las que su experto profesor hubiera librado de su incompetencia mental.

Recuerdo haber pensado entonces: «¿Qué está haciendo aquí? ¿Ha vuelto deliberadamente a esta vida?». Y empecé a estudiarlo.

Después de cenar, me senté en el extremo de un sofá decorado con brocados, y Roger se sentó a mi lado en un sillón tapizado de terciopelo. A nuestro alrededor, se había formado un hilo de comentarios banales al que, por separado, cada uno se unía de vez en cuando; pero vi cómo en repetidas ocasiones los ojos de Roger se elevaban por encima de los rostros de todos para contemplar la panorámica. Cuando lo hacía, no había duda de que sentía un inmenso placer, una profunda satisfacción. Claramente, la desenvoltura con la que llevaba la ropa se extendía a la desenvoltura con la que ocupaba aquella estancia. Mientras miraba a su alrededor, acariciaba distraídamente el brazo de terciopelo de su sillón tan ensimismado que la caricia de su mano parecía la de un amante sobre el brazo de su amada. Al mismo tiempo, una y otra vez deslizaba su cuerpo hacia delante para tomar de la mesita de centro un huevo de mármol que descansaba sobre un pie trabajado en oro, y lo hacía rodar con suavidad y ternura en la palma de su mano para después devolverlo a su lugar. Cuando hablaba, sostenía su copa de vino de tal modo que parecía más consciente del tallo de cristal que había entre sus dedos que de las palabras que salían de sus labios. Era como si las personas de la habitación fuéramos figuras en el primer plano de una pintura histórica, mientras que nuestro anfitrión era evidentemente heredero del cuadro.

Me descubrí pensando: «¿A quién o qué me recuerda todo esto?». Un minuto después, ya lo tenía. Estaba viendo a Ashley Wilkes, un hombre de

profunda sensibilidad e inclinaciones progresistas anuladas porque su voluntad estaba vinculada a un estilo de vida más que a un espíritu que se cuestionaba hacia dónde dirigirse.

Durante un tiempo, Roger Newman –abogado en el gueto, enamorado de Jane Brown– había sentido la imperiosa necesidad de experimentar la pasión de primera mano. Su portentosa inteligencia le había hecho comprender la ventaja de saber también qué se decía y hacía en las calles de los barrios bajos; pero estaba claro que cualquier incursión en aquella zona sería en calidad de exploración temporal.

Mientras el abogado y yo bajábamos por Park Avenue a medianoche, me dije que habría sido Henry James, y no Edith Wharton, quien escribiera esta historia. Wharton pensaba que ninguno podía *tener* libertad, mientras que James sabía que ninguno la *deseaba*.

Cuando la influencia del modernismo europeo cruzó el Atlántico a principios del siglo xx, hizo su primera parada en el Greenwich Village. Allí, una generación de artistas, intelectuales, periodistas y teóricos sociales se aglutinó para hacer una revolución de la conciencia. Entre ellos, había mujeres y hombres cuyos nombres ahora figuran en los libros de historia: Edna St. Vincent Millay, Alfred Stieglitz, Margaret Sanger, Eugene O’Neill, Emma Goldman, Walter Lippmann. Una colección insólita de aliados culturales unidos por el espíritu que subyacía en el movimiento. La *experiencia* ahora era clave, y todo el mundo la deseaba: sexo sin trabas, conversaciones alarmantemente atrevidas, vestuario en extremo excéntrico; la posibilidad de declararse libre de no casarse o ganarse la vida, de tener hijos o votar. Éstas se convirtieron en las extravagantes convenciones del radicalismo de los barrios del sur de Manhattan, y nadie las adoptó con más furor que Evelyn Scott, una escritora de los años veinte conocida en su momento por todos los modernistas del Village. Treinta años más tarde, Scott vivía con su marido, un escritor inglés alcohólico, en una pensión del Upper West Side; ambos eran viejos, estaban enfermos, medio locos y casi en la miseria.

En 1963, Evelyn murió y el marido inglés, gracias a la intervención de viejos amigos, fue repatriado a Londres, donde murió unos años después, sumido en un sopor etílico, en una pensión más o menos igual a aquella en la que Evelyn había muerto en Nueva York. Su legado fueron unas cuantas

bolsas de la compra, pequeñas maletas y uno o dos baúles. Los baúles acabaron en una tienda de antigüedades y libros de lance en el distrito londinense de Camden, donde durante más de una década acumularon polvo. Después, los enviaron a una tienda de trastos viejos en Yorkshire. Allí, un día de finales de los setenta, un marchante de libros *amateur* y hombre de gusto literario abrió uno de los baúles y se encontró con una colección de cartas, diarios y novelas de Evelyn Scott (tanto publicadas como inéditas). Empezó a leer. De primeras desconcertado, enseguida se quedó absorto en la lectura. ¿Quién era aquella mujer? ¿Cómo había llegado a escribir aquellos libros? ¿Por qué no había oído nunca hablar de ella?

El marchante de libros (su nombre era D. A. Callard) pasó los siguientes cinco años tratando de encontrar respuestas a estas preguntas a ambos lados del Atlántico. El fruto de su labor fue una biografía, publicada en 1985, llamada *Pretty Good for a Woman* [Bastante bueno para una mujer] (y que hace alusión a un comentario burlón que hizo William Faulkner sobre la obra de Scott). Cuando el libro se publicó en Estados Unidos, un amigo vino a visitarme, lo arrojó sobre la mesita de centro de mi salón y dijo: «Esto va a gustarte». Y así fue.

Nació con el nombre de Elsie Dunn en Tennessee en 1893. Desde su más tierna infancia, fue considerada un ser salvaje, literario, sexual. En 1913, cuando tenía veinte años, huyó a Brasil con un decano universitario casado de cuarenta y cuatro años. Allí, los integrantes de esta extraña pareja se cambiaron el nombre a Evelyn y Cyril Scott. Vivieron juntos durante años, recorrieron el mundo, tuvieron un hijo, compartieron todas las visiones inconformistas de la época. De esta relación, Evelyn salió decidida a tener una vida escandalosa.

Desde Brasil empezó a enviar cuentos y poemas a pequeñas revistas en Estados Unidos. Tenía talento para las ideas y sintaxis del imagismo; su obra fue publicada y su nombre empezó a ser conocido. Cuando llegó al Greenwich Village en 1919, ya tenía contactos. En muy poco tiempo ya conocía a todos los escritores y pintores del vecindario, y ellos la conocían a ella.

En el Village, el aire estaba impregnado de anarquismo, freudismo y radicalismo sexual. Evelyn se sumó a todos, y con vehemencia. Empezó a escribir para *The Dial*, *The Egoist*, *The Little Review*. Defendió a Joyce y a Lawrence, publicó sus propios poemas y después novelas y crítica literaria de

un modo bastante regular durante los siguientes quince años. En total, escribió una docena de novelas, dos volúmenes de poesía, dos de memorias y una obra de teatro. Sus textos eran a veces brillantes y otras, ilegibles: en algunas ocasiones escribía emulando el monólogo interior o el expresionismo alemán; en otras, el modernismo de Dos Passos. Independientemente del estilo, su escritura era excesiva. La palabra «megalomanía» aparece en más de una reseña de novelas de Scott. También podría haberse aplicado a su personalidad, marcada como estaba por las fantasías de su propia pureza elevada y sus exigencias de que los demás fueran tan manifiestamente honestos en la vida y en el arte como ella lo era. En sus memorias, Cyril Scott dijo de ella: «La única señal de “bondad” [que ella reconocía] era la absoluta falta de reticencia. A esto ella lo llamaba “honestidad” [...] y rompía con cualquiera que se opusiera a ella».

Cambiaba de amantes fácilmente y con frecuencia, y entre ellos se contaron el crítico Waldo Frank, el poeta William Carlos Williams y el pintor Owen Merton, padre de Thomas Merton. William la conoció cuando ella tenía veintisiete años. Pensó que su talento maduraría. Enseguida cambió de opinión. Descubrió que era una mujer de una testarudez extraordinaria que exigía la entrega absoluta, tanto en sus relaciones como en su prosa. La testarudez, como se vería más tarde, era el antecedente de una capacidad para la obsesión que acabaría por transformarse en auténtica paranoia.

Sin embargo, era una mujer fascinante y memorable. Algunas personas notables –entre las que se incluían Emma Goldman, Kay Boyle y Caroline Gordon– permanecieron a su lado, conmovidas por su lucidez y su locura, por la arrolladora avidez que había encontrado su lugar en la bohemia, pero a la que Evelyn no fue capaz de poner freno por el bien de su obra.

Cuando los años veinte pasaron, una generación completa de artistas descubrió de repente que su trabajo ya no interesaba a nadie. De la noche a la mañana, el lírico modernismo había dado paso al realismo social, y la obra de Evelyn Scott –como la de tantos otros– se convirtió en algo del pasado. Incapaz de conseguir que publicaran sus escritos, se sintió profundamente perdida. Desarrolló una aguda paranoia y, convencida de que los comunistas conspiraban contra ella, comenzó a escribir sin parar acerca de la amenaza roja: en la prensa, en su correspondencia privada y, finalmente, en cartas dirigidas al FBI.

Los años pasaron y ella y su marido no tardaron en vivir en la miseria en aquel cuartucho del Upper West Side. En algún momento a finales de los cincuenta, la poetisa y crítica Louise Bogan se encontró con Evelyn en Broadway y le describió el encuentro a su amiga May Sarton en una carta:

A principios de semana vi a la pobre y vieja Evelyn Scott, y el encuentro fue triste y muy inquietante [...]. Sucia y andrajosa, y bastante perturbada [...]. No sólo es que su estado físico es el que [yo misma] temía, sino que además vive en esa miserable zona que está entre las calles Setenta y Ochenta del lado oeste, y que aglutina a los raros, los viejos, los fracasados en habitaciones amuebladas o de hotel, y hace que su decadencia sea incluso más deplorable. ¡Vi de todo allí! Me llevó a un pequeño y mugriento salón de té, insistió en pagar la cuenta y varias veces sacó, de entre los pliegues de su ropa, manuscritos que nunca serán publicados. Nunca fui *capaz* de leerla, ni siquiera cuando estaba en su apogeo, y ahora su poesía es terrible. Además, sufre de paranoia: todo y todos son sus enemigos; conspiran contra ella en Canadá, Hampstead, Nueva York y California; le han robado sus manuscritos en varias ocasiones, etc., etc. Como sabes, me producen pavor los locos, aunque en cierto sentido me atraen, porque el talento es una especie de reverso de la misma moneda. Consiguientemente, debo alejarme de E. S. Le he dicho que envíe el manuscrito a Grove Press, y eso es todo lo que puedo hacer.

Las dos mujeres se separaron en Broadway; una se dirigió hacia el norte, y la otra, hacia el sur. Cuando las dos no habían dado más que unos pasos, Evelyn se dio la vuelta y gritó: «¡Pero tengo que saber el nombre del editor! ¡No puedo arriesgarme a que mis poemas caigan en manos de alguna secretaria!».

Imaginen: es posible que yo, una universitaria que soñaba con ser escritora, estuviera justo a la vuelta de la esquina en la avenida West End en el preciso momento en que Evelyn Scott gritaba: «¡Tengo que saber el nombre del editor!».

En una cafetería estudiantil que hay cerca de la Universidad de Nueva York, dos mujeres jóvenes están hablando:

—¿Sabes qué? —dice una—. La semana pasada vi *Romeo y Julieta* en

Broadway.

–¿Ah, sí? –dice la otra–. ¿Es una versión moderna?

La espectadora frunce el ceño y luego dice:

–La puesta en escena es moderna y el lenguaje es antiguo. Pero funciona.

En una mesa al otro lado del pasillo, dos hombres jóvenes están leyendo.

–¿Sabes qué? –dice uno.

El otro levanta los ojos del libro.

–La madre de Flaubert le escribió una carta en la que le dijo: «Tu obsesión por las frases te ha secado el corazón».

El otro frunce el ceño del mismo modo y le contesta:

–¿Y eso qué quiere decir?

Durante muchos años, caminé más de nueve kilómetros al día. Caminaba para despejarme, para sentir la vida de las calles, para disipar la depresión vespertina. Durante aquellos paseos, soñaba despierta constantemente. A veces pensaba en el pasado –idealizaba recuerdos amorosos o elogios–, pero sobre todo soñaba con el futuro: con ese mañana en que escribiría un libro de valor perdurable, conocería a mi compañero de vida, me convertiría en la mujer de carácter que todavía no era. ¡Ah, ese mañana! Cómo me ayudaron aquellos dinámicos proyectos de futuro a pasar incontables días de desmesurada pasividad. Al igual que Seymour Krim, nunca me cansaba de imaginar nuevos escenarios para mi vida soñada mientras deambulaba por las calles y bulevares que recorrí durante aquellos años de constantes caminatas. Entonces, justo cuando cumplí sesenta años, un hecho insólito hizo que mi bonito escenario se desmoronara.

Aquella primavera daba clases en Arizona y todos los días paseaba por una carretera que había a las afueras de la ciudad, deleitándome en la belleza del entorno (las montañas, el desierto, la claridad de la luz), al mismo tiempo que, como ya era habitual, imaginaba una película en mi cabeza. Una tarde de abril, justo a mitad de la película, una especie de interferencia visual –parecida a las interferencias de la tele– atravesó mi campo interno de visión. Al mismo tiempo, un sabor acre empezó a propagarse por mi boca y sentí cómo, en lo más profundo de mi ser, me encogía, temerosa de algo. De qué, lo ignoraba.

Todo el incidente fue tan extraño, tan desconcertante, que en vez de

alarmarme me quedé perpleja, y pensé: «Ha sido un suceso anómalo, no se repetirá». Pero al día siguiente, sucedió exactamente lo mismo. Allí estaba, paseando por la carretera asfaltada, con otra película en la cabeza, cuando ocurrió: la historia se interrumpió bruscamente, el sabor acre se propagó por mi boca y de nuevo sentí cómo palidecía, víctima de una angustia indescriptible. Cuando el tercer día el proceso volvió a repetirse, se hizo patente que se avecinaba un cambio radical.

Enseguida empecé a sentir miedo –ya había empezado a temer ese regusto desagradable en la boca– y decidí poner punto final a las fantasías; y, mira tú por dónde, resultó que podía hacerlo. En cuanto las imágenes comenzaban a formarse en mi mente, las hacía desaparecer antes de que pudieran tomar fuerza. Fue entonces cuando ocurrió lo más extraño e interesante. Un inmenso vacío empezó a abrirse frente a mis ojos mientras yo seguía con mi rutina cotidiana. Al parecer, las ensoñaciones habían ocupado más espacio del que nunca hubiera imaginado. Era como si las fantasías se hubieran apropiado de la mayor parte de mi tiempo de vigilia, y sólo una pequeña parte de la conciencia se hubiera concentrado en el aquí y el ahora. Estaba convencida de ello, por la cantidad de veces al día en que el amargo sabor amenazaba con instalarse en mi boca.

Lo que descubrí me resultó desconcertante. Empecé a darme cuenta de lo que soñar despierta había hecho por mí, y también de cómo me había afectado.

Desde que era capaz de recordar, había sido muy consciente de mis carencias. Aunque hiciera el trabajo que quería hacer, estaba segura de que no estaría a la altura; aunque anduviera tras la gente a la que quería conocer, sin duda me rechazarían; aunque me esforzara por ser lo más atractiva posible, seguiría pareciendo vulgar. Alrededor de este ego herido se había formado una psique menguante: me entregaba al trabajo, pero de mala gana; daba un paso para acercarme a la gente que me caía bien, pero nunca dos; me maquillaba, pero vestía fatal. Hacer una o todas esas cosas bien habría significado comprometerse sin límites con la vida –amándola más de lo que amaba mis miedos–, y eso no podía hacerlo. Lo que sí podía hacer, al parecer, era pasarme los años soñando despierta: desear que las «cosas» fueran diferentes para que yo fuera diferente.

Cumplir sesenta años fue como que me advirtieran que sólo me quedaban seis meses de vida. De repente, guarecerme en el refugio de un mañana de

fantasía se convirtió en algo del pasado. Ahora sólo existía la inmensidad del presente desocupado. Allí mismo me prometí tomarme en serio la tarea de llenarlo. Pero, por supuesto, una cosa es decirlo y otra hacerlo. No fue difícil dejar de soñar despierta, pero ¿cómo conseguir llenar el presente si nunca antes lo había hecho? Pasaron días, después semanas y meses en los que aún me aterraba despertarme sabiendo que mi mente seguía perturbada. En aquella época a menudo pensaba en lo que Virginia Woolf describía como «momentos del ser», porque yo no tenía ninguno.

Entonces –al parecer de un día para otro–, después de uno de mis encuentros callejeros, fui consciente de que el vacío que había en mi interior empezaba a agitarse. Una semana después, otro encuentro hizo que me sintiera curiosamente animada. El tercero fue el definitivo. Había tenido una conversación hilarante con un repartidor de pizzas y, mientras caminaba, las frases empezaron a repetirse en mi cabeza, haciéndome reír cada vez más y con más satisfacción. Una energía en bruto, rica, empezó a expandirse en mi cavidad pectoral. El tiempo se aceleró, el aire resplandecía, los colores del día se volvieron más vivos; sentía un frescor en la boca. Una ternura sorprendente me estrechaba el corazón con tal fuerza que casi parecía gozo; y con una agudeza inesperada me percaté no del sentido, sino del asombro de la existencia humana. Allí, en la calle, me di cuenta de que estaba rellenando mi piel, ocupando el presente.

–No me gusta la energía masculina. Demasiado fuerte, demasiado directa, demasiado franca. No me parece interesante. Los gestos, los movimientos, el repertorio completo. Demasiado limitado. Todo lo contrario que las mujeres. Nada de matices, nada de modulaciones. No es *atractiva*. Y a veces también es asfixiante.

He oído a muchas mujeres pronunciar estas palabras u otras semejantes. Esta vez, sin embargo, era Leonard quien las pronunciaba.

Liberarse de las heridas de la infancia es una tarea que nunca se acaba, ni siquiera cuando se está al borde de la muerte. Una amiga mía, enferma de cáncer, seguía enzarzada en una lucha de poder con un marido que no había sido capaz de proporcionarle un matrimonio que la compensara por lo que

había sufrido a manos de su cruel familia. Aunque su marido siempre había sido leal –y un servicial cuidador durante su larga y terrible enfermedad–, mi amiga nunca se fio de él más de lo que se había fiado de su mujeriego padre. Una día, cuando le quedaban pocas semanas de vida, el marido me pidió que lo sustituyera una noche porque quería visitar a unos amigos que vivían en el campo. A la mañana siguiente, en cuanto me acerqué a la cabecera de su cama, mi amiga me agarró del brazo y dijo con voz ronca:

–Creo que Mike está con otra. –Me quedé mirándola en silencio–. ¡No lo toleraré! –gritó–. Quiero el divorcio.

Son las cinco de la tarde de un sábado de verano, y mi madre y yo estamos paseando por la avenida que discurre a lo largo del bloque de pisos de protección oficial de Manhattan en el que vive. El sol brilla intensamente sobre las cosas de costumbre: aullidos de sirenas, toques de claxon, perforaciones de martillos hidráulicos; mientras, tres hispanos discuten, dos lesbianas se abrazan y un yonqui resbala hasta el suelo con la espalda apoyada en un escaparate. Ninguna de las dos les prestamos demasiada atención, sobre todo mi madre, que está centrada en hacerme partícipe de uno de sus agravios. En un sentido, este barrio ha convertido a mi madre en una neoyorquina; en otro, sigue siendo la mujer obstinadamente enfadada con la vida que ha sido desde que la conozco.

Nos encontramos con Mara, una vecina a la que solemos ver paseando con su marido. Ahora está sola, y va de camino a la sesión de las seis del cine. Hablamos con ella durante unos instantes; luego cada una sigue su camino.

–Es sábado por la noche –dice mi madre–, ¿y sale sola? –Su voz está cargada de insinuaciones.

–Son las cinco de la tarde –digo.

–Para cuando salga del cine, será de noche –dice.

Me encojo de hombros.

–Puede que su marido esté fuera de la ciudad –digo.

–¿Y por qué va a estar fuera? ¿Acaso es viajante? –dice.

Unas manzanas más allá, nos encontramos con la señora Grossman, otra vecina del bloque de pisos. La mujer va muy arreglada y se ha maquillado a conciencia; como poco, tiene ochenta años.

–Dime –le dice a mi madre–. ¿Es verdad que Lionel Levine ha muerto?

–Sí –contesta secamente mi madre–. Ha muerto.

–¿Murió solo?

–Sí, murió solo.

–Dime –dice la señora G. en un tono zalamero–, ¿era un *buen* hombre?

–No –dice mi madre categóricamente–. No era un buen hombre.

–Oh... –responde la señora G., chasqueando la lengua con falsedad–. ¡Qué lastima! ¡Es una auténtica lástima!

–Nadie la traga –dice mi madre cuando la mujer todavía puede oírla.

Entonces vemos a Boris, un viejo izquierdoso que a media manzana de distancia ya empieza a blandir el puño ante nosotras.

–¡Esos cabrones! –grita–. ¿Has oído lo que han hecho esos cabrones de Washington?

–No, Boris –dice mi madre en voz alta–. No lo he oído. ¿Qué han hecho ahora esos cabrones de Washington? –Achica los ojos–. Se cree –me dice antes de que Boris llegue hasta nosotras– que aún estamos en 1948.

La miro sin decir una palabra. Echa la cabeza hacia atrás, como haciéndome frente.

–Vale, vale –dice–. Ya sé lo que estás pensando.

Permanezco en silencio.

Cuando llegamos a la manzana siguiente, explota:

–¡No puedo evitarlo! ¡Esta gente!

–Siguen sin ser las personas adecuadas, ¿eh, mamá?

Dos chicas rusas en la calle Treinta y Cuatro.

Una da un pisotón en el suelo:

–*Nyet Grisha!*

Mentalmente, yo doy otro pisotón: «¡George no!».

Hace varios años que tengo una fotografía famosa de Robert Capa colgada en el corcho que hay frente a mi escritorio. La tomó en 1948 en una playa de Francia, y muestra a una joven sonriente con un vestido de algodón y un enorme sombrero de paja que avanza por la arena mientras un hombre mayor de aspecto robusto camina tras ella sosteniendo una sombrilla sobre su cabeza: la reina y su esclavo. La joven es Françoise Gilot y el viejo, Pablo

Picasso. Como Robert Capa era un artista, la fotografía está cargada de complejidad emocional. Lo primero que registra el espectador es el triunfo iluminado desde dentro de la sonrisa de Gilot; y justo detrás, la actitud amable y servil de Picasso. Pero sigan mirando y verán en los ojos de Gilot que ella cree que su poder es eterno; y entonces verán la fría mundanidad que se oculta tras la fingida deferencia de Picasso. Le da a uno de lleno: Gilot es Ana Bolena en su momento de gloria y Picasso, el rey que se deja llevar por sus apetitos hasta aburrirse de ella.

La fotografía es tan viva que resulta sobrecogedora: emociona y horroriza al mismo tiempo. Muchos días ni siquiera la miro, pero los días en que sí lo hago, nunca deja de causarme dolor y placer a partes iguales. El problema es que sea a partes iguales.

Daniel me ha llamado para decirme que Tomas tiene cáncer. Hace tres o cuatro años que no veo a Tomas ni sé nada de él, pero la noticia me ha dejado sin aliento. Todos crecimos juntos en aquel vecindario del Bronx, un grupo de diez o quince niños destinados a hacernos compañía los unos a los otros desde la escuela primaria hasta la universidad. Cuando empezamos a encaminar nuestras vidas, la mayoría ya nos habíamos distanciado, aunque nos seguimos la pista durante años, puesto que aquel grupo estaba formado por la gente con la que habíamos compartido nuestros primeros sentimientos eróticos, nuestra primera amistad atesorada y traicionada, la primera muestra de un privilegio misteriosamente concedido y con el mismo misterio retirado. Tomas fue un miembro especial del grupo, porque fue quien manifestó los primeros indicios de angustia existencial.

Había llegado al grupo cuando teníamos unos doce años: era huérfano y extranjero. Había nacido y crecido en Italia, y cuando sus padres murieron en un accidente de tráfico en algún lugar de Europa, lo enviaron a Estados Unidos, como si fuera un paquete, a casa de una tía que vivía en el bloque de apartamentos que había al lado del nuestro. Un día apareció allí –moreno, callado, serio– y se quedó de pie tan tranquilo junto a un grupo de chicos que jugaba a la pelota en mitad de la calle: mirando, simplemente mirando. Al día siguiente, apareció otra vez; y también el de después. Moreno, callado, serio. Años después, me contó que no hablaba porque apenas sabía hablar inglés; pero incluso cuando aprendió, su inquietante silencio nos continuaba

afectando de una manera extraña: todos y cada uno de nosotros sentíamos la imperiosa necesidad de hacerle hablar.

Hijos de inmigrantes obreros que no tenían ni el tiempo ni las ganas de prestarnos la debida atención, en la calle nos comportábamos como salvajes para reconocernos en las reacciones que provocábamos los unos en los otros. Nuestros juegos no eran exactamente juegos, eran ejercicios en los que la fuerza, el ingenio, la astucia o la ingenuidad determinaban a diario el lugar de cada uno en la jerarquía del valor y el respeto de la única sociedad que importaba: la de los niños de la calle. Tomas se mantenía al margen de todo aquello. Como todos los demás, bajaba a la calle cada día después del colegio, pero nunca participaba en los juegos de pelota, en los juegos de palabras o en las peleas; simplemente, se quedaba de pie en la acera, observando. Cuando uno de nosotros le hablaba, algo que sucedía a menudo, él respondía con monosílabos.

Lo normal es que un niño así fuera ignorado o rechazado abiertamente, pero, paradójicamente, la distancia de Tomas nos atraía como un imán. Había un extraño encanto en su alejamiento. Ninguno de nosotros podría haber dicho por qué, pero todos, tanto los chicos como las chicas, nos habíamos propuesto que Tomas reaccionara. En cierto sentido, su actitud implicaba un juicio: como si nos estuviera evaluando y no diéramos la talla. De un modo inconsciente –esto es algo que pienso ahora– todos los niños empezamos a sentir que si hubiéramos sido mejores, más inteligentes, más interesantes o hubiéramos mostrado más carácter o agallas, Tomas se habría unido al grupo; pero, como no había sido así, Tomas había decidido mantenerse lejos de nosotros.

Cuando nos hicimos mayores –adolescentes que se juntaban en la calle, en la tienda de chucherías o en la entrada de alguna casa cuando hacía mal tiempo–, siguió pasando lo mismo. Para entonces, nuestros juegos consistían principalmente en sostener discusiones acaloradas durante horas en las que al menos dos de nosotros adoptábamos posiciones contrarias y el resto se lanzaba tumultuosamente a apoyar un bando o el otro. Todos salvo Tomas, que seguía viniendo, aunque se mantenía al margen, y cuya aprobación seguíamos deseando. En mitad de la discusión, uno de nosotros siempre acababa volviéndose hacia él y le preguntaba: «¿Y tú qué opinas, Tomas?». Tomas, a su vez, o bien negaba con la cabeza con aire sombrío, como

diciendo «Anda que sois increíbles», o asentía muy despacio, como si diera su aprobación con reticencia.

Más de una vez, sin embargo, cuando la conversación se volvía demasiado ofensiva –como ocurría cuando nuestras escasas capacidades intelectuales empezaban a fallar–, Tomas nos sorprendía con algún comentario, no sobre ningún aspecto en particular de la discusión, sino sobre nuestra violencia verbal. Nunca adoptaba ninguna posición ni defendía ninguna opinión, pero arrugaba la frente, su boca empezaba a moverse y, con cara de desconcierto, decía en voz baja: «Esto no está bien, no está bien». Cuando aquello ocurría –aunque ninguno habría podido decir por qué–, las voces enfrentadas se apagaban y todos volvíamos a analizar la situación con otros ojos. Así es como Tomas se convirtió en nuestro Salomón: el árbitro de la justicia moral. Cuanto más nos implicábamos, más recurriamos a Tomas para que mediara cuando la discusión se nos iba de las manos; cuanto más acudíamos a él, más nos preocupaba que su sentencia nos fuera favorable. Y todo porque nunca participaba.

Para las mujeres, Tomas enseguida se volvió irresistible, aunque él tampoco participó nunca en ese juego. Desde que cumplió los dieciocho, siempre andaba rodeado de un enjambre de adolescentes y mujeres maduras, y a todas las trataba con la más absoluta cortesía, tanto si se acostaba con ellas como si no; todas estuvieron convencidas, al menos durante un tiempo, de que serían la excepción que confirmaría la regla; ninguna logró hacer mella en su desapego.

No sé cuándo se me ocurrió que la experiencia de pérdida que Tomas había sufrido a una edad tan temprana –padres, idioma, incluso patria– no bastaba para explicar por qué era como era; más bien, empezó a parecer que aquellas pérdidas eran el correlato objetivo de una manera de ser cuyo origen estaba en otra parte. Entonces, un día, me di cuenta de que no se mantenía a distancia de nosotros, sino de sí mismo, puesto que su carácter se había formado en un tiempo y un lugar remotos, y recuerdo haber pensado entonces (como pienso ahora) que Tomas era una de esas personas destinadas casi desde su nacimiento a ser un extraño para sí mismo.

Lo que presenciábamos de niños fue el primer indicio de ese tipo de alejamiento interior que, más adelante en la vida, uno reconoce como primario por propia naturaleza. En los años que siguieron a la vida en el Bronx, yo y prácticamente todas las mujeres que conocía nos enamoramos al

menos una vez de Tomas, siempre con la vana esperanza de que *nuestro* calor fuera el que penetrara de lleno en su frialdad; vana, porque ningún amor puede derrotar la fuerza del *tsunami* de esa melancolía primigenia.

No podíamos comprender nada de esto cuando éramos niños, aunque sí podíamos percibirlo y, oportunamente, lo vivíamos como una amenaza a nuestra propia humanidad. Teniendo en cuenta que todos proveníamos de una estirpe de campesinos robustos –en buena parte propensos a la superstición–, es bastante sorprendente que lucháramos contra aquella amenaza valiéndonos de la seducción en lugar de molerla a golpes.

Una vez, cuando teníamos cuarenta y tantos años, Tomas me dijo: «Siempre he tenido un efecto extraño sobre la gente. Como si hubiera algo en mí que quisieran comprender, algún secreto que creyeran que les escondo. Nunca he entendido por qué. He intentado decirles, sobre todo a las mujeres, que lo que ven es lo que hay. No hay más. Pero no me creen. Siempre piensan que hay algo más. Pero no lo hay. Créeme. *No lo hay*».

Le creí, y traté de explicarle no sólo el efecto que tenía sobre nosotros cuando éramos niños, sino también que yo había tardado media vida en comprenderlo; y eso, le dije, había ocurrido sólo porque, con el paso de los años, había visto indicios de esa peligrosa desconexión en mi interior. Pobre diablo, no tenía ni idea de qué le estaba hablando. Se quedó allí mirándome como en los viejos tiempos.

Una tarde de viernes primaveral, coches que se aproximan de todas direcciones se ven obligados a detenerse en el centro de Abingdon Square; entre ellos, una rata corre frenéticamente de acá para allá. Un hombre aparece por la esquina más cercana adonde estoy, como hipnotizado. Tiene cuarenta y tantos años, lleva unos pantalones cortos de color caqui, una camisa de manga corta azul intenso y una bolsa del supermercado orgánico Whole Foods en cada mano. Su mata de pelo castaño está empezando a encanecer y sus rasgos son extremadamente delicados; parpadea con preocupación tras sus gafas de diseño.

–¿Qué es lo que pasa? –me pregunta a gritos.

Localiza el lugar que le estoy señalando.

–¡Oh! –dice sin entusiasmo–. Una rata *neur-rótica*.

–O el preludio de una plaga –digo.

–Ese comentario no es muy tranquilizador.

Durante unos instantes, el hombre parece meditar. Después, niega con la cabeza.

–Pobre bicho. Busca una salida cuando no la hay. Créame. Lo sé.

Se echa al hombro sus sofisticadas provisiones y continúa su camino, ahora cargando con la inútil sabiduría a la que rara vez tiene que enfrentarse.

Deambulando sin rumbo por el Metropolitan Museum, voy a parar a la sección egipcia. Es época de vacaciones –¿qué demonios me ha empujado a venir aquí hoy?– y el museo está plagado de turistas: cada vitrina está rodeada de hombres, mujeres y niños armados con esas terribles cápsulas de cultura grabada en cintas cuyos auriculares emiten un zumbido siniestro a los que se encuentran a menos de tres metros de ellos. En este momento odio la democracia.

Pero entonces las hordas se marchan y me encuentro frente a una pequeña estatua de madera recubierta de pan de oro, con los ojos perfilados de kohl. Es la imagen de una joven diosa (se llama Serket) cuya labor era proteger los intestinos que habían sido extraídos del cuerpo momificado de Tutankamón y colocados en un pequeño ataúd dorado hecho a su imagen. La diosa es increíblemente hermosa; sus pechos, sus hombros y su estómago son curvas de ternura esculpida. Está de pie y tiene los brazos delgados extendidos, como si conjurara la oscuridad en la que Tutankamón está entrando para dejar que la pureza de espíritu de su fragilidad humana interceda por él. De un modo que no espero, me conmueve tan profundamente que el ruido a mi alrededor se desvanece y en el repentino silencio siento que las lágrimas salen a raudales no de mis ojos, sino de un lugar mucho más hondo en mi interior.

Aunque estoy a solas con la diosa, y no hay nadie a quien pueda decirle nada, siento que no tengo palabras: soy incapaz de encontrar las palabras para describir la sobrecogedora emoción que este pequeño pedazo de madera y pan de oro ha despertado en mí. Una terrible melancolía me abate. De nuevo, como me ha ocurrido con frecuencia a intervalos irregulares durante toda mi vida consciente, tengo esa inquietante sensación de que un lenguaje enterrado a mucha profundidad me recorre los brazos, las piernas, el pecho, la garganta. Si lograra que llegase al cerebro, tal vez podría empezar la conversación que tengo pendiente conmigo misma.

Bajando a medianoche por la Novena Avenida, justo después de la calle Cincuenta y Siete, el autobús aminora el paso a causa del tráfico (nunca falta en Nueva York), y veo a una pareja a la entrada de un bar White Rose.* Están de espaldas, pero puedo distinguir que no tienen buen aspecto y se tambalean. El hombre agarra a la mujer del brazo y tira de él mientras ella trata torpemente de abrir la puerta del bar. Como no puede zafarse, ella se vuelve hacia el tipo y veo su rostro maltrecho mientras sus labios articulan: «¿Qué es lo que quieres?». Él, creo, no responde, se limita a zarandearla. Veo esa mano que toquetea inútilmente a la mujer y puedo sentir la desesperación del hombre en la rigidez de su cuello. «No sé lo que quiero», dice el cuello, «pero quiero».

Pienso: «¿No sabéis que tenéis que ser más atractivos de lo que sois para montar este numerito?».

No. No lo saben.

Me encontré con Gerald en el Midtown.

–¡Me utilizaste! –gritó.

–No lo bastante –dije.

Se quedó allí de pie mirándome, mientras los recuerdos le nublaban la vista.

–De todas formas, ¿qué fue todo eso? –preguntó con cansancio.

–Cariño –dije–, nunca podría haber funcionado. Estaba encaminada a... donde estoy ahora.

–¿Qué es lo que te pasa? –argumentó–. ¿Por qué convertiste nuestra relación en una hecatombe? ¿Por qué te dedicaste a montar numeritos hasta que no me quedó en la boca más que el regusto de tu infame insatisfacción?

Sentí que los ojos se me giraban hacia dentro, hacia esa opacidad espesa y blanca que envuelve mi corazón en cuestiones de amor erótico.

–No puedo estar con hombres.

–¿Qué mierda quiere decir eso? –preguntó.

–No estoy segura.

–¿Cuándo estarás segura?

–No lo sé.

–¿Y qué haces mientras tanto?

–Tomo notas.

El hábito de la soledad persiste. Leonard me dice que si no la convierto en una soledad útil, seré la hija de mi madre por siempre jamás. Tiene razón, por supuesto. Uno se siente solo por la ausencia del otro idealizado, pero en la soledad útil *yo* estoy aquí, haciéndome compañía imaginaria, insuflando vida en el silencio, llenando la habitación con pruebas de mi propio ser sensitivo. Aprendí a formular esta percepción gracias a Edmund Gosse. En sus notables memorias, *Padre e hijo*, Gosse describe cómo a la edad de ocho años, tras pillar a su padre en una falsedad, el niño se siente absolutamente turbado. Si papá no lo sabe todo, se pregunta el niño, entonces ¿qué es lo que sabe? ¿Y qué tengo que hacer con lo que dice? ¿Cómo puedo decidir qué creer y qué no? En medio de esta confusión, de repente se da cuenta de que está hablando consigo mismo. Gosse escribe:

Durante aquella crisis, de todos los pensamientos que se agolparon en mi pequeño cerebro primitivo y subdesarrollado, el más curioso es que había encontrado un compañero y un confidente en mí mismo. Había un secreto en este mundo, y este secreto me pertenecía a mí y a alguien que vivía en el mismo cuerpo que yo. Éramos dos, y podíamos hablar el uno con el otro [...]. Fue un gran alivio encontrar en mi pecho a alguien que me comprendía.

A finales del siglo XIX, hombres de genio literario escribieron libros fantásticos sobre mujeres en la época moderna. En menos de veinte años aparecieron *Jude el oscuro* de Thomas Hardy, *Retrato de una dama* de Henry James, *Diana of the Crossways* [Diana de Crossways] de George Meredith; pero por muy inteligentes que fueran estas novelas, *Mujeres sin pareja** de George Gissing fue la que me interpeló de forma más directa. Veía y escuchaba a los personajes como si se tratara de hombres y mujeres que conocía. Incluso más, me reconocía como una de las mujeres «singulares». Cada cincuenta años desde la época de la Revolución francesa, se había descrito a las feministas como mujeres «nuevas», mujeres «libres», mujeres «liberadas»; pero Gissing había encontrado el término adecuado. Éramos mujeres «singulares».

La novela transcurre en Londres en 1887. Mary Barfoot, una dama de cincuenta y tantos años, dirige una escuela de secretarias en la que prepara a

jóvenes de clase media para ocupaciones distintas a las de institutriz o maestra. Su colega es Rhoda Nunn, de treinta años y una belleza oscura, extremadamente inteligente, intransigente en lo que respecta a su abierto desprecio hacia lo que ella llama la esclavitud del amor y el matrimonio; no se puede esgrimir ningún argumento a favor de la unión legal para el que Rhoda no tenga una réplica instantánea.

Entra en escena Everard Barfoot, el primo listo, acaudalado y resuelto de Mary, cuyo pulso intelectual con Rhoda (que es el gran mérito del libro) va adquiriendo cada vez más carga erótica. La historia de estos dos personajes es la que Gissing traza con habilidad, paciencia y comprensión. ¿Qué, pregunta el libro, deben ser los hombres y las mujeres, tanto para sí mismos como los unos para los otros?

Rhoda y Everard creen que se han consagrado a lograr la auténtica alianza entre los sexos, pero en el análisis final, ambos emprenden un viaje interior al ritmo de dos pasos hacia delante y uno hacia atrás que da cuenta del paso de tortuga al que progresa el cambio social.

La inteligencia de Barfoot lo convence de que lo que busca en el matrimonio es una compañera: «Para él, el matrimonio debe [...] significar [...] el estímulo mutuo de mentes vigorosas [...]. No importa cómo sea la dama, si tiene cerebro y sabe cómo usarlo [...], el intelecto es lo más importante». Pero, al mismo tiempo, su instinto de dominio es más fuerte. Aunque la inteligencia de Rhoda le proporciona placer, se deleita pensando en si «una contienda entre su voluntad y la de ella podría constituir un divertimento de su gusto [...]. Le complacería mucho enfurecer a Rhoda y después retenerla por la fuerza, adueñarse de sus sentidos, ver cómo sus largas pestañas caen sobre aquellos elocuentes ojos».

En cuanto a Rhoda —que está completamente convencida de que las mujeres deben convertirse sobre todo y ante todo en «seres humanos racionales y responsables»—, se pronuncia con frecuencia sobre su postura con una brusquedad defensiva que delata su propia ignorancia emocional. Cuando Barfoot reprende su orgullosa severidad —«tal vez sea usted demasiado estricta con la debilidad humana»—, ella replica fríamente: «La debilidad humana es una excusa de la que se ha abusado mucho, y por regla general, con espíritu interesado». A Everard le sorprende esta respuesta, pero también le hace sonreír. La sonrisa asusta a Rhoda, que responde con grosería —«Señor Barfoot [...], si quiere hacer gala de sus dotes para la ironía, más le

valdría escoger a otra persona»—, aunque en realidad esta conversación los excita a ambos.

La atracción entre ellos se fundamenta en el clásico antagonismo del deseo sexual en su punto más emocionante y agotador. Despojados de ternura o comprensión, acaba por desgastar los nervios; al final se consume a sí mismo en el amor propio y la escisión de uno mismo. Un año y muchas conversaciones asombrosas después, cuando sus sentimientos por Rhoda han crecido considerablemente, Barfoot sigue dividido: «Aunque la amaba como nunca pensó que amaría a nadie, todavía conservaba en gran medida el carácter con el que la había cortejado al principio, y sólo podría sentirse satisfecho si ella se rendía incondicionalmente». Simultáneamente, Rhoda —cuyos sentidos se han despertado por primera vez en la vida— está perdiendo a toda velocidad la seguridad que le brindan sus presuntuosas certezas. Ahora que se siente abiertamente atraída hacia Everard, es presa de la ansiedad cuando piensa en ceder al deseo. La inseguridad y la agitación se vuelven sus compañeras cotidianas.

Al final, independientemente de los argumentos que esgrimen, a Everard lo derrota la necesidad de dominar y a Rhoda, la humillación que le provoca haber perdido la confianza en sí misma. Él opta por un matrimonio convencional y ella consigue una independencia sin sexo. Durante unos breves instantes, una pequeña parte de ambos había llegado a aceptar que no es fácil luchar por conseguir la integridad necesaria para formar una «nueva» alianza, pero después había acabado volviendo a ese lugar del espíritu en el que es aceptable dejar de hacer el esfuerzo.

Tras seguir las peripecias de Rhoda Nunn, aterrada por sus emociones e inflamada por sus polémicas, comprobamos que nunca habría sido capaz de lidiar con las consecuencias derivadas del conflicto entre ella y Barfoot. Su confusión es lo que la hace tan real. La Sue Bridehead de Hardy, la Isabel Archer de James, la Diana de Crossways de Meredith son todas unas criaturas magníficas —y también están confusas, por así decirlo—, pero es Rhoda con quien me siento identificada e identifico a otras mujeres de mi generación, lisa y llanamente. Ningún otro escritor ha captado la evolución de nuestra inteligencia, de nuestras preocupaciones, de nuestra bravuconería, de un modo tan preciso como lo ha hecho Gissing al colocar a Rhoda en algunas situaciones muy reconocibles. Imaginen (yo puedo hacerlo sin problemas) la ignorancia que se esconde tras esa gélida pasión con la que, habiendo

vislumbrado la luz feminista, pronuncia con orgullo: ¿un amor sin igualdad? ¡Viviré sin él! ¿Hijos y maternidad? ¡Son innecesarios! ¿Censura social? ¡Tonterías! Entre el ardor de la retórica de Rhoda y los dictados de la descarnada realidad hay una tierra de nadie de convicciones no probadas. Qué fácil era –para nosotras igual que para Rhoda– gritar enfadadas: «¡A la mierda con todo!». Qué humillante sentir la fuerza incontrolable del sentimiento que sistemáticamente mina esas provocadoras simplicidades. Mientras Rhoda avanza inexorablemente hacia el momento en el que se traicionará a sí misma, se transforma en la viva encarnación de la brecha que existe entre la teoría y la práctica: ese espacio en el que tantas de nosotras nos hemos encontrado una y otra vez.

A veces pienso que para mí esa brecha se ha convertido en una profunda grieta por cuyo fondo vago, como en un peregrinaje, con la esperanza de ser capaz de escalarla hasta alcanzar el nivel de la superficie antes de morir.

Una iglesia de mi barrio organiza un comedor social. Cada mañana, una cola de hombres (nunca veo a ninguna mujer) se extiende desde la puerta de la iglesia hasta el final de la calle y dobla la esquina. Muchos de estos hombres apenas se tienen en pie –esta mañana he visto a uno con los ojos fuera de las órbitas y a otro medio desnudo vestido con un chubasquero demasiado pequeño para poder cerrárselo–, pero siempre hablan en voz baja entre ellos, se intercambian periódicos y respetan el sitio de cada uno en la cola si alguno se ausenta un momento; todo mientras observan pacientemente la puerta abierta de la iglesia.

A mediados de la década de los treinta del siglo xx, un periodista llamado Orville John cubrió la huelga de recolectores de fruta en el Imperial Valley de California, y se sintió tan conmovido por la dignidad de los huelguistas que los describió como hombres con «unos rostros derrotados dignos de Miguel Ángel». Hoy la cola de la iglesia me ha traído esa memorable frase flotando a la mente.

Anoche, durante la cena, le estaba contando a Leonard que acababa de ver una película de principios de los años treinta en la que la protagonista era una aviadora de la que se enamora locamente un adinerado hombre de negocios.

Su espíritu, su valor, su pasión por la aviación: todo lo desarma. Al principio, la piloto se siente flotar: va a tenerlo todo; pero en cuanto se casan, su amante le pide que deje de volar. Ahora que es su mujer, es demasiado valiosa para que ponga en riesgo su vida. Descubrimos que para el hombre de negocios la capacidad de la esposa de pilotar un avión era el equivalente a la belleza en otras mujeres: una carta que le daba ventaja sobre otras a la hora de atraer a un marido respetable y protector. Ahora que *ya* lo había conseguido, no tenía ningún sentido que siguiera volando.

Realizada antes de que el código de la decencia entrara en vigor, la película está maravillosamente bien escrita –es decir, se trata de un guion maduro– y las actuaciones tienen el punto justo de coraje, glamur y dolor.

–¿Cómo es posible –le pregunto a Leonard– que tras cuarenta años de políticas de liberación no seamos capaces de hacer algo tan ingenioso como esta película? No hay una sola película, obra de teatro o novela con diálogos tan buenos sobre cómo vivimos hoy día.

–Es simple –dice Leonard–. Una vez que el conflicto se vuelve público, la política prospera y el arte decae. Personas como nosotros acaban mirando en internet una imagen de un puño levantado, un lacito rosa o un tatuaje políticamente correcto.

Mi madre recibió la invitación al almuerzo anual de benefactores de la Filarmónica y me invitó a que la acompañara. Su asistencia cada año a este almuerzo es motivo de broma en la familia.

Cuando ya llevaba treinta años suscrita a los conciertos de la tarde de los viernes en la Filarmónica, la invitaron –a ella, que vivía de la Seguridad Social y una exigua pensión del sindicato– a almorzar con el relaciones públicas de la orquesta. Mi madre pensó que querían darle las gracias por haber sido una leal amante de la música, pero resultó que la estaban cortejando como una posible mecenas que recordaría a la Filarmónica en su testamento. Cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando, dijo:

–¡Ah! Así que es mi *dinero* lo que buscan. Está bien, les dejaré doscientos dólares.

El relaciones públicas, acostumbrado a donaciones de miles de dólares, estaba perplejo.

–¿*Doscientos*? –repitió, incrédulo.

–Bueno –respondió mi madre indignada–, quinientos.

Al parecer, en ese momento ambos fueron conscientes de la magnitud del malentendido y estallaron en una ruidosa carcajada. Allí mismo, el relaciones públicas hizo a mi madre Amiga de la Filarmónica, y desde entonces ha recibido una invitación al almuerzo anual de benefactores.

En el comedor del Lincoln Center, la presentación ya ha comenzado. Este mismo relaciones públicas está de pie frente a una pizarra llena de números; tiene un puntero en la mano y se dirige a todos los invitados de la sala. Hombres y mujeres ocupan las pequeñas mesas redondas y, aunque van engalanados con trajes azules y vestidos de seda, su aspecto no es muy distinto del de mi madre, que va vestida de poliéster. La edad mide a todos con el mismo rasero.

Mi madre se sienta en una silla vacía, tira de mí hasta la que hay a su lado y llama imperiosamente al camarero para que le traiga una ensalada de pollo.

–Y cuando mueran –dice el hombre de la pizarra–, la Filarmónica podrá obtener la cantidad que ustedes hayan donado con estas deducciones que les he comentado. Si eligen el plan B, es posible que sus hijos aleguen que perderán cuarenta mil dólares en costes tributarios y fiscales. Pero –sonríe ampliamente a la audiencia– ése es un problema de fácil solución. Contraten una póliza de seguros y *déjenles* cuarenta mil dólares más.

Mi madre me mira divertida; después, resopla y lanza una ruidosa carcajada mientras el relaciones públicas sigue ilustrando a los presentes sobre cómo dejar cien mil dólares limpios a la famosa orquesta. La gente se vuelve para mirarla, pero a ella le da igual: se lo está pasando bomba. He aprendido a mantener la calma en estas situaciones.

Cuando terminamos de comer, se levanta sin vacilar y se apresura a colocarse en la cola de invitados que se ha formado para estrecharle la mano al relaciones públicas. Cuando éste la ve, la toma afectuosamente de la mano y le dice en tono audible:

–¡Hola! ¿Cómo está?

–¿Sabe quién soy? –le pregunta mi madre con coquetería.

–Por supuesto –dice él sinceramente.

Ella se queda parada con una sonrisa de oreja a oreja. Él sabe quién es. Es la mujer que ha vencido al sistema. No tiene dinero, pero ahí está, con un ojo puesto en los nuevos ricos mientras éstos espolvorean parte de sus ganancias

ilícitas sobre la cultura. Es el punto álgido de la mañana, el triunfo del día; después de algo así, todo es anticlímax. Intenté por todos los medios que mi madre fuera feminista, pero esta mañana compruebo que, para ella, nada es más importante en este mundo que la lucha de clases. No importa. Al final, para sentirse estimulado, una cosa es tan buena como la otra.

Una tarde lluviosa entre semana compro una entrada para una reposición del musical de Broadway *Gypsy*. Con la inflación que hay, aún me siento en el gallinero. Da igual. Desde el momento en que la música empieza a subir desde el foso y vuelvo a escuchar su romántico sonido antirromántico –el sonido de todos los musicales que nunca se escribieron, como solía decir Leonard–, empiezo a fundirme en la deliciosa calidez de la nostalgia y me preparo para abandonarme al deleite. Para mi sorpresa, el placer no acaba de llegar, y conforme avanza el espectáculo un dolor parecido al del síndrome de abstinencia ocupa el lugar del placer que esperaba. Al parecer, he olvidado lo duro que es *Gypsy*, lo viscerales que son sus resentimientos y lo implacables que son sus amargos redobles. Pensándolo bien, puede que no lo haya olvidado, sino más bien que ya no soy el público adecuado para esta obra que siempre he considerado un icono.

La primera vez que vi *Gypsy*, tenía veintitantos años y Ethel Merman hacía de Rose, la madre más ruin que haya pisado jamás un escenario. Merman era una de las mejores cantantes de la época, y también una actriz excelente. En su actuación no había ninguna sombra, nada que matizar ni objetar. Era una fuerza natural en el escenario –cruda y sobrecogedora–, y yo la adoraba. La adoraba con un amor intenso y apremiante que me asustaba y estimulaba al mismo tiempo. El sonido apasionado, audaz e incontrolable de aquella vulgar insistencia, ¡su impulso puro! Lo conocía muy bien. Había crecido con él. Rose era un monstruo –Leonard la llama la Hedda Gabler judía– y aquello era evidente, cualquiera podía verlo: fiera, ignorante, ávida. Sí, sí, sí. Ahí estaba yo, una universitaria que acababa de salir del gueto de los inmigrantes, sintiendo que el mundo pertenecía a cualquiera menos a mí, y ahogándome en una energía que surgía de un lugar tan profundo que dictaba sus propias leyes; la sensación de que se había reprimido mi naturaleza era tan fuerte que podría haber incitado a un anarquista a lanzar bombas. Cuando la melodía de «Rose's Turn» llegó hasta el gallinero, la cabeza casi me estalla de alegría al

reconocerme en ella, y nada podía hacer que aquella alegría disminuyera o pareciera injustificada. Rose era un monstruo. ¿Y qué? Era *mi* monstruo. Estaba allí actuando para mí. Años después vi una película en el cine sobre la explotación de los negros y, mientras el protagonista acribillaba en la pantalla a todos los que tenía a tiro y yo oía cómo la gente a mi alrededor gritaba: «¡Sí, sí, sí!», comprendí en mis propias carnes el júbilo homicida del público. Al fin y al cabo, había visto a Ethel Merman acribillar a todos y había sentido lo mismo.

La genialidad de *Gypsy* –la historia de una famosa estríper y de su atroz madre– está en su punto de vista; es un punto de vista que te obliga a escuchar la música de Jule Styne «dos veces»: la primera vez, disfrutas del cinismo infantil de «Let Me Entertain You»; la segunda, el increíble desprecio que emana de la canción hace que te encojas en el asiento.

Rose avanza a ciegas, alienando a todos con la velocidad y la potencia de su necesidad, y al mismo tiempo arrastrándolos tras ella. Nadie –ni siquiera ella misma– le parece real pero, aun así, cada adiós es una pérdida intolerable. Hacia el final, cuando hasta el devoto Herbie por fin la abandona, Rose está tan confundida que grita: «¡Estás celoso, como todos los hombres que he conocido! Porque para mí, ¡lo primero son mis chicas!». Esto ocurre cuando está a punto de empujar a su hija Louise a un escenario de *burlesque*, mientras le susurra: «Promételes todo, pero no les des nada». Unos segundos después, Louise se convertirá en la *Gypsy Rose Lee* que sale al escenario, anunciando: «Mi madre me metió en este negocio. Me dijo: “Promételes todo, pero no les des nada”». Entonces, mira con sorna a los hombres desquiciados que están frente a ella y les dice: «Pero yo os lo daré todo. Aunque tendréis que suplicar». Ante nuestros ojos ha nacido un monstruo aún mayor.

El momento es descarnado. Vemos qué quería mostrarnos la obra desde el principio: cuáles son las repercusiones humanas de la codicia sin raíces de Rose.

Ahora, décadas más tarde, miro a mi alrededor cuando llega el momento de que suene «Rose's Turn». Todo son rostros jóvenes (blancos y negros, masculinos y femeninos) con la misma expresión que yo también tuve una vez: los ojos brillan, las bocas se abren y gritan: «¡Sí, sí, sí!». Noto que la cara se me solidifica al tiempo que las suyas se vuelven incluso más flexibles,

y me descubro pensando: «Es imposible escapar de esto, sólo es posible atravesarlo».

Es el gen de la anarquía, que vive en cualquiera que haya nacido en la clase equivocada, con el color de piel equivocado o con el sexo equivocado; sólo que en algunas personas permanece dormido, mientras que en otras provoca una hecatombe. Nadie lo sabe mejor que yo.

En la década de los setenta del siglo xx, en una época en la que el malestar social parecía hacer erupción por todas partes en Estados Unidos y miles de personas adoptaban el discurso y las tácticas de la rebelión antisocial, me uní a la enfervorizada intemperancia del feminismo radical que estaba estallando: «¡El matrimonio es una institución opresiva!», «¡El amor es violación!», «¡Durmiendo con el enemigo!». Cuando me paro a pensarlo, me doy cuenta de que nosotras, las feministas de los setenta y los ochenta, nos habíamos convertido en unas anarquistas primigenias. No queríamos una reforma, ni siquiera queríamos una compensación; sólo queríamos reventar el sistema, destrozarnos el orden social, sin importarnos las consecuencias. Cuando nos preguntaban (y lo hacían constantemente): «¿Y los hijos? ¿Y la familia?», nosotras gruñíamos (o gritábamos): «¡A la mierda los hijos! ¡A la mierda la familia! Éste es el momento de exponer nuestros agravios y conseguir que los demás se sientan como nosotras. Lo que pase después no nos importa».

Ahí estábamos nosotras, mujeres de la clase media que acata las leyes, hablando, en aquel momento crucial de revuelta inminente, como insurrectas profesionales, cuando en realidad sólo éramos como Rose: mujeres que piden su turno para hablar.

Viendo *Gypsy*, la palabra «sólo» me deja un regusto a ceniza en la boca.

El otro día me pareció ver a Johnny Dylan sentado en un banco de Madison Square Park. Es imposible, por supuesto, porque está muerto, pero fue un momento tan vívido que inmediatamente recordé cuánto había llegado a significar en mi vida.

Hace diez o quince años, nos encontrábamos de casualidad todo el tiempo por el barrio –bien en Greenwich Avenue, o en Sheridan Square, o en la esquina de la Quinta y la Catorce–, y cuando eso ocurría, ambos nos deteníamos inmediatamente. Yo decía hola, él asentía con la cabeza a modo de saludo y durante un momento nos quedábamos mirándonos el uno al otro

con una sonrisa. Después yo preguntaba: «¿Cómo estás?», y esperaba tranquilamente mientras la voz de Johnny se esforzaba por encontrar un registro en el que las sílabas que se le atravesaban en la garganta pudieran liberarse, una a una, para convertirse en palabras.

Fue John Dylan quien me enseñó a esperar. Por entonces tendría unos sesenta años y era más bajo y más delgado de lo que había sido, pero sus ojos azules brillaban con una especie de hermosa seriedad y su estrecho rostro reflejaba la sabiduría que otorga la paciencia impuesta. A veces, el silencio atrapado en aquella paciencia parecía inmenso, y podía entrever que él estaba aún más solo que cualquiera de nosotros.

Había sufrido un ictus que lo había dejado afásico y que de un plumazo había acabado con una de las carreras actorales más impresionantes del teatro neoyorquino. En los ochenta y en los noventa, el Public Theatre había sido su territorio y los monólogos de Beckett, su seña de identidad. Tristes y magistrales, eran la obra de un hombre con un dominio completo del texto. Tras el ictus, John volvió de entre los muertos con una fuerza de voluntad y una disciplina que eran la prueba palpable de cómo –tanto en cuerpo como en espíritu– se hace realmente el arte; pero nadie esperó nunca volver a escuchar las palabras del gran dramaturgo irlandés de aquellos labios torcidos.

Durante años, Johnny había vivido en Westbeth, el edificio de los Laboratorios Bell en el Village que en 1970 convirtieron en viviendas subvencionadas para artistas. El lugar ocupa una manzana cuadrada; la parte de atrás da a la West Side Highway y al río Hudson –el estudio de Johnny tenía vistas al río– y es hogar de multitud de pintores, bailarines y escritores, muchos de los cuales habrían dependido de subsidios en incontables ocasiones de no haber sido por los bajos alquileres del Westbeth.

Siempre he pensado que aquellos apartamentos junto al río son un reflejo de las oleadas de promesa y desolación que el mismo edificio parece inducir. Un sábado por la noche de primavera, cuando la corriente circula rauda por las ventanas abiertas, las luces perfilan los barcos, los rascacielos resplandecen en el agua y se escuchan risas al otro lado de la puerta del estudio, estas habitaciones se impregnan de la sensación de eternidad de Nueva York; y un domingo por la tarde de invierno, cuando el río está gris y congelado, no se ve un alma y la ciudad es una abstracción, el mismo espacio se llena con una abrumadora soledad que resuena a través de lo que ahora parecen kilómetros de pasillos desiertos al otro lado de la puerta.

Un día, unos años antes de que John Dylan muriera, recibí una invitación para una lectura que iba a hacer en su estudio de Westbeth a las siete de la tarde. «¿Qué narices?», pensé, y fui. Cuando llegué me encontré con veinte o treinta personas sentadas en sillas plegables colocadas en hileras, de cara al río. En un espacio entre las ventanas había una mesa redonda de madera y una silla; sobre la mesa, un flexo y un puñado de hojas manuscritas. Encontré un sitio en una fila intermedia; a mi derecha, había una pared cubierta de libros de arriba abajo.

A las siete en punto, Johnny salió y se sentó en la silla que había entre las ventanas. Colocó las manos sobre los folios manuscritos y nos miró unos instantes. Todas las luces de la habitación se apagaron, salvo el foco que iluminaba la mesa, y John empezó a leer el monólogo de Beckett *Textos para nada*. Su voz –a diferencia de la voz que solía oír en la calle– era notablemente uniforme y no sonaba en absoluto como la voz de un actor que leyera. Era la voz de un hombre que hablaba desde el corazón.

«De repente, no, por fin, después de tanto tiempo», dijo John en voz baja, «ya no podía más, no podía continuar. Alguien dijo: No puede quedarse aquí. No podía quedarme allí y no podía continuar... Cómo continuar... Es simple, ya no puedo hacer nada, eso es lo que estás pensando. Le digo al cuerpo: Venga, vamos, y puedo sentir cómo hace un esfuerzo, ya no lo hace, vuelve a hacerlo hasta que se rinde. Le digo a la cabeza: Déjalo, quédate quieta, el cuerpo deja de respirar, luego vuelve a jadear más fuerte que nunca... Debería mantenerme lejos de todo, lejos del cuerpo, lejos de la cabeza, dejar que lo arreglen entre ellos, dejar que paren, no puedo, soy yo el que debería parar. Ah, sí, parece que somos más de uno, todos sordos, reunidos para el resto de la vida».

Todos nos sentamos más erguidos en nuestras sillas plegables, y los numerosos e insignificantes movimientos del público que todavía no se había metido del todo en la representación se interrumpieron en seco. En aquel silencio reinante, John reanudó su actuación, pero, de repente, su potente comienzo empezó a perder fuelle, y la inestabilidad que siempre acechaba su discurso regresó arrastrándose. La voz empezó a aumentar de volumen cuando debería haber bajado, a romperse cuando debería haberse mantenido firme, a apresurarse cuando debería haberse contenido. Aun así, sorprendentemente, aquella noche la inestabilidad no desentonaba, y la actuación nos atrapó a todos. Poco a poco, me di cuenta de que había sido así

porque John no había opuesto resistencia a la pérdida de control. Era como si hubiera sabido que ocurriría y hubiera previsto una táctica de supervivencia. Estaba dispuesto a dejarse llevar, cabalgarlo; de hecho, aprovecharía cualquier lugar adonde lo condujera.

«¿Cuánto tiempo llevo aquííí?», dijo con voz estridente cuando yo estaba segura de que el texto pedía un tono apagado. Y la estridencia sonó perfectamente.

«Menuda-pregunta», continuó rápidamente. «Una-hora -un-mes-un-año-un-siglo, dependiendo de lo que quisiera decir con aquí, y conmigo, y con llevar y con allí», y aquella velocidad se volvió emocionante.

Una y otra vez, se adentraba en tierras movedizas. Si su voz quería ir a alguna parte, la dejaba ir; si quería hacer algo, se lo permitía. Y Beckett se acomodaba a él. Las palabras de Beckett bailaban, trepaban, gateaban para adoptar el sentido que la voz de Johnny necesitaba que adoptaran, y la obra seguía siendo fascinante. Empezaba, se detenía, avanzaba a sacudidas, volvía a empezar; y la pieza comenzaba a sonar como si hubiera sido escrita para ser leída precisamente aquella noche.

Entonces, un hombre que estaba sentado cerca de la pared alargó la mano hacia las estanterías y encendió un magnetófono. De repente, la voz de John de hacía veinte años, leyendo el mismo monólogo, inundó la estancia. Aquella vitalidad afectada –el inconfundible sonido de «interpretación de Beckett» con pleno control de sí mismo– sobrecogió al público.

«Me he rendido y dado por muerto en todas partes», entonó el John de cuarenta años con una tristeza magistral, «de hambre, de vejez, asesinado, ahogado, y entonces, sin motivo, de tedio, nada como respirar por última vez para insuflarte nueva vida...». La voz del magnetófono hizo una pausa, y nadie dudó de que aquella «pausa» estaba en el guion. «Arriba hay luz», continuó, «los elementos, una especie de luz, suficiente para ver, los vivos encuentran su camino...». Hubo una nueva pausa y confesó elegantemente: «Haber sufrido bajo aquella miserable luz, qué metedura de pata».

En la mesa entre las ventanas, encima del foco de luz, el rostro de John brillaba por el sudor. El magnetófono se apagó y con un murmullo ahogado el hombre de la mesa soltó: «Y si volviera adonde todo se extinguió y continuara desde allí, no, ese camino no conduciría a ningún sitio, nunca condujo a ningún sitio, traté de lanzarme por un acantilado, de desplomarme en la calle, entre los mortales, eso no condujo a nada, me rendí... Sigue

babeando aquí hasta que se acabe el tiempo, susurrando cada diez siglos: No soy yo, no es verdad, no soy yo, estoy lejos... Rápido, rápido, antes de que solloce».

La cinta volvió a ponerse en marcha.

«No sé», observó el John intacto. «Estoy aquí, eso es lo único que sé, y eso sigue sin ser yo, y habrá que apañarse... Dejarlo todo, querer dejarlo todo, sin saber qué significa todo».

El aparato se apagó.

«¿Dónde iría?», dijo con voz ronca el hombre de la mesa, ahora con el rostro bañado en sudor. «¿Si pudiera irme, quién sería, si pudiera ser, qué diría, si tuviera voz, quién diría esto, diciendo que soy yo?». Se detuvo. «No soy yo». Volvió a detenerse. «No soy yo... menuda idea... Sólo estoy yo, esta noche, aquí en la tierra, y una voz que no emite ningún sonido porque no se dirige a nadie». Pausa. «No hace falta ninguna historia, una historia no es obligatoria, sólo una vida, ése ha sido mi error, uno de mis errores, haber querido una historia para mí, mientras que la vida por sí sola basta». Pausa. «Estoy progresando». Pausa. «Estoy aquí». Pausa. «Permanezco aquí, sentado, si estoy sentado, a menudo me apetece estar sentado, a veces de pie, una cosa o la otra, o tumbado, hay otra posibilidad, a menudo me apetece estar tumbado, es una de las tres cosas, o de rodillas». Pausa.

«Lo que cuenta es estar en el mundo, la postura es inmaterial, siempre y cuando uno esté en la tierra. Respirar es lo único necesario». Pausa. «Sí, hay momentos, como este momento, en que me parece que casi he vuelto a ser plausible. Luego se pasa, todo se pasa, y vuelvo a estar lejos... Me espero lejos a que mi historia dé comienzo».

Y así siguió hasta el final, la voz dramática y cómplice del John Dylan de cuarenta años enfrentada constantemente a la voz ronca y exaltada del Dylan que a estas alturas ya había vivido el guion de Beckett.

Fuera, el río fluía oscuro y turbulento; al otro lado, estelas de luces procedentes de los rascacielos salían disparadas hacia el cielo; tras la puerta del estudio, en el pasillo, tres personas mantenían una pelea de vecinos. Todo —el agua, las luces, las palabras del pasillo— parecía acumularse alrededor de la pequeña y exhausta figura que se inclinaba sobre la mesa de madera sin tocarla. La figura seguía estando gloriosamente sola: más allá del dolor, del placer o de la amenaza. Supe que había oído a Beckett —oído de verdad— por primera vez.

Era una mañana fría y clara de marzo. Acababa de terminar de entrevistar a un funcionario municipal para un artículo que estaba escribiendo, y estaba sentada en la barra de una cafetería enfrente del ayuntamiento tomando un café, comiéndome un *bagel* y anotando fragmentos de la conversación que acababa de tener cuando un hombre se sentó en un taburete junto a mí dejando uno libre entre ambos. Llevaba unos pantalones oscuros y una chaqueta de *tweed*, y parecía tener cincuenta y tantos años. Lo tomé por un funcionario de rango medio. Cuando terminé de comer, de beber y de escribir, me levanté y, mientras recogía mis cosas, me dijo:

–Espero que no le moleste; no he podido leer nada de lo que escribía, pero me gustaría decirle algunas cosas que sé de usted por su caligrafía.

Sorprendida, le dije:

–Claro, adelante.

Lo miré con más detenimiento y vi que llevaba un enorme anillo de turquesa y plata como los de los nativos americanos y una corbata de cordón. Se inclinó hacia mí y dijo en voz baja, aunque sin vacilar:

–Es usted generosa. Es decir, tiene tendencia a ser generosa, pero las circunstancias no le permiten serlo. Así que a menudo no lo es. Es asertiva. Y un poco agresiva. Y esa letra tan pequeña... es usted muy culta, muy inteligente.

Lo miré fijamente durante una fracción de segundo.

–Gracias –dije–. Ha hecho usted un retrato bonito y halagador. –Pareció aliviado de que no me hubiese ofendido. Entonces, dije–: ¿Es mi letra realmente tan pequeña?

Asintió y dijo que sí, que lo era, y que la letra pequeña, repitió, es la marca de los muy inteligentes.

–Claro que –añadió, muy bajito–... hay quienes tienen la letra muchísimo más pequeña, y son...

–Los locos o los brillantes –dije, terminando la frase por él. Hizo una pausa.

–Sí –dijo, de nuevo muy bajito–: A menudo son brillantes.

Me quedé allí, mirándolo sin pestañear; tal vez, incluso, muy seria. Él sonrió y dijo:

–Oh, no se preocupe, mi letra es dos veces más grande que la suya.

En ese momento estallé en una carcajada, pero el comentario siguió corriéndome por las venas durante el resto del día.

Es una tarde de junio y estoy dando una vuelta por Washington Square. Mientras paseo, se me aparece ante los ojos, como una imagen tras una gasa, justo detrás de la plaza tal y como es ahora, la plaza tal y como era cuando yo era joven. De eso hace unos buenos cincuenta años, cuando mis amigos y yo bajábamos desde el Bronx o cruzábamos desde Brooklyn en las noches de verano y caminábamos contemplando aquella parte del mundo, tan distinta de nuestros barrios que bien podríamos haber estado en Europa. La plaza por entonces estaba impoluta –los caminos estaban limpios; los bancos, recién pintados; la fuente, brillante– y la vegetación era una maravilla: miles de hojas resplandecían en los árboles centenarios, cada arbusto y parterre estaba cuidadosamente podado, la hierba era terciopelo verde. ¡Y la gente de la plaza! Por entonces eran bohemios de clase media; las mujeres, sensuales; los hombres, poéticos; y, por supuesto, todos blancos. A nuestros ojos jóvenes y ávidos, la escena prometía cultura y privilegio de clase..., ningún pensamiento de raza o género pasaba en ese momento por nuestras cabezas..., no veíamos el momento de ser parte de aquello. La idealización de ese anhelo se apoderó de todos nosotros, y la belleza de la plaza en aquellas noches de verano nos cautivó durante años.

Ahora, en otra noche de verano, vuelvo a pasear por la plaza. Con la calle a mi espalda y todo lo que conozco grabado en la cara, miro más allá de la gasa para evocar directamente aquellos viejos recuerdos y compruebo que ya no ejercen ningún poder sobre mí. Veo la plaza tal y como es –negra, morena, joven; abarrotada de vagabundos, yonquis y guitarristas terribles– y me siento tal y como soy, siento la ciudad tal y como es. He vivido mis conflictos, no mis fantasías, hasta el final, y Nueva York también. En eso estamos de acuerdo.

Al otro lado de la plaza me encuentro con Leonard, que casualmente ha salido a dar un paseo esta noche. Empiezo a contarle lo que me he puesto a recordar, pero él ya está diciendo que sí con la cabeza antes de que haya pronunciado una docena de frases. Comprende casi por ósmosis lo que le

cuento, porque él también pasó aquí, hace muchos años, aquellas mismas noches de verano.

–Probablemente los dos intentamos ligarnos a los mismos chicos –dice riendo. Después, añade–: Pero yo también envidiaba a las parejas. Trataba desesperadamente de convencerme de que era «normal». ¿Cuántos años teníamos? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete? En cierto sentido, ya entonces sabía que nunca lo conseguiría. Nunca.

Seguimos caminando juntos, uno al lado del otro; en silencio; testigos especulares de la experiencia formativa del otro. La conversación siempre se volverá más profunda, incluso si la amistad no lo hace.

Estamos en octubre. Un sábado por la noche a mediados de mes, Daniel me lleva al Winter Garden en Battery Park City para escuchar a un conjunto de música del Renacimiento. He paseado muchas veces por este hermoso vestíbulo acristalado con sus suelos de mármol y la gran escalera central, las tiendas y los restaurantes esplendorosos y el enorme ventanal en forma de arco que deja entrar el puerto de Nueva York. ¿Quién podría haber imaginado que esta elaborada obra de arquitectura comercial y *kitsch* se convertiría en un lugar tan especial de Nueva York? Pero así ha sido, y a todas horas está a reventar de gente que acude en tropel para comprar, comer, pasear y asistir a los conciertos y las obras de teatro gratuitos que se representan la mayoría de los días a mediodía o a las siete o a las ocho de la tarde.

Llegamos temprano para asegurarnos sitio cerca del escenario móvil instalado delante del ventanal en forma de arco, y después caminamos un poco, compramos unos sándwiches y café, y nos sentamos cerca del agua. Hace una noche templada y el puerto y el paseo marítimo resplandecen bajo las luces colgantes de los barcos y de las terrazas de los restaurantes; la atmósfera es festiva, efervescente; en cierto sentido, expectante (¡preciosa palabra!). Cuando volvemos a nuestros asientos, ha caído la noche, y el enorme vestíbulo bulle de humanidad. Miro a mi alrededor y, para mi sorpresa, toda la escalera, que se extiende hacia atrás como en un estadio hasta el final del vestíbulo y sube cuatro o cinco pisos, está llena de gente. Me giro en mi asiento y siento que un escalofrío me recorre todo el cuerpo, como cuando te tocan un nervio. Mil personas se congregan allí, en el vestíbulo, con la esperanza de encontrarse en la música.

Por primera vez en décadas, siento el espíritu del estadio Lewisohn vivo a mi espalda, y pienso que siempre me dicen que os estáis yendo de la ciudad en manada, pero mira, aquí estáis. Vale, han cambiado las tornas, de eso no hay duda, ya no domináis la escena, la ciudad ya no está hecha a vuestra imagen, pero aquí estáis; y aquí estoy yo; y aquí están los cantantes. Hacemos falta todos para llenar el vestíbulo de alegría y, con muerte urbana o sin ella, la ciudad sigue estando dispuesta a hacerlo.

Un amigo lee lo que he estado escribiendo y cuando quedamos para tomar un café me dice:

–Estás idealizando las calles. ¿Es que no sabes que Nueva York ha perdido el 75 por ciento de su tejido industrial?

Mentalmente observo la cara de los hombres y las mujeres con los que interactúo cada día. Eh, gente, les digo en silencio, ¿habéis oído lo que acaba de decir mi amigo? La ciudad está condenada, la clase media se ha ido de Nueva York, las multinacionales están en Texas, en Jersey, en Taiwán. Os habéis ido, ya no estáis aquí, todo se ha acabado. ¿Cómo es que todavía estáis en la calle?

Nueva York no es puestos de trabajo, responden; es una forma de ser. La mayoría de la gente está en Nueva York porque necesita muestras –en grandes cantidades– de expresividad humana; y no las necesitan de vez en cuando, sino todos los días. Eso es lo que *necesitan*. Los que se van a ciudades más manejables pueden prescindir de ello; los que vienen a Nueva York, no.

O tal vez debería decir que soy yo quien no puede.

De lo que no puedo prescindir es de las voces. En muchas ciudades del mundo, la población está asentada sobre siglos de callejones adoquinados, iglesias en ruinas, reliquias arquitectónicas que nunca han sido excavadas, sólo apiladas unas sobre otras. Si has crecido en Nueva York, tu vida es una arqueología no de estructuras, sino de voces, que también se apilan unas sobre otras, y que tampoco se reemplazan unas a otras:

En la Sexta Avenida, dos hombres bajitos de tez oscura se apoyan en un taxi que está aparcado. Uno le dice al otro:

–Mira, es muy sencillo. A son los costes variables, B son los ingresos brutos, C son los gastos indirectos. ¿Lo pillas? –El otro hombre dice que no con la cabeza–. ¡Idiota! –le grita el primero–. No es tan complicado.

En Park Avenue, una madre de familia bien vestida le dice a su amiga:

–Cuando era joven, los hombres eran el plato principal; ahora son un condimento.

En la calle Cincuenta y Siete, un hombre de aspecto juvenil le dice a otro:

–No sabía que erais tan buenos amigos. ¿Qué te daba, que la echas tanto de menos?

–No es lo que me daba –responde el otro–, es lo que no me quitaba.

Como dice el taxista de la Sexta Avenida, alguien tiene que pillarlo, no es tan complicado; y al final del día, alguien lo hace.

Voy caminando por la Octava Avenida a las cinco de la tarde, en hora punta, pensando en que tengo que cambiar una palabra en una frase, y en algún punto entre las calles Cuarenta y Cincuenta no reparo en que el semáforo se ha puesto rojo. Cuando estoy en la calzada, veo que un camión se aproxima y un par de manos me levantan del suelo por las axilas y me depositan en el bordillo. Las manos no me sueltan inmediatamente. Me estrechan contra el pecho de la persona a la que pertenecen. Todavía puedo sentir el corazón que palpita contra mi espalda. Cuando me doy la vuelta para darle las gracias a mi salvador, me encuentro con un rostro de mediana edad que pertenece a un hombre con sobrepeso y brillantes ojos azules, pelo color pajizo y la tez roja como una remolacha. Nos miramos mutuamente sin decir una palabra. Nunca sabré lo que está pensando el hombre en este momento, pero la expresión de su cara es inolvidable. Yo sólo estoy alterada, pero él parece transformado por lo que acaba de ocurrir. Tiene los ojos fijos en los míos, pero veo que en realidad miran hacia su interior. Me doy cuenta de que ésta es *su* experiencia, no la mía. Es él quien ha sentido el apremio de la vida: todavía lo sostiene en sus manos.

Dos horas después estoy en casa, cenando y contemplando la ciudad desde la mesa a la que estoy sentada. Repaso mentalmente a todos los que se han cruzado hoy en mi camino. Oigo sus voces, veo sus gestos, empiezo a inventar vidas para ellos. Enseguida me acompañan, son una compañía magnífica. Pienso: «Esta noche preferiría estar con vosotros que con cualquier otra de las personas que conozco». Bueno, casi. Miro el enorme

reloj que hay colgado en la pared; el que, además de la hora, da la fecha. Es hora de llamar a Leonard.

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi más sentido agradecimiento por haber obtenido permiso para reproducir el siguiente material, previamente publicado:

«*I was walking along Forty-Second Street...*» y «*During the Second World War...*» de *The Poems of Charles Reznikoff: 1918-1975*, de Charles Reznikoff, editado por Seamus Cooney. Reproducido con el permiso de David R. Godine, Publisher, Inc. Copyright © 2005 de Charles Reznikoff, editado por Seamus Cooney.

Un fragmento de una carta de Louise Bogan a May Sarton, reproducida de *What the Woman Lived: Selected Letters of Louise Bogan 1920-1970*, copyright 1973, con el permiso de Louise Bogan Charitable Trust.

Un fragmento de «*George Gissing: A Neurotic for Our Times*», en *The Men in My Life*, de Vivian Gornick, The MIT Press, Cambridge, Mass., 2008.

- * Bazar del cuento del mismo nombre de James Joyce, inicialmente publicado en *Dublineses* en 1914. [N. de la T.]
- * Grupo de ocho universidades privadas del noreste de Estados Unidos, que comparten unas connotaciones académicas de excelencia, así como de elitismo por su antigüedad y admisión selectiva. [N. de la T.]
- * Expresión yidis, equivalente a «bueno». [N. de la T.]
- * Originalmente, término para referirse a los judíos soviéticos a los que se les denegaba el permiso para emigrar de la URSS durante la Guerra Fría. [N. de la T.]
- * *Obra poética completa*, Charles Baudelaire, Akal, Madrid, 2003, trad. de Enrique López Castellón. [N. de la T.]
- * Los White Rose eran unos bares de barrio de la ciudad de Nueva York, ahora desaparecidos. Es fácil encontrarlos en muchas fotografías de la ciudad de artistas como Andreas Feininger, Charles Cushman o W. Eugene Smith. [N. de la T.]
- * En inglés, *The Odd Women*, que puede significar tanto «Mujeres sin pareja» como «Mujeres singulares». De ahí el título original de este libro: *The Odd Woman and the City*. [N. de la T.]

VIVIAN GORNICK
La mujer singular y la ciudad

TRADUCCIÓN DE RAQUEL VICEDO

narrativa sex topiso

